

Yo
quiero
ser
como ellos

EARLE HERRERA



EARLE HERRERA



EL PERRO
y LARANA



Yo
quiero
^{ser}
como ellos

EARLE HERRERA



Dirección Ejecutiva de Producción
Faja Petrolífera del Orinoco



1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© Earle Herrera

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© PDVSA

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos

atencionalescritor@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: Editorial perro rana

Twitter: @perroyranalibro

Gerencia de Asuntos Públicos,

Dirección Ejecutiva de Producción.

Faja Petrolífera del Orinoco “Hugo Chávez”

www.pdvsa.com

Twitter: @pdvsa

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2021001469

ISBN: 978-980-14-4899-0

Prefacio

Las páginas que siguen son un testimonio de admiración a personajes históricos o artísticos, y de afecto a compañeros de la vida y amigos del alma. El título lo tomo de la canción del maestro Billo Frómata, “Yo quiero ser como Ariel”. En este caso y en mis letras, con el candor de los niños que sueñan, lo digo en plural: Yo quiero ser como ellos, aunque ya no sea posible. Pero al expresar el deseo, les rindo un homenaje a los héroes de mi patria y el mundo, a los artistas de la palabra o la música y a los amigos de aquella calle de mi pueblo y de las calles que la vida nos puso a recorrer juntos. Amigos de mano franca y rosa blanca, en las letras y en la vida.

BOLÍVAR CLÁSICO Y CAUCÁSICO

Andrés Eloy Blanco pedía que le pintaran angelitos negros, el presidente de la Asamblea Nacional en 2016 pidió que le llevaran un Libertador “clásico”, antes de ordenar echar a la basura todos los retratos de Simón Bolívar donde, según su apreciación racial, el prócer se le antoja “amulatado”. No existe tal pintura y, según Arturo Uslar Pietri, no hay dos retratos de Bolívar que se parezcan. Luego, solo uno debe ser auténtico, “clásico”, y todos los demás falsos, como se calificó al que “aventaron” del Palacio Federal Legislativo en una triste hora de la patria.

En sus *Memorias*, el General O’Leary describe que Bolívar tenía “*la nariz larga y perfecta, la boca fea y los labios algo gruesos... la piel morena y algo áspera*”. Esta descripción de quien fuera su edecán, no coincide con ese Bolívar “clásico” de nuestra moneda, con ese perfil de emperador romano, pero sí mucho más con la de la poetisa María Mercedes Carranza, para quien el héroe “*más que un físico a lo galán de Hollywood/ tenía el ademán mestizo de una batalla perdida*”. Es este el mismo rostro que divisó Neruda “*una mañana larga, en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento*”, cuando le habló “*mirando el Cuartel de la Montaña*”.

La historia, asentó el viejo Marx, se repite una vez como farsa y otra como tragedia. Cuando murió el Libertador, la oligarquía venezolana redactó un proyecto de ley que pautaba quitarle todos los títulos de honor y gloria que se le concedieron, y ordenaba “*que en medio de la plaza de armas se quemaran todos los monumentos de glorias concedidos a un hijo espurio que pretendió clavar el puñal*”.

parricida en el corazón de una madre generosa". Por si no fuera suficiente, el proyecto remata: "Se tendrá por aciago en la República el 17 de diciembre de 1830 en que murió naturalmente Bolívar, cuando debió morir de una manera ejemplar".

La historia se repitió el 12 de abril de 2002 en Miraflores y el 6 de enero de 2016 en la Asamblea Nacional. En mi libro *La espada sobre el fuego*, reseño el rostro que del Libertador describieron grandes poetas de América. Todos nos aproximan al Bolívar humano, todos evitan al Bolívar "clásico" de la oligarquía "caucásica" que todavía lo odia.

Bolívar cercenado

Los mismos que se apresuraron a retirar y esconder el retrato de Simón Bolívar el aciago 11 de abril de 2002, hoy se dedican a cercenar sus discursos y distorsionar sus proclamas. Esta gente, cuando no invisibiliza al Libertador, altera sus escritos y manipula su pensamiento. El vocablo "bolivariano" o "bolivariana" los espanta y no es para menos.

Durante la extinta Cuarta República pasaron de la marmolización del héroe a su minimización. Un extremo se dedicó a vivir del bronce y el culto al prócer, mientras otro, pretendidamente iconoclasta, usufructuó de la moda que ellos mismos impusieron; ésta no era otra que hablar mal de Bolívar. Allí Primera era entonces un solitario que le cantaba al Padre de la Patria, sin importarle el riesgo de la calificación de "cursis".

El huracán revolucionario que se desató el 27 de febrero de 1989 y reapareció más organizado el 4 de febrero y 27 de noviembre de 1992, arrasó con los mitos y estereotipos que mineralizaron al héroe y colocó en el medio de la calle al Bolívar subversivo, ese que incomoda a los buenos espíritus y revive en los burgueses rentistas el odio mantuano contra los patriotas de la independencia.

No es casual que entre la metralla de epítetos que lanzaron contra el líder de la insurgencia bolivariana del 4 de febrero de 1992, aflorara con toda su carga colonial y racista el calificativo de "zambo". El siglo

XIX no estaba tan lejos de la piel y el cerebro y brotó el sentimiento atávico de los amos del valle y los blancos de orilla que, ayer galicados y hoy mayamizados, nunca morirán en un París con aguacero bajo la prosa de un jueves en el recuerdo.

El histórico Discurso de Angostura es uno de los documentos sometidos a la tijera de estos neo-mantuanos sin mantuanaje. Podan aquí y pican allá. Al párrafo en el que Bolívar critica la permanencia del mismo hombre en el poder, le suprimen la frase con que el Libertador explica la forma para evitar cualquier tipo de desviación. Al respecto dejó escrito el gran caraqueño: *“Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares”*.

Cercenan esta frase del discurso porque ningún gobierno en toda nuestra historia ha realizado más elecciones que los de Hugo Chávez y Nicolás Maduro. En 22 oportunidades el pueblo ha concurrido a las urnas desde 1999 hasta 2017, en este año bajo fuertes sanciones económicas de Estados Unidos y la amenaza del propio presidente yanqui, Donald Trump, no descartar la “opción militar contra nuestro país.

También podan la oración inicial de dicho discurso. Allí expresa Simón Bolívar: *“¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la Soberanía Nacional para que ejerza su voluntad absoluta!”*. Además de las elecciones rutinarias, el pueblo ha sido convocado para elegir la Asamblea Nacional Constituyente que redactó y aprobó, en 1999, la Constitución Nacional de la República Bolivariana de Venezuela.

Y es esto justamente lo que se hace en cada proceso electoral: convocar la soberanía nacional. En tiempos pretéritos, Rafael Caldera y Gonzalo Barrios se reunían en torno a una mesa de dominó y entre piedras y trancas, ahorcaban al pueblo y ellos dos decidían, en nombre del bipartidismo, el curso de la Carta Magna y el destino del país. Se explica entonces la repulsa de sus descendientes políticos cuando se convoca al pueblo -y no a ellos- para que decida qué hacer con nuestra Constitución. Se entienden, también, por qué defenestran los retratos del Libertador Simón Bolívar y cercenan sus discursos, en un vano y patético intento de cercenar la Historia.

SIMÓN RODRÍGUEZ: AL MAESTRO CON HUMOR

José Ignacio Cabrujas dijo en una entrevista que *“el humorista es incrédulo por naturaleza, pone en duda lo que le sucede, reniega del protocolo o la solemnidad”*. Pocos personajes históricos más lejanos de la solemnidad y el protocolo que don Simón Rodríguez. Con su vida y magisterio escandalizó a la sociedad de su tiempo. De loco, lo tildaron unos. De subversivo, otros. *Ligero de equipaje* siguió por el mundo con su sabiduría y su sonrisa, abriendo surcos y haciendo caminos, como cantara Antonio Machado.

No fue un humorista, en el sentido de quien obra o escribe para provocar la risa o el agrado. Mucho menos un chistoso, de los que andan siempre con la chanza a flor de labio. Fue, eso sí, un hombre con sentido del humor; *“un portento de gracia y talento”*, *“un maestro que enseñaba divirtiendo”*, como lo definió su más preclaro discípulo. Fue, pues, un hombre de humor para enseñar sin imponer y, también, para sobrellevar los momentos más difíciles de su vida.

Las del humor son armas que no se oxidan, escribió Adriano González León, *“porque, a veces, se vuelven contra sí mismas. El humor alcanza a su propio ejecutante y esa práctica de un descarado hara-kiri de la risa le otorga substancial soberanía. Por ello el humorismo no es un ejercicio literario: es un ejercicio de la vida”*. Y es en los momentos de penurias y dificultades cuando don Simón Rodríguez recurre al humor, lo vuelve contra su propia situación, y conjura así todo sentimentalismo o autocompasión.

Es en sus “*Cartas*” donde revela esa vena humorística porque en éstas, en tono coloquial, comunica a sus amigos cuestiones personales. En noviembre de 1853 le dice en misiva al General Morán: “Escríbame a Lambayeque, y si puede mándeme un socorro, porque estoy como las putas en cuaresma, con capital y sin rédito”.

En medio de su precaria situación económica, emplea un símil jocoso pero revelador. Por aquellos tiempos se guardaba la cuaresma, no como ahora, de modo que para las hoy con justicia llamadas trabajadoras sexuales, eran días malos, de cero transacciones. Así se encontraba también el Maestro, sin un peso. Pide el encargo y todavía se despide del General Morán con humor:

*Deseo a usted como para mí
salud para que no sienta que vive
distracción para que no piense en lo que es
y muerte repentina
para que no tenga el dolor
de despedirse de lo que ama
y de sí mismo para siempre.*

Nada más solemne y serio que la muerte. Simón Rodríguez la trata con irreverencia y sorna en sus escritos. También la locura es cosa seria. Al maestro lo acusaron de padecer tal patología. Siempre ocurre con los adelantados a su tiempo. No se ocupó ni preocupó por desmentir a quienes lo “diagnosticaban” por sus ideas y su forma de llevar la vida. Por el contrario, les sigue la corriente, les dice que sí, que tienen razón. “*Usted me dispensará –le escribe al General Francisco de P. Otero- considerando que es cosa muy dura convenir en que me falta el juicio... No hay loco que no lo haga, aunque lo maten*”. Es cierto, ningún loco acepta que es loco y Rodríguez se burla señalando que ese es uno de los signos y síntomas de la enajenación.

En la misma carta al General P. de Otero, quien lo nombró preceptor de su hijo pese a las advertencias de un tal señor James

sobre el desquiciamiento de Simón Rodríguez, éste, contrario a lo que se esperaba, coincide con la advertencia de su detractor:

“No puedo menos que aprobar la buena intención de ese señor: inmoralidad y locura no son recomendaciones para maestro”.

Recuerda Simón Rodríguez a otro personaje al que también llamaron loco: Cristóbal Colón. Y *“por deshacerse de él –escribe a Simón Bolívar, en septiembre de 1827-, le dieron unos barcos viejos: después, los europeos se disputaron el honor del descubrimiento; y ahora matan a los americanos por quitarles lo que antes llamaron sueños. ¿Quién sabe si después que yo haya presentado a los Congresos de América los rumbos de una libertad que andan buscando en vano, no sale por ahí un Vespucio dando su nombre a mi Nuevo Mundo?”*

Si en unos casos recurría al sarcasmo o a la broma ligera, en otros, sobre todo en los ensayos, apelaba a la ironía, figura retórica que manejaba con destreza y finura. Freud escribió que *“el humor no resigna, desafía, implica no solamente el triunfo del Yo, sino el principio del placer, que halla en él el medio de afirmarse, a pesar de las desfavorables realidades exteriores”.* Y para don Simón Rodríguez, en sus largos peregrinajes por Europa y América, las *“realidades exteriores”* fueron duras, difíciles, a lo largo de su creadora, creativa y fructífera vida hasta su muerte en la miseria. Condiciones, sin embargo, que él asumió y enfrentó con humor y altivez, siempre. El humor es una de las caras y corazas de la dignidad.

Sin un céntimo, le pide al general Bernardino Pradel algunos rubros y a cambio se ofrece como sacristán para tocar las campanas. Sin tinta para escribir, también le solicita *“unas manillas de papel fino y una botellita de tinta extranjera: tengo mucho que escribir, y el papel es malo...la tinta ya usted ve: si escribo con ella pensará el señor General que le llega correo del cielo, donde como usted sabe se despacha todo en blanco”.* Fino humor con cierre poético en medio de lo que Freud llama *“desfavorables realidades*

exteriores". ¿Desfavorables? Digamos más propiamente precarias, pero aun así, no logran doblegar el espíritu de este hombre excepcional.

Reconocía el maestro tener no pocas personas *"que me mascan y no me tragan: tengo muchas de éstas, no sé por qué"*. Si era un pobre de recursos materiales, obviamente no lo mascaban ni tragaban por su talento y sus ideas libertarias. Don Simón Rodríguez, con su *"no sé por qué"*, hace gala de esa fina ironía suya que cortaba como un escalpelo. En bromas más domésticas y coloquiales, al pedir a Pradel que le envíe tinta o los ingredientes para él fabricarla, le acota que se la haga llegar con su criado *"porque el viaje a Pemuco me cuesta 2 reales y no estoy para chanzas"*.

Volviendo con Freud, para quien el humor más que resignar, desafía, el maestro del Libertador ironiza sobre los frutos de la quijotesca empresa que se trazó en vida:

"Hace 24 años que estoy hablando y escribiendo sobre el sistema Republicano y por todo fruto de mis buenos oficios he conseguido que me traten de LOCO (mayúsculas de S.R.)".

Frente a ese trato, simplemente acota: *"Los niños y los locos dicen las verdades"*.

La ironía es una de las más eficaces armas para el debate y la polémica. De la sabiduría que viene de Europa a una América a la que Rodríguez le exigía ser original (*"inventamos o erramos"*), escribe:

"Los filósofos europeos convencidos de la inutilidad de su doctrina, en el mundo viejo, quisieran poder volar hasta el nuevo, a emplear sus últimos días propagándola".

El poeta de las cosas más sencillas, Aquiles Nazoa, decía que *"el humor es una manera de hacer pensar sin que el que piensa se dé cuenta de que está pensando"*. Así enseñaba, o mejor, educaba,

don Simón Rodríguez. Enseñaba divirtiendo, dijo Simón Bolívar. Y en su vida cotidiana y política fue, para seguir usando el verbo de Aquiles para los humoristas, *“un hombre de actitud subversiva frente al mundo, un hombre que no se resigna a vivir en la situación que el destino le ha señalado, pero la ama tanto que tampoco puede renunciar a ella y lo que hace es como ir destruyendo por medio del amor”*.

Por medio de su magisterio don Simón Rodríguez destruyó lo viejo, e inventó para construir lo nuevo. Por eso lo llamaron loco y respondió con amor y, sobre todo, con humor. Con ese humor que lo emparenta en luminosa locura con un hidalgo perdido e inmortalizado en un lugar de La Mancha.

La última posada del Maestro

La casa sigue allí. Casi siglo y medio la separa del último hálito vital del Maestro de América, don Simón Rodríguez. Guarda los secretos y pensamientos postreros del gran educador entre sus paredes de bahareque y caña brava.

Su techo de dos aguas, liado con palma seca, desafía los tiempos con imperturbable dignidad; esa dignidad de las cosas humildes. La vieja puerta y la ventana resisten la intemperie, el viento, el polvo, los días y las noches. La pared exterior se descascara y dibuja mapas caprichosos; los croquis del universo mundo nada extraños a un viajero impenitente y cosmopolita.

La casa sigue allí, en Amotape, un pueblo cerca de Paita, en el extremo norte del Perú. De no ser por el candado en la puerta, verdoso perro de bronce que no clausura el tiempo, diríamos que adentro, en su cama de barro, el Maestro respira.

¿Cómo esa modesta y noble casa pudo contener tanto pensamiento, tanto amor desbordado por la América hispana? O dicho con Darío, *“la América mestiza que aun cree en Jesucristo y aun habla en español”*.

Para entender el barro de esa arquitectura, con amarras de pescadores y tallas de albañiles indígenas, habrá que convocar a todos los poetas del suelo americano. Los que les cantaron a las noches aztecas y los que bajaron de Machu-Pichu hasta la Patagonia; los de la Amazonia y la Orinoquia y los del Caribe y las Antillas.

Don Simón Rodríguez fue a dar con sus huesos a la humilde vivienda aventado por un naufragio. Abordó una insegura balsa huyendo del acoso de un acreedor que lo acusaba por la quiebra de una fábrica de velas. Y acosado también por todas las pobreza materiales. Allí, agonizante, le dijo al cura confesor que *“no tenía más religión que la que había jurado en el Monte Sacro con su discípulo”*.

La vieja casa lo vio, lo sintió morir el 28 de febrero de 1854. Con César Vallejo, pudo haber dicho el Maestro: *“Yo digo para mí: por fin escapo al ruido; nadie me ve que voy a la nave sagrada”*. Nave que no es otra que la de su inmensa sabiduría.

La casa sigue allí, en Amotape, un pueblo cerca de Paita, en el extremo norte del Perú. Casi siglo y medio la separa del último suspiro del Robinson de América. De no ser por el candado en la puerta, verdoso perro de bronce que no clausura el tiempo, diríamos que adentro, en su cama de barro, el Maestro respira.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE ATRAVIESA LOS SIGLOS

Cuando leemos el hondo poema de Mario Benedetti, “*El Sur también existe*”, cuando lo escuchamos declamado por el mismo comandante Hugo Chávez, se agiganta ante nosotros la imagen de Antonio José de Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, hijo de esta tierra, hijo de esta ciudad que allá en la campaña del sur del continente, en noches de soledad y soledumbre, lo hacía exclamar con nostalgia: *¡Ay Cumaná, quién te viera!*

Y nos viene su imagen atravesando los siglos porque ese Sur que canta Benedetti y recita Chávez, ese Sur más acá o más allá de las utopías, el Sur de Rafael Correa y Evo Morales, el mismo Sur de Lula Da Silva, Dilma Rousseff y Cristina Kirchner, ese Sur del dolor y el sueño de Pepe Mujica, este Sur existe para todos nosotros y para las generaciones venideras, gracias a la espada y al genio militar de Antonio José de Sucre, bien llamado Libertador Nuestroamericano.

Y nos preguntamos: ¿Qué se le puede decir a los cumaneses de un cumanés, para mayor dificultad, el más grande de todos y el de mayor gloria? ¿Qué se le puede decir de la mar a un marinero? ¿Qué se le puede decir de las olas y la atarraya a un pescador? ¿Qué de las lejanías? ¿Qué de los horizontes? ¿Qué de la luna llena y las mareas? ¿Qué de los naufragios y de los puertos sin faro?

Los ancianos aconsejan, en estas encrucijadas, escribir primero lo que se va a decir, no se vaya a repetir cosas ya escrita. Pero es peor el trance de escribir sobre héroes y próceres. La pluma

se cohíbe, las palabras no vienen y las musas, si es que existen las musas, se achican. Grandes escritores han tenido rotundos fracasos al intentar llevar a la novela o al ensayo, al teatro o al cine, la vida y la obra de los grandes personajes de la historia.

Nos vienen a la memoria tantos intentos fallidos de los que han decidido escribir sobre Simón Bolívar o Jesucristo. El Libertador supera la ficción que lo intenta novelizar o la poesía que busca elevarlo o sublimarlo. Una gran poetisa uruguaya, Juana de Ibarbouro, escribía:

*“Avergüenza decir: ‘voy a hacerle un himno a Bolívar’.
¡Es tan menguada la voz de los hombres
Para alzarla en elogio de los héroes!*

Según la escritora, se necesita ser un Rubén Darío para hacerle un himno a Bolívar, esto es, ser un prócer en la poesía, como lo fue Bolívar en la Historia. Esta revelación hace mucho más difícil nuestro trance porque el Gran Mariscal de Ayacucho no sólo es un héroe de la América toda, sino que sobre él, además de escritores y poetas, escribió nada menos que el más grande de los héroes: el propio Libertador Simón Bolívar. Después de las palabras de Bolívar sobre el vencedor de Ayacucho, ¿qué escribir? ¿Qué decir?

¿Por qué entre todos los héroes americanos, solo Antonio José de Sucre mereció la atención de la pluma del mayor de los héroes de América?

¿Qué escribir, qué decir, qué agregar a la Biografía que de Sucre hace Simón Bolívar; qué añadir a lo dicho en este párrafo magnífico:

El General Sucre es el Padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol; es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna

de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada.

Para que se cohíba la más exigente y fina pluma, a la biografía del Mariscal escrita por el Libertador, hay que agregar el *Canto a Junín*, del poeta José Joaquín Olmedo. Allí se agiganta el vencedor de Ayacucho, en todo el esplendor de su gloria y su inmortalidad. Y por si algún laurel faltara, recordemos el pasaje que en su obra cumbre, *Canto General*, le tributa ese gigante de las letras y premio Nobel de Literatura, Pablo Neruda. Pero he aquí la clave del Sucre que buscamos: no hemos salido al encuentro del Mariscal inmortal, sino del héroe que como el Bolívar de Pablo Neruda, *despierta cada cien años cuando despierta el pueblo*; el que está en todas partes donde se respire libertad o se luche por ella. Y por estos días precisamente, cuando la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) se reunía en Santiago de Chile, allí estaba el espíritu y la obra de Antonio José de Sucre. Sin Pichincha y Ayacucho, es duro decirlo pero es la verdad histórica, no existiría la CELAC. Ni aquí en Caracas en 2011, ni ahora en Santiago de Chile en 2013, se hubieran podido reunir en sendas cumbres los países hermanos de la América mestiza, esa América indígena que en el canto de Darío, aun cree en Jesucristo y aun habla en español o en las otras lenguas del conquistador: inglés, francés o portugués. Sin la espada y el genio que comandó la Campaña del Sur, la espada y el genio del Gran Mariscal de Ayacucho, tampoco hubiera sido posible el canto del poeta, el canto subversivo y libre de Mario Benedetti: *El Sur también existe*.

Antonio José de Sucre estuvo en alma y obra en la Cumbre de Santiago de Chile, en el espíritu bolivariano que la impulsó, en el sentimiento unitario e integracionista que la convocó.

Antonio José de Sucre estuvo en cada una de las palabras que cada uno de los Presidentes y primeros Ministros de Latinoamérica y el Caribe, pronunció en solidaridad con nuestro Presidente, el Comandante Hugo Chávez Frías. El Gran Mariscal de Ayacucho estuvo presente en el reconocimiento que los jefes

de estados caribeños y latinoamericanos hicieron a la República Bolivariana de Venezuela y al Comandante Chávez, por su trabajo y empeño en la concreción de ese sueño bolivariano que es la CELAC.

Antonio José de Sucre estuvo también en la carta que llegó a Santiago de Chile desde La Habana, Cuba, firmada de puño y letra por el Comandante Presidente Hugo Chávez Frías. A lo largo de la lectura que el Vicepresidente de Venezuela, Nicolás Maduro, hacía de la misiva de Chávez, llegaba hasta nosotros algo más que el eco de frases y pensamientos del Gran Mariscal de Ayacucho. Oigamos y leamos a través de estos dos siglos. Escribe el presidente Hugo Chávez:

“El espíritu de la unidad ha vuelto con toda su fuerza; es el espíritu de nuestros Libertadores y Libertadoras que ha reencarnado en los Pueblos de Nuestra América Latino Caribeña; es el espíritu en el que confluyen muchas voces para hablar con una sola voz”

Expresa Antonio José de Sucre:

“Mi anhelo de guardar la mejor armonía con los que fueron mis compañeros de armas, y mi persuasión de que la causa americana es una misma en todos los estados meridionales”.

Muchas voces en una sola voz, escribe el presidente Chávez en su carta. El Mariscal Sucre habla de la misma causa de los países del Sur.

En la voz del entonces vicepresidente de Venezuela, Nicolás Maduro, los miembros de la CELAC oyen lo que les escribe de presidente Chávez desde la Cuba de Martí y Fidel:

“Por eso con un recuerdo vivo, quiero compartir con ustedes una certeza: gracias a la CELAC ya nos vamos pareciendo a todo lo que una vez fuimos y a todo lo que quisimos ser pero nos fue arrebatado; nos vamos pareciendo a la Pachamama, a la cintura

cósmica del Sur, a la reina de las Naciones y la madre de las Repúblicas”

Desde el siglo de la Independencia y los días y noches insomnes de Pichincha y Ayacucho, nos dice el Mariscal Antonio José de Sucre:

“Ningún mensaje más agradable para un americano, que aquel cuyo objeto sea estrechar las relaciones de pueblos hermanos que, iguales en las desgracias y en la esclavitud, son llamados por naturaleza a identificar su causa, su independencia, su gloria”.

En su carta fechada en La Habana, el presidente Chávez destaca:

“Cuando resuena el fúnebre sonido de los tambores de la guerra en el mundo, cuánto valor tiene que los Estados de América Latina y el Caribe estemos creando una zona de paz donde se respete celosamente el derecho internacional y se reivindique la solución política y negociada de los conflictos. Tenemos el deber de anteponer a la lógica de la guerra una cultura de la paz, sustentada en la justicia y la igualdad”.

El Libertador Simón Bolívar, en su biografía de Sucre, destaca el carácter conciliador del Gran Mariscal, su destreza como negociador político y su capacidad para resolver los conflictos en forma pacífica, allí donde ello fuera posible. Sobre el armisticio y la regularización de la guerra que firma el grande americano con el general Morillo en 1820, escribe el Libertador:

“Ese tratado es digno del alma del general Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho”.

A ese soldado amante de la paz que fue el general Antonio José de Sucre, al mismo que inspira las líneas de la carta que el

presidente Hugo Chávez envía a sus colegas de la CELAC cuando habla de América Latina y el Caribe como una zona de paz, también lo encontramos en las páginas de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, redactada por la Asamblea Nacional Constituyente y aprobada por el pueblo en el referéndum del 15 de diciembre de 1999. En el preámbulo de nuestra Carta Magna, escrito por el poeta y constituyente Gustavo Pereira, se establece un Estado que *“promueva la cooperación pacífica entre las naciones e impulse y consolide la integración latinoamericana de acuerdo con el principio de no intervención y autodeterminación de los pueblos”*

Es al encuentro de ese Antonio José de Sucre que salimos: el Mariscal que está, como el Bolívar de Neruda, en todas partes, en las flores y el aire; en la carta de nuestro Comandante enfermo y en la letra viva del poeta eterno. Desde la Cuba martiana, escribe el presidente Chávez:

“Cómo no recordar, otra vez, la voz de Neruda cuando nos dice desde su memorable poema “Alturas de Macchu Picchu”: ‘Sube a nacer conmigo, hermano’. Subamos, hermanos y hermanas, porque ha llegado la hora de nacer de nuevo, con toda la memoria y todo el porvenir iluminando el presente”.

Y en el Canto General de Pablo Neruda, vuelve la historia a recordarnos que, gracias a la epopeya de Ayacucho, podemos subir de nuevo a la ciudad del Sol de nuestros ancestros. Es Antonio José de Sucre el que nos guía. Es su espada la que nos abre trochas, sendas y caminos. Nos lo trae a la memoria la biografía del Gran Mariscal escrita por el Libertador. Repitamos la parte final, donde Bolívar exalta:

“El general Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas”.

Al romper esas cadenas, como lo escribe sublimado el Libertador, el Mariscal Antonio José de Sucre nos abrió paso a

nosotros y a las generaciones venideras a las alturas de Macchu Picchu, al imperio de los Incas y a donde, desde las noches y albores de los tiempos, vivieron nuestros hermanos ancestrales, llamados los hijos del sol. Si un día, hermanas y hermanos, ustedes visitan la ciudadela de Macchu Picchu, no olviden que su viaje comenzó en la llanura de Ayacucho, un 9 de diciembre de 1924, cuando el general Antonio José de Sucre selló la victoria que permite que ahora tú estés allí, tan cerca del sol.

Antes de partir a Cuba para una nueva y complicada intervención quirúrgica, el comandante Hugo Chávez, consciente de la hora y los acechos que vive la República, clamó por lo que garantiza la independencia y la patria socialista: ¡Unidad, unidad, unidad! La unidad está indisolublemente ligada a la lealtad. Es este un sentimiento y un valor que define la personalidad y el alma de Sucre. Es el ejemplo que debemos seguir en esta hora. El Libertador Simón Bolívar destaca este rasgo del Gran Mariscal cuando escribe:

“Su adhesión al Libertador y al Gobierno lo ponían a menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos encendían los espíritus. El general Sucre quedaba en la tempestad semejante a una roca, combatida por las olas, clavados los ojos en su patria, y sin perder, no obstante, el aprecio y el amor de los que combatían”.

Lealtad, fidelidad y unidad, son también lecciones del Gran Mariscal de Ayacucho. Del líder patriota que ayer aparecía en los discursos integracionistas de la CELAC. El que cada día está presente en los sueños bolivarianos que hoy se llaman ALBA, UNASUR, PETROCARIBE, y en las Misiones Internacionales de solidaridad, entre tantos otros sueños impulsados por la República Bolivariana de Venezuela y por ese obstinado paladín de la integración latinoamericana y caribeña y de la unidad de los pueblos que es el Comandante Presidente Hugo Chávez Frías.

Antonio José de Sucre, el vencedor de Ayacucho, el hijo de Cumaná, Venezuela y América; el más leal soldado y general del

Libertador Simón Bolívar, el que está en las alturas del Potosí y en las cercitas del Canchunchú Florido, a 218 años de su nacimiento, nos dice desde las “Alturas de Macchu Picchu”, por boca del poeta:

*Dadme el silencio, el agua, la esperanza.
Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.
Apagadme los cuerpos como imanes.
Acudid a mis venas y a mi boca.
Hablad por mis palabras y mi sangre.*

Por la sangre y boca de Antonio José de Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, hablan los pueblos de América Latina en la CELAC, el ALBA, UNASUR y en todos proyectos de unidad e integración de los pueblos de la Patria Grande, de Nuestra América. Y en cada uno de esos proyectos, en rol protagónico con alma y corazón, está nuestra Venezuela bolivariana y está nuestro Comandante Presidente, Hugro Chávez Frías.

***¡Qué viva el Gran Mariscal de Ayacucho!
¡Qué viva el Comandante Hugo Chávez Frías!
¡Qué viva la integración latinoamericana y caribeña!***

***¡Independencia y Patria Socialista!
¡Viviremos y Venceremos!***

Cumaná, 03 de febrero de 2013

***DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR EL DOCTOR
EARLE HERRERA, CON MOTIVO DEL 218 ANIVERSARIO
DEL NATALICIO DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO,
ANTONIO JOSE DE SUCRE***

LA GLORIA FULGURANTE DE JOSÉ ANTONIO ANZOÁTEGUI

Un libro de portada azul celeste, en una edición modesta si se quiere, me llegó desde Mapire, allá en el sur profundo de mi estado natal. Traía en sus páginas y atmósfera, la arena fina de la sabana y las brisas con la humedad del Orinoco. Su autor, Leonardo Rodríguez Castillo, a quien conocí cuando ambos éramos jóvenes profesores de la Universidad Central de Venezuela, y militábamos en los mismos sueños de redención social, con Domingo Alberto Rangel (padre) y otros buscadores de utopías. La dedicatoria de Leonardo es sencilla como su persona toda, como el papel de imprenta por donde discurre, en lucha con el amarillo del tiempo, una vida huracanada: la vida fulgurante del joven General José Antonio Anzoátegui.

Si digo “huracán” debo detenerme a explicar la metáfora y el verbo. Por estos días de octubre y noviembre de 2015, un movimiento sísmico estremeció al Estado Mérida. Temblores sucesivos se ensañaron por varios días con sus páramos y valles. Se trataba de réplicas, como las llaman los científicos. Pero la ciencia, cuando su lenguaje especializado no puede explicar los fenómenos, recurre a la poesía. Esa necesidad de expresión llevó a los sismólogos a hablar de “enjambre de terremotos”, como si se tratara de nubes de abejas. La palabra enjambre es poética. La palabra terremoto es todo lo contrario. La unión de ambas provoca una imagen literaria, pero que todo el mundo entiende. Vuelvo a pisar tierra para decir que en el siglo XIX un enjambre de huracanes se formó sobre los cielos de Venezuela. Más que de tempestades o fenómenos atmosféricos, se trató de legiones hombres y mujeres de vida huracanada: héroes, próceres, mártires.

Si los científicos recurren a la poesía cuando su lenguaje crítico no puede explicar los fenómenos que estudian, también los historiadores recurren a las metáforas cuando su decir científico no es suficiente para nombrar o contar las acciones humanas. Es el caso de Eduardo Blanco en su *Venezuela Heroica*, cuando nos habla de la “*legión infernal*” o del “*Centauro de los llanos*”, una forma de decir José Tomás Boves o de exaltar al legendario héroe de Mucuritas y las Queseras del Medio, otro José Antonio, pero de apellido Páez.

El gran poeta barinés Alberto Arvelo Torrealba, tan citado y recitado por el Comandante Hugo Chávez Frías, en su poema dedicado al Libertador, “*Por aquí pasó*”, recurre a la imagen del “huracán” en el intento, casi vano, de darnos la dimensión histórica de Simón Bolívar. Escribe o canta el autor de “*Florentino y el Diablo*”:

*Por aquí pasó compadre
Hacia aquellos montes lejos
Por aquí vestido de humo
El huracán que iba ardiendo
Fue silbo de tierra libre
Entre su manta y su sueño*

Para el poeta de los llanos profundos eso fue el Libertador: un huracán, pero no sólo eso: el huracán, además, iba ardiendo. Era viento desatado y fuego creador sobre la Venezuela decimonónica y colonial que estaba decidida a ser libre. Empero, el gigante Simón Bolívar no estaba solo: lo acompañaron y se le unieron otros huracanes alimentados por un fuego sagrado y profundo: aquellos hombres y mujeres que unidos hicieron posible la Independencia. Si digo Independencia, nombró el primer gran objetivo histórico que nos legara el Comandante Hugo Chávez Frías, en su *Plan de la Patria y en su Libro Azul*.

Aquella pléyade de hombres y mujeres –Libertadoras del Libertador como Manuelita Sáenz, Josefa Camejo, Luisa

Cáceres de Arismendi, Juana Ramírez La Avanzadora, nuestra Eulalia Buroz- conformaron, y aquí quería llegar, un ENJAMBRE DE HURACANES que terminó por derrumbar las fortalezas amuralladas del Imperio Español. Y en ese enjambre de héroes y heroínas, un huracán que se empezó a formar a orillas del Neverí, que llevaba en sus ímpetus juveniles la tempestad, de familia acomodada, a quien sus padres bautizaron: *José Antonio Cayetano de la Trinidad Anzoátegui-Hernández*.

Nos relata Leonardo Rodríguez:

“Nacido en Barcelona el 14 de noviembre de 1789, tercer hijo del matrimonio, lo bautizaron a los siete días de haber nacido, en su hogar y no en la iglesia como era la tradición entre los de su rango social, con una ceremonia particular como lo refiere el acta de bautismo: ‘En 21 día del mes de noviembre de 1789, y el Br. Ramón José Nadal, Presbítero Teniente de Cura de la Santa Iglesia de esta ciudad de San Cristóbal de Nueva Barcelona , certifico: que con mi licencia y asistencia el Rdo. Don Sebastián Alfaro y Hernández, Sacristán Mayor de dicha Iglesia Parroquial, puso óleo y chrisma solemnemente, por haberlo yo, dicho Teniente Cura, bautizado en su casa, en caso de necesidad, a José Antonio Cayetano de la Trinidad, de siete días de nacido, hijo legítimo de don José Anzoátegui y de doña Juana Petronila Hernández, y fueron padrinos don Juan Manuel Istulde, Alguacil Mayor y Regidor perpetuo por Su Majestad, de dicha ciudad, y doña Inés Hernández, a quienes advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones, y para que conste, lo firmo. Pro. Br. Ramón José Nadal”.

Los cronistas han abundado en describir cómo era la Barcelona de entonces. En ese ámbito transcurre la infancia y adolescencia de José Antonio, entre los avatares de solidez económica o de malos tiempos de la familia. No sé si los que nacen para ser héroes son niños difíciles de manejar y jóvenes “mala conducta”, como se dice ahora. Ciertamente, son distintos a sus contemporáneos, como son diferentes los artistas y poetas y por eso los llaman “desadaptados”. Del infante barcelonés, escribe su biógrafo Rodríguez Castillo:

“El niño, que era insoportable y voluntarioso, hasta el punto de que su progenitora, cansada de sus constante travesuras, decide ponerlo en manos de su inflexible padrino, don Juan Istulde, va a experimentar cambios. No sin antes advertirlo de viva voz: “Ahí se lo dejo, mi compadre, para que me lo enderece, así tenga que ponerlo a recibir clases de sol a sol” (p.32)

De joven, sería jefe de la pandilla de muchachos de su barrio que se enfrentaba a las de otros sectores. Era un joven temible. Hoy se diría: terrible.

“Después de 1803, por influencia de las alteraciones que se produjeron, se generaron reformas militares. Fue entonces cuando el joven biografiado inició su formación castrense impulsado por su padre quien sintiéndose impotente ante su insoportable conducta, muy a disgusto de doña Juana, tomó la decisión de convertirlo en cadete, en el Batallón de Milicias Regaladas de Blancos de Barcelona que dirigía don Sebastián Blesa (...). Integrada por unidades de carácter estamental (Blancos, Pardos y Morenos), con instrucción militar semipermanente, por un período de unos dos años, recibió formación básica sobre Táctica, Reglamentación Militar, Ceremonial y Administración de Unidades Militares, para hacerse oficial de las Fuerzas Armadas Españolas. Además se entrenó en equitación, natación y esgrima, hasta convertirse en experto jinete, hábil nadador y ser considerado ‘el esgrimista del ejército’”. (p. 38-39).

Sumergirnos en la historia colonial de nuestra ciudad, hurgar en nuestros orígenes, es repasar unas páginas que nos llenan de admiración, nos hacen fruncir el ceño algunas veces, y otras, nos arrancan la complicidad de la sonrisa. Leyenda y realidad van de la mano, lo mágico religioso marca los relatos, las supersticiones pueblan los caminos, la penurias someten a duras pruebas a las madres y padres fundadores, y los actos heroicos rozan la epopeya. No solo el joven José Antonio Cayetano de la Trinidad Anzoátegui-Hernández se sale de las normas. Los adultos tienen sus historias que sería largo y delicioso relatarles este día, si no fuera porque nos apartaríamos del tema que nos convoca y

del héroe que hoy honramos. Baste contarles por ahora que si el alma del Tirano Aguirre andaba penando por ahí y provocando terremotos, los pobladores “*se distraían en las ‘cuerdas de gallos’ que los aristócratas y religiosos realizaban. Una disposición de 1799, emanada del Vicario de la Provincia de Caracas, Fray Juan Antonio Ravelo, ordenaba terminantemente a los superiores que quitaran los naipes a los frailes y que de ningún modo les permitieran tener gallos atados, dentro ni fuera de la clausura. Pero Fray Marcelo Laguna, acompañado de su socio Catalán, seguidos de los negros que les llevaban sus gallineros, se presentó en Cumaná, procedente de Barcelona, a mediados de diciembre de 1805, dispuesto a responder el reto que les habían dirigido los galleros cumaneses. Todos esos factores hicieron del hogar barcelonés una célula social de alteraciones*” (p.22).

En ese contexto, juzgar la conducta del joven José Antonio Anzoátegui levantaba por lo menos suspicacias. Para guiarlo por el camino recto primero se encomendó su formación a un padrino riguroso. Luego, se le convirtió en cadete hasta hacerlo oficial de las Fuerzas Armadas Españolas. Obvio que esta gente, sus parientes y padrinos, defensores de la Corona y el Rey, al darle una formación militar para apartarlo del mal camino, no sabían lo que estaban haciendo ni el camino en que lo estaban metiendo. Por distintas vías le llegaron al irreverente joven las ideas independentistas, abrazó la causa patriótica y llegó a ser, a su corta edad, uno de los más brillantes generales del Ejército Libertador.

Reseñar en este acto la Hoja de Servicios del General de División José Antonio Anzoátegui, el Cuadro de sus Campañas, las Acciones de Guerra en las que participó, los Cargos Militares que desempeñó, las Condecoraciones que le fueron acordadas y los honores tributados a su memoria, nos exigiría pasar en este lugar buena parte del día. Su vida fue fulgurante y su muerte repentina, inesperada, para algunas misteriosa o inexplicable, a la edad de 30 años. Como el Libertador del poema de Alberto Arvelo Torrealba, fue un huracán y, como Simón Bolívar, también iba ardiendo.

Luchó bajo las órdenes o en unión del Coronel Campo Elías y de los Generales Urdaneta, Mariño, Bolívar, Mac Gregor, Soubllette, Páez y Manuel Piar. Con este último prócer de nuestra Independencia, la vida le fue irónica. Luego de combatir bajo sus órdenes, le tocó formar parte del Consejo de Guerra que lo condenó a muerte. Así era, así fue la guerra de Independencia: sangrienta, implacable, cruel, épica y heroica. Así fueron los hombres y mujeres que en ella se enrolaron. Así fue la vida del General de División José Antonio Anzoátegui, nuestro héroe epónimo: breve, intensa, brillante, huracanada, admirable.

Su pueblo lo quiso, su ciudad lo eligió legislador, cargo que apreció con emoción y humildad, pero al que declinó por sus compromisos militares. Barcelona lo ascendió a Coronel por aclamación. Aquel niño de incontables travesuras, aquel joven jefe de pandillas locales de “insoportable conducta”, era recibido por su ciudad con orgullo y admiración, convertido en héroe de la Independencia de la Patria.

La letra de un corrido mexicano podría decirle que se fue *“pronto como los elegidos, en plena gloria y en plena juventud”*. Hace poco escribí un libro titulado *La Espada sobre el Fuego*, donde analizo y sufro y disfruto a los poetas y poetisas que le escribieron al Libertador Simón Bolívar. Allí me detengo en el reto que significa escribir sobre los héroes: siempre su vida, sus hazañas, la epopeya de sus actos y azares superará a las palabras, sean estas dichas en prosa o en verso. ¿Cómo pudiéramos encontrar la imagen exacta que perfila la dimensión grandiosa del joven General, gallardo y valiente, José Antonio Anzoátegui? ¿Qué símil lo dibujará en sus tribulaciones, qué verbo relatará los torbellinos que lo azotan en la derrota? ¿Cómo encontrar la metáfora que plasme la épica de su gloria?

Yo hablo de escrituras porque mi palabra está en deuda con el Héroe que nos dio nombre, gloria y libertad. Pero pudiera hablar también de otras deudas: ¿Hemos sido dignos del prócer que nació en esta ciudad, a las orillas del Neverí? El dio su vida por nosotros,

¿qué hemos dado nosotros por su legado y ejemplo? Nació de una familia acomodada de esta ciudad y, al morir, el joven General dejó a una familia en la pobreza: todo lo entregó a la Independencia. ¿Somos nosotros dignos de ese ejemplo de honradez, de rectitud, de elevado y ético ejercicio de la política? Hoy lo honramos en un acto solemne y merecido. Debemos también honrarlo en la conducta ética que marque nuestra vida cotidiana. Debemos ser como José Antonio Anzoátegui.

Su estado natal, nuestro estado Anzoátegui, está bendecido por las aguas. Al norte, el Mar Caribe lo baña de historia y horizontes; al sur, el soberbio Orinoco, para decirlo con Julio Verne, lo une con la Guayana profunda donde buscó Alejo Carpentier los pasos perdidos de mitos y leyendas de nuestros antepasados; por abajo, unos de los más grandes reservorios de agua dulce llena de vida subterránea a la Mesa de Guanipa. Si este Estado no es del signo Acuario, la astrología es una estafa.

En la escuela, desde Mapire y Soledad, pasando por la Mesa de Guanipa, hasta Guanta y Boca de Uchire, y todos los pueblos y ciudades de su geografía multiétnica y pluricultural, nos enseñaron que el nombre de nuestra Estado viene de un joven General de la Independencia llamado José Antonio Anzoátegui. Un General que pasó por aquí como “el huracán que iba ardiendo”, un General que con su vida hizo un camino y dejó un ejemplo. Ya sabemos cómo debemos ser y qué camino debemos seguir, así los enemigos de las revoluciones y los revolucionarios nos acusen de “conducta insoportable”, como la de aquel joven General de División que se llamó José Antonio Anzoátegui.

*DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR EL DOCTOR
EARLE HERRERA, CON MOTIVO DEL 226º ANIVERSARIO DEL
NATALICIO DEL GENERAL JOSE ANTONIO ANZOATEGUI
BARCELONA, 14 DE NOVIEMBRE DE 2015*

CHAVEZ: EL HURACÁN QUE VA ARDIENDO

El poeta Alberto Arvelo Torrealba, señor de la canta del llano, autor del contrapunteo “*Florentino y el Diablo*”, dedicó un poema al Libertador titulado “*Por aquí pasó*”. El vate barinés ve a Simón Bolívar como “*el huracán que iba ardiendo*”.

*Por aquí pasó, compadre,
Hacia aquellos montes lejos.
Por aquí vestido de humo
El huracán que iba ardiendo
Fue silbo de tierra libre
Entre su manta y sus sueños*

El presidente Chávez declamaba la creación de Arvelo Torrealba cada vez que tenía oportunidad. Y fueron muchas. Lo hacía con arpa, cuatro y maracas y lo hizo con el gran trovador cubano, Silvio Rodríguez, tocando la guitarra, una noche inolvidable. Palabras mayores.

La metáfora huracanada le calza perfectamente al Comandante Bolivariano. Desde su aparición en la escena política venezolana, aquel 4 de febrero de su célebre “*Por ahora*”, el tránsito vital de Hugo Chávez fue y es fuego y tempestad. Por supuesto, desde entonces, así ha sido también el transcurrir del país. En esas dos décadas largas le tocó al “Arañero de Sabaneta”, así se auto nombraba, atravesar muchos desiertos, como él mismo definió las dificultades, vicisitudes e imponderables que la historia y la vida le depararon.

La cárcel de Yare fue un largo desierto de dos años. El golpe de abril de 2011, con su consecuente secuestro y el periplo por Turiamo y La Orchila, otro. Sólo que este último fue intenso y vertiginoso, de unas 72 horas, con la vida siempre en vilo. El sabotaje petrolero fue un gancho al hígado de su anatomía y un mandarriazo en la columna vertebral de la economía venezolana. En paralelo, la toma de la Plaza Altamira por oficiales de alta graduación. Fueron meses duros, con tanqueros petroleros fondeados frente a las costas del país y un parte de guerra en cadena de medios privados todos los días a las seis de la tarde. Después, los paramilitares introducidos en una finca y las guarimbas. Sin metáfora, el comandante Hugo Chávez, durante todos esos años, era *“el huracán que iba ardiendo”*.

Nada, sin embargo, lo detenía en su sueño y su ideal. La lucha contra el cáncer fue dura y sin cuartel, con dolores atroces de los que no daba muestra y burlas miserables de sus adversarios. Apenas salió de las sesiones de quimioterapia, se incorporó a una campaña electoral intensa y agotadora, casi épica, en 2012. En esas condiciones, volvió a derrotar a sus adversarios. Pero era un ser humano y su cuerpo se lo recordó. Otra vez fue a la sala de cirugía y pasó por uno de los trances más difíciles. Y con él, por supuesto, el pueblo que lo ama y lo sigue.

Su proyección trascendió las fronteras patrias. Lo decía un emotivo Nicolás Maduro, entonces vicepresidente de la República, al anunciar el parte médico que le llegó de La Habana la tarde del jueves 13 de un diciembre difícil, como lo fueron también los de 1999 (deslave en el estado Vargas) y de 2002 (paro y sabotaje petrolero).

Dos navidades en Yare; una con el deslave de Vargas, la más grande tragedia natural venezolana del siglo XX; otra con la industria petrolera sabotada y paralizada. Y la última, entre el quirófano y la ardua convalecencia, en 2012. Y siempre, el mundo pendiente de él. En esa hora rezaban por el comandante Hugo Chávez desde los creyentes hasta los ateos, como fue el caso

del presidente uruguayo Pepe Mujica, quien le mandó hacer una misa. Oraban musulmanes y católicos, pastores evangélicos y chamanes indígenas. Mayas, quechuas, aymarás, chibchas, todos los exponentes de los pueblos ancestrales de nuestra América profunda.

Pero esa fuerza telúrica desatada, era también la palmada en el hombro del amigo afligido, la ternura del beso a la niña campesina, el abrazo caluroso a la anciana, el apretón de mano al obrero en la fábrica y la carcajada abierta entre humoristas, intelectuales y artistas, con sus chistes a flor de labio. Lo vimos furioso y reclamando ante la lentitud sobre un tema específico de la Asamblea Nacional Constituyente y lo miramos eufórico, como un niño con juguete nuevo, cuando le entregamos, redactada y concluida, la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela.

Lo escuchamos en los mitines, orador impar que electrizaba multitudes, entre las ovaciones de su pueblo y los silencios profundos de las masas. Lo oímos de cerca, cuando daba un consejo amistoso o al preguntar sobre lo que no conocía bien. Vimos los ojos de un Presidente de la República que te escuchaba atentamente. Lo observamos en una sala, caminando ante sus interlocutores, recordando los días más difíciles del paro-sabotaje petrolero y los tanqueros fondeados frente a nuestras costas. Sobre la plataforma de un camión, en alguna de las tantas campañas electorales, lo oímos regañar a los organizadores del acto mientras saludaba a la multitud y le sonreía a una muchacha trepada en una platabanda. Y en su poema, huracanado, llama a escucharlo Alberto Arvelo Torrealba:

*Óigale la voz tendida,
Sobre el resol de los médanos,
La voz que gritó más hondo
Óigasela, compañero.*

Así era, así fue, así es el Comandante Supremo, Hugo Chávez Frías, un personaje, un líder, que no pasaba indiferente para nadie, activo, en cama o luego de su partida física. Ese fue su sino y su

destino: ser “el huracán que va ardiendo como silbo de tierra libre”, en la realidad, en la Historia y en la metáfora bolivariana de Alberto Arvelo Torrealba.

Obra social bajo toda omisión

Corría 1999, primer año del primer gobierno del presidente Hugo Rafael Chávez Frías, elegido el 6 de diciembre de 1998. Por esos días, a petición de un amigo, escribí los textos para un libro de fotografías titulado: *Niños de la calle: La inocencia vulnerada*. El autor de las fotos fue el reportero gráfico Franklin Jaspe. Hoy no podría escribir ni Franklin tomar las imágenes de aquel libro por una buena razón: No hay niños de la calle en Venezuela, excepción hecha de uno que otro caso aislado. La inclusión social de la Revolución Bolivariana, la ampliación de la matrícula, la alimentación escolar, la reducción de la pobreza y las misiones obraron el milagro.

Cuando los chamos sin casa y sin cielo poblaban las calles, dormían en las aceras y bancos de plazas y parques, pedían dinero o comida en colas de vehículos o lugares públicos, los medios de comunicación alimentaban su amarillismo con reportajes sensacionalistas. Hoy, cuando ya no son el rostro del “abandono gubernamental”, dejaron de ser noticia. El presidente Chávez se propuso sacarlos de las calles y, revolución bolivariana mediante, lo logró. Los medios privados omiten e invisibilizan esta realidad, uno de los hechos sociales más importantes del último medio siglo de la vida venezolana.

El caso de los niños de la calle es apenas una arista de la política editorial e informativa de la comunicación privada y comercial. La asunción al poder del máximo líder bolivariano puso fin a un modelo político y económico del que las grandes corporaciones mediáticas formaban parte. El puntofijismo no sólo fue un pacto de los viejos partidos AD, Copei y URD. El mismo se mantuvo en el tiempo porque otras tres columnas lo sostenían: la

oligarquía estéril (Fedecámaras), la jerarquía eclesiástica y los amos de los medios.

El poder mediático, consciente de la decadencia e inminente quiebra de su modelo puntofijista, primero quiso atraer a Hugo Chávez hacia su área de influencia. Al no lograrlo, se declaró abierto enemigo de la Revolución Bolivariana. Los medios desplazaron a los viejos partidos y asumieron la conducción política de la oposición. El saldo de esa dirección es conocido: golpe de abril de 2002, toma militar de Plaza Altamira, sabotaje petrolero 2002-2003, guarimbas, abortado referéndum consultivo, abstención parlamentaria 2005 y 18 derrotas electorales. Por supuesto, a la hora de facturar debacles y derrotas, los grandes medios hacen mutis y se las endosan a los partidos opositores, a los meritócratas petroleros y a los militares golpistas de la Carmonada.

Es obvio que, para quienes intentaron derrocar a Chávez por varias vías y fallaron en todas, el Gobierno del Comandante Presidente no tuvo logro alguno, mucho menos en el campo en el que fue y es más exitoso: el social. Negar, omitir, distorsionar, tergiversar y mentir son los mecanismos de información empleados por los medios radioeléctricos e impresos para ocultar y hacer invisibles las metas alcanzadas por la Revolución Bolivariana.

Hubo un escandaloso silencio mediático cuestionado en Venezuela y el mundo: ocurrió el 12 y 13 de abril de 2002, cuando el pueblo venezolano y la Fuerza Armada revirtieron el golpe de Estado que, por 48 horas, derrocara al presidente Chávez y se hiciera del poder. Las corporaciones mediáticas, ante la avalancha de las críticas por esa página negra que escribieron para la historia del periodismo, afinaron sus métodos y técnicas. El veto y la censura a las obras de la revolución se podían aplicar sin que parecieran ni veto ni censura. Lo que parece un juego de palabras sólo devela un juego del cinismo mediático.

De nada valdrían los índices de desarrollo humano alcanzados por Venezuela y certificados por organismo de las

Naciones Unidas. Los medios privados siempre tienen a mano una ONG a la medida –o se la inventan- para desmentir las instituciones internacionales. En materia de seguridad, por ejemplo, las cifras no son las que da el CICPC sino alguna ONG que se asume oficiosa, con el respaldo del despliegue sensacionalista en primera página. Hay una realidad –una falsa realidad- que se construye desde los medios.

La mentira, así se sistematice, sigue teniendo patas cortas. La democracia participativa y protagónica que establece la Constitución Nacional de 1999, conduce a la permanente consulta al pueblo. Los procesos electorales -19 en 14 años- provocan fuertes contradicciones en la oposición y los medios con respecto a las obras sociales del presidente Chávez, principalmente, en el caso de las misiones. Electoralmente hablando, no daba rédito atacarlas y, mucho menos, negarlas u omitirlas cuando formaban parte de la cotidianidad del pueblo humilde. El mecanismo entonces fue asumirlas y “prometer” perfeccionarlas. La oposición llegó incluso a proponer una “ley para las misiones” durante la campaña electoral de 2012 que, el 7 de octubre de ese año, ganara de calle el Comandante Hugo Chávez Frías.

De la dirigencia opositora, sólo el ex fundador del MAS, Teodoro Petkoff, le reconoció un mérito –ya es algo- al líder de la Revolución Bolivariana: “*Chávez puso en la agenda política –dijo- el tema de la pobreza*”. Aun así, las corporaciones mediáticas insistían en negar lo evidente, esa montaña expresada en millones de votos que tenían enfrente. El “tema de la pobreza” es mucho más que “un tema”: es el drama social del pueblo venezolano. Hacia su solución y superación enfocó el presidente Hugo Chávez sus mayores esfuerzos, con la tenacidad y pasión que lo caracterizaron como líder y como gobernante.

En educación, salud, deporte, alimentación, recreación, seguridad social, la obra social de Hugo Chávez se impuso e impone a la manipulación mediática. Más allá del dicho popular del sol y el dedo que pretende tapanlo, los mecanismos de

información dirigida empleados para negar u ocultar la realidad fueron desmontados por los hechos. Y los logros sociales de la Revolución Bolivariana, pese al cerco comunicacional privado que pretendió silenciarlos e invisibilizarlos, hoy resplandecen en la cotidianidad popular por sobre toda omisión.

Idiolecto de Chávez

Siguen apareciendo libros sobre Hugo Chávez Frías. El investigador Rafael Ramón Castellanos ha registrado unas 2.700 obras publicadas en el exterior acerca del presidente venezolano. No incluye tesis de pre y post grado ni los volúmenes editados en el país.

En Venezuela, el comandante ha inspirado o motivado a escritores bolivarianos y, en la misma o mayor medida, a los antichavistas. Algunos de estos últimos, gracias al indiscreto objeto de su odio, han conocido el largo olor del éxito del best-seller. El sólo hecho de colocar el nombre de Hugo Chávez en la portada es garantía de venta. Si el presidente se refiere a la publicación que lo alude, el comercio de la obra se multiplica. *¡Chávez, nóbrame!*, *¡Chávez, insúltame!*, *¡Chávez, di algo de mí!*, gritan A voz en cuello ansiosos autores escuálidos. Y si callan, el estado anhelante por la mención presidencial se les convierte en un insufrible alarido in pectore.

Ni Gómez ni Betancourt se aproximan al fenómeno editorial en que se ha convertido Chávez. Ni siquiera porque están muertos, que es cuando más se escribe sobre los personajes históricos. La única investigación realizada sobre esta explosión bibliográfica generada por el comandante del 4-F es la ya citada de Rafael Ramón Castellanos. Pero luego, los libros sobre el líder bolivariano siguen apareciendo.

Por ahí se anuncia una nueva obra que enfoca un aspecto poco explorado del liderazgo del presidente. Su título sería *“La lengua de Chávez”* y su autor es el lingüista Germán Flores. En

declaraciones para *El Universal* (19-12-09), el experto afirma que “*el mandatario ha convertido su idiolecto –rasgos propios de la forma de expresarse de un individuo- en lenguaje oficial de Venezuela*”.

Flores acota que “*palabras como soberano, pueblo, socialismo, imperio, revolución, capitalismo o golpe de Estado, tienen un significado distinto en el idiolecto de Chávez, quien ha logrado imponer en el país el sentido que le da a esas expresiones*”. También se refiere a términos como “escuálidos”, “vergatario” o “Goriletti”, para aludir a Micheletti, presidente golpista de Honduras.

En verdad, parte del lenguaje político de un país no lo imponen los presidentes, sino su liderazgo. En un entorno más reducido, los jefes de partidos políticos, al menos en el ámbito de su militancia. Los activistas terminan hablando como su dirigente más carismático. En su tiempo, todos los masistas hablaban como Teodoro Petkoff. En AD, Rómulo Betancourt impuso su idiolecto de hallacas multisápidas, cadáveres insepultos, hamproductos y fenómenos obsoletos y periclitados. ¿Acaso no hablan como Caldera sus malqueridos delfines Eduardo Fernández y Oswaldo Álvarez Paz?

Existen curiosidades arqueológicas. La lengua de Henry Ramos Allup y su entonación atiplada intenta resucitar el habla y el decir de Rómulo Betancourt. En el mismo bando, Antonio Ledezma no puede zafarse de la forma de discursar de Carlos Andrés Pérez. La Cuarta República, como los muertos en pena, sale por los caminos en boca de sus sobrevivientes. Sus estertores se agitan en esa lengua impenitente.

El liderazgo de Hugo Chávez y sus múltiples victorias electorales popularizan su idiolecto, no cabe duda alguna. Sus enemigos y adversarios han hecho esfuerzos lingüísticos por contrarrestar esa influencia. De allí que se inventaron expresiones como “rrrégimen”, ya casi en desuso; “autócrata”,

“sociedad democrática”, “zambo”, “chusmas”, “hordas”, cuyos ecos languidecieron en la plaza Francia de Altamira.

En un arrebato más filosófico que lingüístico, el líder opositor Manuel Rosales, sorprendió al país con frases que rozaban la figura retórica del oxímoron. A saber: “si me matan y me muero la culpa es de Hugo Chávez”; “me hallo en una isla rodeada de agua por todas partes”; “no se le pueden pedir peras al horno” y otros constructos verbales que divirtieron y asombraron al auditorio.

El lingüista Flores asegura que “Chávez se apoderó del idioma y en la medida en que él se apodera de la lengua perdemos nuestra libertad”. ¿No ve? Aquí quería llegar el hombre. Una conclusión científicamente escuálida. Solo le faltó decir que los prisioneros del habla y decir de Chávez, son “presos políticos”.

NELSON MANDELA DESDE NOSOTROS

La leyenda, o mejor, las leyendas de los héroes y personajes históricos terminan por escamotear su historia; lanzan sobre su vida y obra un manto de neblina que dificulta aproximarnos a ellos, mirarlos y captarlos en su auténtica dimensión humana. En esa encrucijada, cada quien busca uno o muchos caminos para llegar al ser de carne y hueso que, un día, como decir, una vida, no fue mito ni leyenda, sino hombre o mujer. En auxilio del historiador que no disipa las neblinas, vienen la poesía, la música, el teatro, la narrativa, la pintura, el cine o el humilde testimonio oral que desde tiempos inmemoriales busca perpetuar la memoria colectiva.

Nelson Mandela está allí y no está. Todavía su leyenda no supera su gloriosa y admirable vida, ni el mito nos lo roba. Con su nobleza y humildad, él se encargó de que eso no ocurriera. Pero a diferencia de los héroes de otros siglos, Nelson Mandela nació y vivió en una centuria en la que la supernova de la Aldea Global empezó a engullirse la Galaxia de Gutenberg. Me explico: la vida de Mandela transcurre en la era de las comunicaciones, de la cultura de masas, de la industria cultural sin fronteras, de ese frenético periplo que va desde viejo telégrafo hasta el vértigo de las llamadas redes sociales. Luego, los hombres y mujeres de los siglos XX y XXI tuvimos el privilegio de ser contemporáneos del Mandela de carne y hueso pero, también, del Mandela que los mass media intentan sacar de su propia historia. El Mandela héroe mediático no es el mismo Mandela que, hasta 2008, fue un peligroso terrorista para los medios de Occidente.

De allí el precavido título que encabeza nuestras palabras: “*Nelson Mandela desde nosotros*”. Podríamos decir, desde la percepción de Dilma Rousseff, desde la mirada de Cristina Fernández, desde la agudeza de Néstor Kirchner, desde los ojos de Hugo Chávez, desde la experiencia vital de José “Pepe” Mujica, en fin, desde la imaginación creadora de Roa Bastos o la Rayuela imaginaria de Julio Cortázar. Como decir: desde nosotros.

Desde los días de la Independencia eso es lo que hemos tratado de hacer: vernos nosotros y ver al mundo con nuestros propios ojos. Durante 300 años el colonialismo de la vieja Europa nos impuso una forma de ver al mundo. Por eso don Andrés Bello, en su *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*, nos reclama volver la vista hacia América, esa Nuestra América en plural que soñó Simón Bolívar y que invocó José Martí; la América indígena y mestiza que *aún cree en Jesucristo y aún habla en español*, en el sentido y hondo cantar de Rubén Darío. Después de tres siglos de colonialismo europeo, otra cultura dominante nos impuso su forma de ver y de vernos. Nos informamos, nos conocemos o desconocemos a través de las grandes agencias y canales internacionales de información. A través de esos cristales transnacionales los venezolanos vemos a los brasileños y los argentinos a los paraguayos y los uruguayos a nosotros. Aparte de *Telesur*, ¿por qué otra ventana nos miramos?

Hay un Nelson Mandela que nos ofrecen los países del Norte, del llamado primer mundo. No olvidemos que los del Norte piensan que para mirar a los del Sur siempre han de bajar la mirada, es decir, mirar hacia abajo. En cambio, cuando los latinoamericanos vemos al África de Mandela, cuando vemos a Nelson Mandela, lo hacemos de Sur a Sur, como decir, cara a cara, o más coloquialmente, de tú a tú. Así quería Mandela que se miraran y lo miraran todos los pueblos del mundo.

En su libro *Los hijos de los días* (Siglo XXI, Buenos Aires, 2012), el gran escritor Eduardo Galeano escribe: “*En el año*

2008, el gobierno de Estados Unidos decidió borrar a Nelson Mandela de la lista de terroristas peligrosos. Durante sesenta años, el africano más prestigioso del mundo había integrado ese tenebroso catálogo”.

Al leer esto, se nos vuelven a abrir las venas de América Latina. Porque son las mismas venas que el colonialismo abrió en África, Asia y en los pueblos del llamado Tercer Mundo, en su mayoría miembros del Movimiento de Países No Alineados, conglomerado solidario del que Nelson Mandela fue ilustre Secretario General.

Durante 27 años, casi tres décadas, Nelson Mandela estuvo en las cárcel del Apartheid y durante 60, más de medio siglo, en el catálogo de los terroristas más peligrosos del mundo. Occidente lo mantuvo en esa lista de terroristas, como diríamos en Venezuela, hasta antiertico nomás. De allí la denuncia de Eduardo Galeano. De allí nuestra advertencia de verlo desde nosotros mismos, desde América Latina, de Sur a Sur.

No se trata de regionalismo, ojo. Lejos estamos de una visión estrecha, sobre todo hacia alguien que, como Nelson Mandela, se hizo ciudadano del mundo, aunque el mundo no siempre lo trató como ciudadano. Estuvo preso. Estuvo catalogado. Estuvo segregado y apartado. Pero no lograron inocularle lo que lo habría convertido no solo en cuerpo, sino también en alma, en un prisionero: el odio. Por eso Madiba, para llamarlo con el cariño de su pueblo, se acompañó siempre del poema de William Ernest Henley, “*Invictus*”, y allá, en los días y noches de su celda fría, recitaba: ***Soy el amo de mi destino/ Soy el capitán de mi alma.***

Amo y capitán de su destino y de su alma, eso quería Nelson Mandela que fueran todos los pueblos del mundo. Esa fue su causa, esa, su razón de vida. Su lucha no solo fue contra el racismo, fue contra toda injusticia, toda discriminación y toda desigualdad.

Hay un Mandela que la industria mediática planetaria va tallando a la imagen y semejanza de sus superhéroes y “*sus amigos del alma*”. Un Mandela despojado del Mandela que una vez luchó con las armas en las manos y, luego, con un ramo de olivo. Un Mandela que creó, dentro del Congreso Nacional Africano, el brazo combatiente que llamó “*Lanza de la nación*”. Un Mandela que estuvo al frente del Movimiento de Países No Alineados. Un Mandela que por 27 años fue el preso N° 46664. Un Mandela que preso, nunca pudieron hacerlo prisionero de sí mismo, que es lo que buscan todos los carceleros que en el mundo han sido.

Nelson Mandela nació para amar. Sus enemigos nunca entendieron esto, no lo podían entender. Desde la segregación y el racismo, el amor es incomprensible. Nació para amar a sus semejantes y a su pueblo. Los poetas sí lo entendieron en toda su dimensión. El cantautor cubano, Pablo Milanés, en su canción “*Nelson Mandela, sus dos amores*”, le canta:

*Nelson Mandela,
Y como pólvora regaste el amor
Que te sostiene en una prisión
Que te va a liberar*

El amor que regó como pólvora lo sostuvo en la prisión y lo liberó de la misma. En carta que enviara al señor Presidente de la República de Suráfrica, Jacob Suma, el presidente Nicolás Maduro expresó el sentimiento del pueblo venezolano:

“Madiba se queda, nunca se irá: con nosotros y en nosotros va su mirada, capaz de trascender el tiempo, con la fuerza que siempre tuvo su razón. La libertad lleva su nombre, la solidaridad es del color de su piel y el futuro habla con su voz”.

Compañeras y compañeros del Parlamento del Mercosur: Nelson Mandela fue un ciudadano del mundo y fue, en vida y corazón, un luchador de los pueblos del Sur.

Desde aquí lo honramos con el orgullo con que honramos a los nuestros: de tú a tú, de Sur a Sur.

*Discurso pronunciado ante el Parlamento del Mercosur –Parlasur–
por el diputado venezolano, Earle Herrera*

ANÍBAL NAZOA, TODO HUMOR

La obra humorística de Aníbal Nazoa la conforman dos libros que si no son clásicos del género por razones de época, son por lo menos memorables; no digo paradigmáticos para no ofender al amigo que siempre supo distanciarse de toda pedantería intelectual. Estos textos son sus *Obras incompletas* y *Las artes y los oficios*. En ambos, lo genial se expresa y despliega con naturalidad y sencillez, como quería Martí –y así lo logró- que fueran sus versos y la ciencia.

En rigor, toda la obra de Aníbal Nazoa es humorística, en el sentido más elevado del término, pero por respeto a la preceptiva, sus escritos históricos y lingüísticos mejor los dejamos en su santo lugar. Sus columnas periodísticas, tanto las publicadas en la llamada gran prensa como en la “otra” (la de izquierda, la revolucionaria, la clandestina, subversiva, subterránea, perseguida o clausurada), estuvieron signadas y marcadas por el humor incisivo y agudo. Un analista de contenido que se respete, diría con la debida seriedad académica que “el humor transversaliza” toda su obra de abajo hacia arriba y de cabo a rabo y viceversa.

Con su seudónimo de Matías Carrasco y su columna “*Aquí hace calor*”, hizo de la crónica un magisterio y una agradable tertulia semanal. También, un lugar de encuentro sabatino. Millares de lectores de todo el país salían este día a buscar el periódico “*para leer a Aníbal*”. Mezclar, unir, combinar erudición y humor sólo le es dado a quien ostenta una gran inteligencia y una profunda sensibilidad artística. Era éste el desayuno que Matías Carrasco nos ofrecía cada mañana de sábado.

Más arduo, para el cronista, era su columna “*Puerta de Caracas*” por su periodicidad diaria. Lo de “arduo” es una suposición nuestra, para el escritor seguramente era una nota. Cada día, Aníbal traía un tema, un problema o una simple reflexión sobre su ciudad, esa Caracas que lo vio nacer y crecer en la parroquia San Juan, por la plaza Capuchinos, entrando a El Guarataro, viejo barrio de la vieja urbe.

Aníbal era un señor lleno de libros, con muchos libros en la cabeza, sin que éstos lo desquiciaran como le ocurrió al ingenioso hidalgo de La Mancha. Si en algún pasaje de un texto notaba que se estaba poniendo muy magistral o enjundioso, con el habla popular retornaba a la cotidianidad, provocando además el efecto humorístico producto del choque y contraste entre lo conceptual y lo cotidiano; lo filosófico y lo refranero.

Tratar con profundidad las cosas más sencillas y con sencillez las más complejas, le permitían un fino manejo de la ironía para desnudar y denunciar la realidad, rasgar las máscaras del poder que diría Luis Britto García y colocar frente a un implacable espejo a la alta sociedad. Lo falso, lo artificial, las poses, las modas y las echonerías quedan al desnudo bajo la mirada de Aníbal, en el texto de sus ensayos, artículos y crónicas.

En su *Obras incompletas* se perfila y presenta el maestro de la parodia, la imitación y, dicho popularmente, el remedo. Las formas de lenguaje, el estilo, los recursos, muletillas y estereotipos de cada tipo de escritura son desplegados en estas páginas con gracia y maestría. El autor primero ofrece una exposición teórica y risible de lo que es un prólogo o una receta médica, sus características y exigencias, para luego ofrecer un modelo de cada una de esas formas de escribir.

El prólogo, la novela rosa, el cuento policial, la obrita para títeres, el editorial, el relato de ciencia-ficción, la Traducción, el cuento infantil, la carátula del disco, la pieza de

teatro contemporáneo, la carta abierta, la novela de aventuras, el poema hermético, el discurso de orden, la literatura médica, la entrevista, el himno oficial, el libro de cocina, el ensayo de interpretación histórica, el manual de instrucciones, la narración terrorífica, el catálogo, el soneto, la oración fúnebre, la crítica cinematográfica, la ley, el reportaje publicitario, la novela de misterio, las memorias, la crónica taurina, el libro optimista, el drama criollo, la novela licenciosa, el ensayo filosófico, la telenovela, la Opera, el Cuento Premiado de “El Nacional”, el Plagio, el Manual de yoga, el Horóscopo, La “Plaquette”, el reportaje reivindicativo, el diccionario especializado, el tema de composición, el crucigrama, la crónica de ajedrez, la crítica musical, la polémica, son especialidades escriturales, si se les puede llamar así, que nutren las *Obras incompletas* del autor.

Cada una de las anteriores formas escriturales las disecciona, las imita y parodia. Como todos en algún momento de la vida hemos escrito o intentado escribir alguno de esos géneros o subgéneros, la teoría o el remedo de Aníbal Nazoa primero nos descubre o sorprende infraganti, con las manos en las letras, y, luego, por eso mismo, nos provoca la risa hacia nosotros mismos. Si no hemos incurrido en la escritura, hemos sido lectores de alguna de esas formas de literatura. Por haber sido serios y cejijuntos lectores de algo que Aníbal Nazoa se toma con humor, también quedamos bajo el blanco de su crítica e ironía. En ambos casos, sólo la risa salva.

Las artes y los oficios, por su parte, es una exhibición de minuciosa, detallada y detallista observación, conocimiento de cada tema o materia, estudio profundo de cosas inútiles (ya lo dijo Kotepa Delgado), psicología de los personajes, ironía a la vez sutil y demoledora y complicidad con los artistas u oficianes que son blanco de su crítica. Los oficios más comunes pero también los más insólitos son objeto de su estudio y análisis. Cada uno de esos oficios, además, tiene su arte, por cuyos intersticios penetra la mirada escrutadora del cronista. Como tal vez nadie se iba a ocupar de su estudio, se puede decir que: a) La humanidad tiene

una deuda con el escritor: o b) que Aníbal Nazoa vino a llenar un vacío bibliográfico, por no decir epistemológico.

Bajo su lupa, o mejor, su óptica, desfilan profesiones u oficios, vaya usted a saber, como las de abogado, mecánico, cuidador de carro, drogadicto, pintor, antisocial, vampiro, chofer, diplomático, barbero, cobrador, servicio de adentro, presidente, ingeniero, boxeador, astronauta, buhonero, oculista, torero y filántropo.

Esta obra de Aníbal Nazoa provoca la risa en varias dimensiones. Una en tiempo real, cuando usted está leyendo y ríe de la seriedad que le pone el autor a la descripción de su personaje y su oficio, a la par de la gracia que provoca el manejo del lenguaje, sus giros o invenciones. Una risa retrospectiva, al recordar experiencias o malos ratos que ha pasado con cualquiera de esos profesionales. Una risa residual o a futuro porque Aníbal le está dando elementos para jugarle una broma o vengarse de su amigo abogado, mecánico, torero o filántropo. Un analista serio diría que se trata de un humor multidimensional o una mamadera de gallo transversal y polisémica.

Cada una de las artes u oficios de los que trata su libro, Aníbal Nazoa lo desarma como quien saca todas las piezas de un mecanismo de relojería, las explica una por una, para luego detallar su función en el conjunto. ¿Vale la pena todo ese esfuerzo intelectual? Por supuesto que sí, tanto como la invención de juguetes, la creación de cuentos y poesías, la redacción de telenovelas, los espectáculos de lucha libre, las carreras de caballo o el mundial de fútbol.

Hay dos vertientes del humor en cada uno de los textos analizados. De un lado, el que despliega Aníbal Nazoa al teorizar sobre cada forma de escritura y al parodiar su léxico y sintaxis particulares. Y del otro, el humorismo que construye el lector al imaginar al escritor estudiando minuciosamente las características y recursos de las cartas abiertas, los prólogos, el horóscopo, el

discurso de orden o la literatura médica. Se necesita ser bien ocioso para dedicarse al análisis de cuanto tipo de texto cae en sus manos, desde géneros literarios propiamente dicho hasta formas de escritura sin género posible, verbigracia, el libro de cocina, el himno oficial de cuanta institución existe o la oración fúnebre.

El poeta Pedro Luís Hernández escribió: “Te conozco, pan viejo, porque amasé tu trigo”. Lo mismo puede decirse del conocimiento de Aníbal Nazon de las más insólitas formas de escritura. Con espejuelos del país de los ciegos (así se llamó una de sus columnas) y con la mayor seriedad del mundo, se dedica a penetrar en lo que los académicos no vacilarían en calificar de literatura menor, marginal, bastarda y efímera. Su crónica sobre “El Prólogo” resulta tan exquisitamente demoledora que la vergüenza nos embargaba mientras escribíamos, precisamente, un prólogo sobre sus obras.

En *Las artes y los oficios*, el autor sigue el mismo procedimiento de sus *Obras incompletas*, sólo que varía su objeto de estudio. Aquí se aparta de la lingüística y la lexicografía propias de cada forma de su literatura, utilitaria o no, para penetrar en el mundo de las artes y oficios de los que ningún investigador serio se ocupa. Desde el oficio de buhonero hasta el de Presidente, pocas formas de ganarse la vida o perturbársela a los otros escapan de la visión sarcástica y la magistral expresión humorística de Aníbal Nazon. No por casualidad su hermano Aquiles lo considera el mejor prosista de su generación. La afirmación del poeta de las cosas más sencillas, Aquiles Nazon, puede parecer interesada, consanguínea y subjetiva, sólo que, además de eso, la misma se ajusta rigurosamente a la verdad.

Aquel Aníbal que en sus *Obras incompletas* dedicó horas y sueños al estudio de lo que los académicos venezolanos denominan con desdén “literatura subalterna”, en *Las artes y los oficios* vuelve su curiosa mirada a oficios que sólo él considera oficios, como los de cuidadores de carro, el de abstemio, el apostador, el viajado o el antisocial, con sus respectivas características y *modus operandi*. Cada uno de los oficios que desfilan por su libro, tiene su correspondiente arte o son, en sí mismos, una forma de arte. No todo el mundo

está en capacidad de ejercer con profesionalismo oficios como el de drogadicto, astronauta u oculista.

La lectura de la obra humorística de Aníbal Nazoa nos incomoda porque, mientras leemos, el autor nos coloca enfrente un espejo en el que nos vemos en los momentos más cómicos o cursis. En ocasiones, el estilo del que se está burlando o está cuestionando, es el mismo que estamos empleando en alguna forma de escritura. O en el caso de los oficios, nos vemos retratados o trazada la imagen de algún amigo o conocido. Al sobreponernos de la burla, soltamos la carcajada o esbozamos la sonrisa de la complicidad. En este sentido, Aníbal no conduce al ejercicio de la máxima expresión del humor, que no es otra que la capacidad de reírnos de nosotros mismos.

Aníbal Nazoa fue extraordinario narrador –tiene razón Aquiles-, un prosista que cultivó el celo por el idioma y conocía y explotaba todas sus potencialidades. Estudioso del lenguaje especializado, nos deleita con la parodia a la lexicografía de cada profesión u oficio, así como al argot o jerga de regiones, barrios o grupos. Fue magistral en el manejo de la ironía. Su obra humorística es memorable y antológica y él, en pocas palabras, un Maestro del humor. Un artista de la palabra.

70 veces Aníbal

Aníbal Nazoa acaba de cumplir 70 septiembreros de crónicas, cuartillas y libros y la prensa cultural y política, donde siempre ha habitado, no se dio cuenta. Nació en la oposición y sospechó que no piensa salir de allí. Un humorista en el poder (político, económico, mediático o eclesial) precipita sus días. Y Aníbal, sin dudas, prefiere otras formas de “autosuicidio”, como diría el filósofo cautivo (de Alfaro y Caldera) que con cierta periodicidad se asoma a su impar columna “*Aquí hace calor*”.

Entre amigos, Aníbal celebró sus cumpleaños como lo deben hacer los escritores: con el bautizo de un libro. Con toda razón la

crónica social ignoró el ágape porque se trató de una fiesta de palabras, con Zapata y Luis Brito García poniéndolas a danzar: La sección cultural andaba en cosas más serias, como los benditos dozavos y los subsidios, alfa y omega de un sector amplísimo de la *Intelligentsia nacional*. La sonrisa de María Lucía nos contagiaba.

La crónica en sus distintas expresiones –humorística, política, costumbrista y urbana- tiene en Aníbal Nazoa uno de sus más ilustrados exponentes. Esto de ilustrado es por su pasantía por *El Sádico Ilustrado*, otro producto no de Alfonso Rivas, como la Maizina Americana, sino del propio Pedro León Zapata. Por allí pasó Aníbal, al igual que por casi todas las publicaciones de humor que vienen desde *El Morrocoy Azul*, a donde llegó tras los pasos de su hermano mayor, el querido poeta de las cosas más sencillas, Aquiles Nazoa.

Como Aquiles, también Aníbal es un transeúnte sonreído de esta ciudad donde nació y por la que rompió tantas lanzas y tanto amor desde su columna “*Puerta de Caracas*”. En el desaparecido suplemento *Séptimo Día* se erigió rey “*En el país de los ciegos*”. Como Matías Carrasco se mantuvo en el más alto rating de papel con la columna “*Aquí hace calor*”, desde donde un tipo en guardacamisa, sentado en un mueble de paletas, se vacilaba a medio mundo mientras cogía la fresca de la tarde, como si nada.

Muchas otras columnas calzó Aníbal con su firma, pero yo no tengo el prodigio memorioso de nuestro amigo común, Jesús Sanoja Hernández, para, como diría un adeco, “traérselas a colación”, También ha publicado Aníbal varios libros que los lectores se devoran, mientras alguien devora los derechos de autor de Aníbal. Humorista siempre, esto (no pagarle) lo considera él un olvido involuntario de los editores. O sea, que se les olvida, pues. Lo cual por lo demás, le puede ocurrir a cualquiera, ¿no?

Aclaró Aníbal que nació un 12 de septiembre, es decir, un día después del golpe de Pinochet y uno antes del

aniversario de Acción Democrática. Si se hubiese adelantado o atrasado 24 horas, tendría que celebrar su cumpleaños en una fecha oprobiosa para América Latina o en una pavorosa para Venezuela. O sea, no podría celebrar nada. Por eso se coló por los palos y esquivó coincidir con dos calamidades, justo cuando las condiciones estaban dadas, como diría algún camarada irreductible.

En su línea vital, celebró su cumpleaños con la presentación de su más reciente libro, titulado *La palabra de hoy*, todo un derroche de humor e inteligencia, valga la redundancia. Esta salida literaria es propia de un consumado humorista, pues en vez de la gente obsequiarle algo a Aníbal, viene él y aprovecha su día de nacimiento para regalarle un libro a su país, a la Venezuela de sus luchas y amores. Por eso, amigo, setenta veces muchas gracias.

(*EL Nacional*, 29-09-1998)

El oficio de llamarse Aníbal

Aníbal Nazoa, sanjuanero, eligió por oficio la escritura, lo que para la sociedad utilitaria, petrolera y pragmática de su tiempo, era lo mismo que ser un sin oficio, casi sujeto de la famosa y temida Ley de Vagos y Maleantes. Su arte fue el humorismo, sin duda un agravante de la condición anterior. Por eso los gendarmes de la dictadura (pacos) como de la democracia representativa (tombos) siempre le tuvieron el ojo puesto. Por escritor y humorista –auténtico en ambas facetas– era un tipo altamente sospechoso. Fue un subversivo del espíritu y las convenciones. Un revolucionario en la escritura, en el arte, en la vida.

Desde su oficio de escritor y su arte de humorista, entregó un tratado sobre las artes y los oficios de este universo mundo. Una delicia de libro cuya lectura sólo es estorbada por esta presentación. Si luego de tan categórica afirmación sigo escribiendo es porque, quien estorba, es el último en darse cuenta de ello, generalmente cuando otro lo empuja y aparta. El lector tiene toda la libertad de hacerlo

y le auguro que saldría ganando. Para los que se queden por puro masoquismo hacia las letras o simple curiosidad, he de decirles que en el estudio de Aníbal sólo escapa un oficio a la agudeza de su pluma: el del presentador de libros.

Presentar libros es un oficio absolutamente prescindible, pero existe, como tantos otros analizados por Aníbal, cuya utilidad resulta indemostrable. Son cosas que están allí, funciones que se cumplen, actos que ocupan un lugar en la vida sin saberse por qué ni para qué. No son ritos ni ceremonias, pues éstos son necesidades espirituales, arraigados en el imaginario colectivo, objeto de estudio incluso de las ciencias sociales. En cambio, ningún antropólogo pierde su tiempo analizando el dudoso oficio de presentar libros. Además se trata de algo bastante fácil por dos razones: quien presenta una obra lo hace porque le gusta o porque es amigo del autor. Luego, no es un crítico literario o cosa parecida. Es un presentador, más nada. Como diría el propio Aníbal: “Gran cosota”.

A Aníbal Nazoa lo queremos como el amigo entrañable y lo admiramos como escritor y humorista. Hablo en presente de quien, por sus obras, nunca será pretérito. Con **Las artes y los oficios** se inicia la publicación de sus obras completas. Las incompletas ya las dio a conocer en vida. Es un libro deliciosamente arbitrario en el que encontramos oficios socialmente aceptados –el de abogado, médico o mecánico–, los cuales se pueden definir, caracterizar, trazar el perfil de sus ejecutantes, pero asimismo, topamos con otros oficios como el de antisocial, desempleado, abstemio, e incluso, el del político. Quehaceres, por llamarlos de alguna forma, que sólo un fino humorista puede definir, caracterizar y hasta trazar el perfil de sus oficientes. Es decir, categorizarlos y conceptualizarlos. Eso es lo que hace Aníbal con la profunda amenidad de quien estudió a fondo a los personajes objetos de su sátira y observación.

Aníbal respeta la objetividad científica, prodiga igual trato al malandro como al filántropo, al diplomático como al apostador, pues todos son oficios que requieren preparación y condiciones. Cada uno tiene lo suyo. No todo el mundo, por ejemplo, puede ser

cuidador de carros, torero o cobrador. Apegado a los usos académicos, sus asertos aun sobre los aspectos más superficiales de cada profesión, son respaldados con notas a pie de páginas y citas de autores que impresionarían al mismo Jorge Luís Borges. A veces suelta un latinajo para explicar la buhonería o busca en la Grecia antigua los orígenes del “servicio de adentro” o del humilde barbero. El lector, pues, va y viene.

Cuando el despliegue de vasta erudición puede conducir a que se le acuse de pedantería intelectual, de súbito introduce en el discurso un giro coloquial de pulpería y esquina que rescata al que lee de la solemnidad y lo introduce en la gracia de la risa. A veces, el procedimiento es al revés pero el efecto, el mismo. Mezcla la solemnidad del Derecho Constitucional con lo sublime del Derecho de Nacer, maestro como es del arte de la ironía, el contraste y la paradoja. Trata con respeto, casi con admiración, a sus desgraciadas víctimas, de las que él, usted y yo somos a la vez víctimas cotidianas en esa dimensión tan poco humorística que llamamos con masoquismo la vida real.

Esa “vida real” que vemos y vivimos todos los días es lo que Aníbal coloca ante nuestros ojos. Por eso nos reímos, porque el humorista lo que hace es colocarnos frente a un espejo y descubrimos. Los gestos del abogado, su indumentaria, su léxico, su oficina, su maletín ejecutivo, su virginal e inmaculada biblioteca de libros intocados son descritos con tan rigurosa minuciosidad que el texto sólo puede desembocar en la risa. Igual pasa con el dentista, el chofer, el “servicio de adentro” o la dama caritativa. ¿Por qué Aníbal invirtió tanto tiempo en estudiar tan profundamente a cada una de estas criaturas? Yo diría que para hacernos a los demás un poco más felices o menos de lo otro. Con estas líneas me uno al homenaje que, con la publicación de sus obras completas, se le rinde a uno de los más grandes y auténticos escritores y humoristas venezolanos del siglo XX. El ejerció un oficio singular, irrepetible y único: el oficio de llamarse Aníbal Nazoa. Verbo y gracia.

***Aquí subió el calor, Aníbal
(A María Lucía de Nazoa)***

Hace un año, querido Aníbal, te marchaste a reportear por otras dimensiones. Era agosto y garuaba. Así se rompió la dupla que formamos frente a la más formidable y obsesiva artillería mediática de que se tenga noticia contra proceso alguno. Se “rompió” es un decir. Tus obras incompletas vienen por allí y tus columnas y las de Matías Carrasco a cada rato acuden a las citas de fablistanes y politicastros, o como diría un adeco ninguneado por Carmona a la hora del reparto, “son-traídas-a-colación”.

“A colación”, viejo, ¿te das cuenta? El lugarcomunismo, término que acuñaste como tantos otros, sigue adornando la añeja retórica del “nuevo” discurso político. Me designaste tu corresponsal en la tierra y trato de cumplir la encomienda pero, a veces, ocurren cosas que, como diría el tipo antes citado, “reclaman el concurso de tu pluma”. La mía resulta inhábil para entrarle al ex abrupto del Tribunal Supremo, según el cual el golpe de abril no fue golpe, la felonía no fue felonía y los carceleros del Presidente resultaron sus santos protectores, conforme dicta la curiosa sentencia.

Sólo un Matías Carrasco, en guardacamisa y acogotado por el calor, podría explicar la semántica de lo que en Venezuela, a partir de la sentencia del TSJ, se conocerá como “protección”. Para protegerse, se desvía una marcha y se le lleva al punto de mira de francotiradores contratados. Se provocan unos muertos y se te conmina a entregarte, bajo amenaza de bombardear al Palacio. Se te encarcela y ruletea. Se te inventa una renuncia y se nombra un Presidente en tu lugar. Se disuelven todos los poderes –incluido el TSJ- y hasta el retrato de Bolívar es defenestrado. Luego, el destituido TSJ declara a quienes lo abolieron, pro-tec-to-res.

Mi pluma, Aníbal, no da para tanto. La palabra golpe se perdió, fue execrada. Los medios la censuran, no la mientan ni la escriben porque saben que es la soga en casa del ahorcado. Les da grima. Eso sí, pegaron tremendo brinco cuando nada menos que el embajador gringo declaró que aquí hubo una ruptura del hilo constitucional, o sea. ¿Cómo se rompió? ¿Quiénes se colocaron al margen de la Constitución? ¿Qué papel jugaron en esa ruptura –o

sea, en el golpe- los “protectores” del Presidente? Malas preguntas estas, Aníbal.

En 1945, Betancourt y Pérez Jiménez optaron por proteger al presidente Medina Angarita y para ello persiguieron, humillaron y vejaron hasta el mismo Arturo Uslar Pietri. En 1948, Pérez Jiménez decidió proteger a don Rómulo Gallegos y los adecos nunca se lo perdonaron. Después, en 1958, cuando el pueblo y los militares quisieron protegerlo a él, se montó en la “Vaca Sagrada” y huyó despavorido. Al mismo Chávez y a sus camaradas del 4-F les clavaron dos años de cárcel por intentar proteger a Carlos Andrés Pérez. Y hoy, el juez español Garzón quiere juzgar a Pinochet por su acto de proteger a Salvador Allende, bombardeo de La Moneda mediante. Al parecer, Aníbal, no hay nada más peligroso que la protección, según la novísima semántica del TSJ.

Ínfima justicia la del Supremo en estos tiempos. Después de eso, caro amigo, tu corresponsal en la tierra sólo puede decirte que aquí hace un calorón injusto, casi parecido a una indeseada protección.

II

Ligero de equipaje y peso físico, como para pasar inadvertido, mi amigo Aníbal Nazoa salió a caminar por allí y no ha regresado. A veces me parece escuchar su “¿Qué hubo?”, esa forma muy caraqueña y muy suya de saludar y no de preguntar si hubo o no hubo algo. De él guardo recuerdos literarios y personales. En mi primera clase de literatura en la universidad, el profesor de la materia nos entregó un texto para que lo analizáramos. Su título: “El nuevo lugarcomunismo”. Lo firmaba Matías Carrasco, autor de la columna “*Aquí hace calor*”, un cronista al que leía desde bachillerato, allá en la Mesa de Guanipa, donde el calor no es nada metafórico y los pueblos no tienen puerta, como la Caracas que semanalmente nos abría Aníbal Nazoa con la llave maestra de su prosa.

Para un estudiante que leía, recortaba y guardaba las columnas del señor Nazoa, conocerlo personalmente resultó algo extraordinario, como dicen los chamos de hoy, increíble. Uno de esos privilegios que la vida nos regala una buena e inesperada tarde. Años después andábamos con Aníbal dictando charlas humorísticas por esos auditorios de Dios. Alguna madrugada nos sorprendió conversando con un tráiler allá en Ciudad Guayana, en los espacios de la Siderúrgica del Orinoco. Allí nos alojaron quienes nos invitaron a dar una conferencia humorística a los ingenieros, técnicos y obreros de las empresas básicas. Pensamos que resultaría difícil hacer reír a estos hombres y mujeres templados al calor del hierro y el acero. Todo lo contrario, lo difícil era hacerlos contener las carcajadas para continuar nuestra irresponsable exposición.

Luego, con Aníbal, anduvimos por universidades, liceos, institutos autónomos, empresas públicas y privadas, calles y actos políticos, dictando foros, conferencias, charlas y mamaderas de gallo. Si no mal recuerdo, la única vez que nos ganamos unos churupos fue cuando, en compañía de Laureano Márquez, participamos en un acto de abogados en Valencia. Cobrar al Colegio de Abogados unos honorarios mínimos era una cuestión ética o una medida precautelar ante quienes, en caso de necesitarlos, no nos iban a perdonar (ni a exonerar) por muchas conferencias que le hayamos dictado. No sé cómo hizo Laureano pero aquel día lo quisimos convertir (a Laureano) en nuestra ONG particular. Luego nos enteramos de que el pago recibido no se debió a sus habilidades de cobrador, sino a otros avatares.

Ahora mi amigo Aníbal se fue por allí y ya no está y de la confusión pasamos a una tristeza que aprieta fuerte. Los últimos domingos anduvimos con él, en el carro de Roberto Malaver, dando vuelta por su urbanización y hablando de lo humano y lo divino. Estaba muy enfermo, pero tampoco le veíamos intención de irse a ningún lado. Señor de escritura, su conversación no era menos agradable y enriquecedora. Hizo suyo el Credo de su hermano, el gran Poeta Aquiles Nazoa, en su firme creencia en los poderes creadores del pueblo. Culto, inteligente, curioso, observador,

poeta, periodista y narrador, su humorismo era una concepción de la vida, una forma de estar en el mundo y una militancia de amor y humanismo. Cada mañana, yo miro hacia la puerta de Caracas con la esperanza de ver recortada su figura en el umbral de su ciudad, mirarnos por encima de sus anteojos y escuchar su saludo, ¿Qué hubo?, como quien regresa de la vueltica que salió a dar por allí.

Y uno que le responde: ¿Qué hubo, Anibal? Aquí –nos dirá con su sonrisa- en la misma guarandinga. Y luego, nos tomaremos un café con María Lucía, la consecuente compañera del poeta. A ella dedico estas líneas para abrazar a Aníbal, el amigo impar que nos enseñó a mirar el paisaje humano y urbano desde su *Puerta de Caracas*.

GRACIAS A MARIO BENEDETTI

Considerando que el poeta Mario Benedetti llevó una vida ajena y alejada de los considerandos y sus correspondientes acuerdos ordenadamente numerados, el pueblo venezolano, al registrar la triste noticia de su muerte, sólo tiene palabras para expresarle al amigo sus inmensos sentimientos de gratitud:

Gracias, Poeta

Por los 88 años de fecunda, viva y combativa presencia entre nosotros, hijos de la Patria Grande, y por los más de 80 libros que legaste a las generaciones pasadas, presentes y futuras

Gracias, camarada

Por visibilizar ante el mundo a los explotados y negados pueblos del Sur y por advertir que “*aquí abajo abajo/ cerca de las raíces/ es donde la memoria/ ningún recuerdo omite/ y hay quienes se desmueren/ y hay quienes se desviven/ y así entre todos logran/ lo que era un imposible/ que todo el mundo sepa/ que EL SUR TAMBIEN EXISTE.*”

Gracias, narrador errante y errabundo del exilio

Por *La tregua*, por *Montevideanos*, por todos tus libros y poemas y ahora y en la hora de tu siembra, Gracias por *el fuego* que alumbra con tu verbo, hoy, mañana y siempre, la América Latina.

Gracias, intelectual íntegro

Por todos tus ensayos en pro de la liberación de los pueblos del mundo, por tu consecuente compromiso literario y por tu mensaje de lucha para El Escritor Latinoamericano y la Revolución Posible.

Gracias amigo, más presente que ausente

Por preguntarte y preguntarnos “¿Cuántos centímetros de silencio/ existirán cuando los poetas deciden/ morirse de verdad y hasta luego”.

Ningún centímetro, camarada y amigo, ni un solo minuto de silencio, porque creemos en tu “**hasta luego**” y ya te encontraremos en el recodo de un verso, la esquina de un poema, la cercanía de un cuento o al final de una novela; en algún lugar de todo esa calle escritural que no dejaste para reencontrarnos siempre en los caminos.

Gracias, maestro

Por enseñarnos y enseñar a los pueblos “*que cuanto más se alfabetiza, cuanto más se instruye, cuanto más se informa a un pueblo, tanto más seguro que éste se convierta en su enemigo implacable*”. Enemigo del imperialismo y la oligarquía que lo escolta.

Gracias, combatiente imprescindible

Por escribirnos: “*Si estoy en la memoria de los míos/ es como si viviera cinco vidas*”/... “*Yo prefiero quedarme en el presente/ y recoger allí la certidumbre/ de que vivo en la vida de mi gente*”.

Vives, cierto de toda certidumbre, en nuestra gente. Y tu gente son los pobladores de la Patria Grande; de esa tierra plural que José Martí llamó Nuestra América; de esa América profunda a cuyos hijos dices: “**Nunca damos las noches por perdidas/ si en la aurora despuntan los rocíos**”.

Esos rocíos, poeta amigo, son los pueblos que viven en tus versos y en tu prosa; esos pueblos que hoy conmueven y conmocionan la América Mestiza en la irreversible marcha hacia su liberación definitiva. Esos rocíos son tu gente, la gente en la que vives y vivirás por siempre.

*Honor y gloria eterna a Mario Benedetti, Poeta,
Camarada, Amigo*

PARA ODIARTE MEJOR, EDUARDO GALEANO

Nuestro admirado amigo, Salvador Garmendia, novelista y cuentacuentos de primera línea, allá por el agitado 1969, escribía a su colega Eduardo Galeano: *“Un setenta por ciento del país vive marginado de todo. En las ciudades prospera una atolondrada clase media con altos sueldos, que se atiborra de objetos inservibles, vive aturdida por la publicidad y profesa la imbecilidad y el mal gusto en forma estridente”*. El texto garmendiano entró en el torrente de *Las venas abiertas de América Latina*.

Antes, Salvador preguntaba a su compañero de oficio: *“¿Has visto un balancín, el aparato que extrae el petróleo crudo? Tiene la forma de un gran pájaro negro cuya cabeza puntiaguda sube y baja pesadamente, día y noche, sin detenerse un segundo: es el único buitre que no come mierda”*. En verdad, el excremento del diablo fue bautizado “oro negro” y, antes de que el pajarraco lo digiriera, era enviado a precios vilesa la panza insaciable de Estados Unidos.

Revolver todo eso incomoda. De súbito, Eduardo Galeano se encontró como el coronel Aureliano Buendía, frente al pelotón de fusilamiento. Sólo que ya todos conocíamos el hielo. El puesto de vanguardia que cobró su libro por un gesto de Hugo Chávez, estremeció a la derecha internacional, al escualidismo vernáculo y macdonald, como a esa intelectualidad masoquista y ambigua, ayer reprimida por AD y la oligarquía y hoy a la cola de esa oligarquía y de AD (léase pacto de Punto Fijo con sus nuevos arregados).

El libro de Galeano en manos de Obama resultó una

imagen indigerible para los que se autodenominan “la sociedad democrática”. La intolerancia mediática se desató. Sus plumas y plumarios se lanzaron contra el ensayista y narrador uruguayo. A veces, la rabia los hizo errar. *El Nacional* publicó una entrevista a Isabel Allende y ésta se prodigó en elogios hacia *Las venas abiertas de América Latina* y su autor. No es casual que ella escribiera el prólogo para la edición en inglés de la obra citada.

“El caminó arriba y abajo América Latina –declara la novelista- oyendo las voces de los pobres y los oprimidos, así como las de los líderes y los intelectuales. Ha vivido con indios, campesinos, guerrilleros, soldados, artistas e ilegales; ha hablado con presidentes, tiranos, mártires, curas, héroes, bandidos, madres desesperadas y prostitutas pacientes”. Y agrega Isabel Allende que la obra de Galeano es “una mezcla de detalles meticulosos, convicciones políticas, aires poéticos y buena narración”.

“¡Es un panfleto!”, chilló aquí lo más cultivado de la herida intelectualidad de la derecha. Otros líderes, sin argumento a mano para superar el despecho, dijeron que un presidente venezolano debía regalar libros de venezolanos, adiós cará. La envidia provocó estos desvaríos ultrapatrióticos de xenofobia literaria y chovinismo bibliográfico. Después dicen.

A ver si nos entendemos. Ortega y Gasset definió que el ensayo es la ciencia menos la prueba explícita. Lukács comparó a este género con un juicio, donde lo que importa es el proceso y no la sentencia. Don Mariano Picón Salas dijo que se trata de un puente entre la poesía y la filosofía. Desde la acera narrativa y periodística, Gabriel García Márquez apuntó que el reportaje es como un cuento, con la diferencia de que los hechos son ciertos. Bien, ensayo, reportaje, crónica e historia es este libro formidable de Eduardo Galeano; esa misma obra que a 38 años de su primera edición, nos acaba de mostrar en toda su nítida pequeñez, las venas tapadas de la intolerancia. Y todo lo generó el gesto del presidente Chávez de regalarle, en la Cumbre de las Américas en Trinidad, el libro de Eduardo Galeano al presidente de los Estados Unidos,

Barack Obama. Para que lo leyera. Si no lo hizo, es harina de otro costal. El título de la obra, quiera que no, debió decirle algo, o mucho: *Las venas abiertas de América Latina*.

MARIPOSAS AMARILLAS PARA GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

En una de sus crónicas de juventud, Gabriel García Márquez se refería con ironía a la obra de don Rómulo Gallegos, con motivo de la posibilidad cierta de que el escritor venezolano fuese distinguido con el Premio Nobel de Literatura. El joven Gabo hacía una lista de escritores que, en su opinión, obtuvieron el galardón sin que sus obras los hicieran merecedores del mismo. Bajo ese criterio, el autor de *Doña Bárbara* también lo merecía. Además, el precoz crítico destacaba entre sus méritos ser un vecino venezolano, casi hermano de los paisas. Leamos cómo aquel joven periodista tasajeaba al maestro, en *El Heraldo* de Barranquilla, aquel abril de 1950:

Sorprende menos –en ese ritmo- que ahora lo reciba (el premio Nobel) Rómulo Gallegos. Dentro de la línea establecida, quizás nadie lo merece tanto como él. Y la circunstancia especial de que sea suramericano –de que sea vecino nuestro, casi pariente de los colombianos- es un motivo de que registramos con satisfacción la escogencia de su nombre para el presente año” (Textos costeños, 247)

Corría 1950, año ecuatorial del siglo XX. Empero, al final el galardón lo obtendría el escritor estadounidense William Faulkner, quien sin duda marcó la obra futura de García Márquez.

Aquella crónica irreverente o nota traviesa de juventud no terminaría allí. La magia de la realidad haría realismo mágico con aquel irónico texto periodístico del joven escritor de Aracataca sobre Rómulo Gallegos. Muchos años después, el primer premio

internacional que obtendría Gabriel García Márquez llevaría el nombre del gran novelista venezolano. En efecto, Cien años de soledad sería galardonada con el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, en 1972. Y por si fuerapoco, para que no olvidara nunca su crónica sobre la candidatura de Gallegos al más importante premio universal, el propio García Márquez obtendría el Nobel de Literatura en 1982. Ya el maestro había muerto.

Cuando recibió el “Rómulo Gallegos”, en su breve discurso, el Gabo definió a sus amigos venezolanos como “cojonudos y mamadores de gallo hasta la muerte”. Años después revelaría que fue aquí, en esta tierra de gracia, donde el coronel Aureliano Buendía hizo 32 revoluciones y las perdió todas.

Por “*esta tierra levantisca, de hombres retrecheros*”, como nos caracterizara Andrés Eloy Blanco, anduvo Gabriel García Márquez cuando era feliz e indocumentado, en su largo trajinar de periodista trotamundos. Aquí vivió, aquí escribió, aquí hizo periodismo.

Hoy, cuando decide ascender a los cielos de Macondo, siguiendo en su levitación a *Remedios, la bella* (nuestra novia secreta del amor entrelíneas), nos coleamos en el tributo universal que se le rinde y chocamos la mano del Gabo porque, con la magia de sus letras, hizo y hace más feliz el mundo del que, alguna vez, nos quisimos bajar incitados por el grito de Mafalda.

Comiendo pescaditos de oro con el Gabo

En una avenida de La Guaira perdí la oportunidad de conocer en persona al autor de mi novia secreta: Remedios la Bella. En la ficción, ya tenía con él una vieja y cómplice amistad. Fungía yo de jefe de redacción, por los años 80, de la revista literaria *Sin Límites*, cuyo director era el escritor y amigo Juan Páez Ávila. Teníamos, entre tantos otros, a un colaborador de lujo: Gustavo García Márquez, hermano del Gabo.

Con Gustavo, quien para entonces vivía en Caracas, compartimos cuentos, poemas, peñas y tertulias. Por él supimos de su infancia y la del Gabo en Aracataca, como decir, en Macondo. Un día me dijo que el autor de mi novia, repito, Remedios la Bella, estaría en Caracas y nos veríamos en casa de un amigo. Ese encuentro con el Gabo nunca se dio porque la víspera, de madrugada, Gustavo y otros se lo llevaron para La Guaira a comer pescado. Yo no andaba en esa pata, que conste. En la avenida Soublette chocaron el carro y Gabriel García Márquez sufrió la fractura de un brazo. La prensa anduvo husmeando por allí pero no se le dijo mucho.

El Gabo tuvo que regresarse y no conocerlo en persona me pareció perfecto. Me quedé con el que conocí en Macondo y en las alcobas de sus putas tristes. El año pasado murió Gustavo, su hermano, mi amigo. A él le había confesado, después del accidente, que aquella madrugada yo también comí pescaditos de oro con el Gabo. Llovía mucho en el litoral, como en Macondo, pero sin Isabel.

POÉTICA DEL ESPACIO URBANO EN JORGE LUIS BORGES

Desde las remotas ciudades-estados de la civilización sumeria hasta las modernas urbes que empujan sus torres sobre los últimos años del siglo XX, el espacio urbano ha marcado indeleblemente el espíritu del hombre. No importa el fin utilitario o militar-defensivo que en algún momento dieron origen a las edificaciones, el tiempo se encargará de insuflarles vida y otras significaciones en el alma humana. La ciudad, que es espacio, será también tiempo para sus habitantes. **“Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla”**, escribió Antonio Machado. *Ese espacio — el patio—* alberga todo un *tiempo* en la vida del poeta.

Con la ciudad, que es su obra, el hombre establecerá una relación de amores y asombros. Arquitectos, ingenieros, sociólogos vivirán estudiándola para transformarla. Escritores, poetas y cantores tratarán de aprehenderla y, con el verbo y el canto, rescatarla del tiempo y perpetuarla. Será el artista el que develará su claroscuro, su espiritualidad, sus espantos y sorpresas. La ciudad, que está afuera y nos contiene, la internalizamos y la llevamos adentro con nosotros. **“También los hombres son ciudades”** escribió el novelista venezolano Oswaldo Trejo (Trejo, 11).

Aunque no sea su propósito, el poeta se convertirá para sus lectores en el guía estético-espiritual de la ciudad. Nos descubrirá lo que está más allá del espacio físico y de su aquí y ahora, de su presente. Será la ciudad integral, física y espiritual, la que nos presente, o mejor, la que recorramos por la gracia y magia de

su verbo. La ciudad en su ayer y su hoy, real y metafórica. Pero será también la ciudad del poeta, desde su particularísima visión y emoción, la que él mira y la que lleva adentro y la que luego nos ofrece hecha lenguaje y poesía: su ciudad esencial y existencial. Será esa la ciudad que recorramos.

La Ciudad de Borges

En tres de sus libros de poemas nos entrega Borges su Buenos Aires esencial y existencial: **Fervor de Buenos Aires** (1923), **Luna de enfrente** (1925) y **Cuaderno San Martín** (1929). Pocos autores han persistido tanto en un mismo tema (¿o motivo?) como el joven Borges. La explicación pudiéramos hallarla en los primeros años de la vida del poeta, signada por viajes y mudanzas. Ese ir y venir, conocer y confrontar nuevos paisajes y culturas, despierta el deseo de volver, de echar anclas, de recobrar lo que se dejó atrás. Solo que el pasado es irrescatable, excepto en la memoria, y la ciudad de ayer o que dejamos, únicamente la podemos reconstruir por arte del lenguaje, por arquitectura de la palabra y el verbo. La poesía que hace perdurable todo lo que toca. O alude. O nombra.

Borges nace en Buenos Aires un 24 de agosto de 1899. En su casa se alterna el inglés con el idioma español. A los siete años ya escribe y traduce aquel idioma. Tiene 15 años cuando su familia se traslada a Europa. Primero Ginebra y luego Mallorca, España. Regresa a Buenos Aires siete años después, en 1921. El impacto de la ciudad donde nació, su redescubrimiento, marcará su espíritu y su obra poética. Empezará a escribir el mapa físico y espiritual del que hablamos: un mapa panorámico y en detalles: los nacientes y las tapias, los atardeceres y las esquinas, la pampa y los porrones, la muerte y el mármol, el juego y el cuchillo, los mitos y la jerga, el tiempo y las horas.

Todo lo quiere abarcar el poeta. Viene de otras tierras, la de sus abuelos europeos, pero no la de su infancia y adolescencia. Ya lo dice la letra del tango que Gardel cantó por el mundo: “*pero el viajero que huye/ tarde o temprano detiene su andar*”. No sólo

lo detiene sino que lo desanda y los recuerdos se confrontan con una ciudad distinta: por los cambios en el paisaje urbano y por los cambios en la persona que recuerda y contempla y mira y reconstruye. Escribir, anotar, como en un cuaderno de bitácora, se vuelve necesidad e impulso. El poema es la brújula que orienta al espíritu; el agua que lo calma o lo libera.

El poeta redescubre y expresa su ciudad en el poema, en el símil y la metáfora. Si nos paseamos por estas figuras estéticas, iremos conociendo y poseyendo el espacio urbano, la ciudad de Borges. Empezamos por la calle:

*“Las calles de Buenos Aires
ya son mi entraña”*

Las calles conducen a las plazas y las calles del recuerdo a los detalles. “*¡Qué bien se ve la tarde desde el fácil sosiego de los banco*” (Fervor, 21). El poeta está allí, sentado en la plaza, entre los árboles que “*atenúan la rigidez de la imposible estatua*” (Fervor, 21). La plaza es el espacio donde converge y se encuentra la ciudad, el ciudadano, lugar para el sosiego y el soñar. Ricos y pobres, paisanos y extranjeros, todos confluyen, con la tarde —desde allí más hermosa— en “*la honda plaza igualadora de almas*” que se “*abre como la muerte, como el sueño*” (Fervor, 21). La plaza nos iguala, adquiere aquí una profunda significación humanística y trascendente. El sueño y la muerte reciben igual al patricio y al plebeyo. La plaza es de todos por igual, como la tarde.

De la plaza el poeta se va a los arrabales y en el trayecto los versos recogen la visión y emoción del hombre en las esquinas, el almacén rosado, el círculo de agua del aljibe, los cementerios de La Chacarita y La Recoleta. Pasa por El Paseo de Julio y apostrofa sus lupanares, su artificio musical, su decadencia, es calle donde el alcohol y la prostitución pactan “*con la muerte*” y “*toda felicidad, con sólo existir, te es adversa*” (Cuaderno, 96).

Pero si la fealdad de una carnicería que exhibe una cabeza de vaca o la vida perdida entre los lupanares provocan su repulsa, una tapia, una plaza de tierra, un baldío, despiertan en él momentos felices y emociones secretas. Y el poeta canta. Así eleva una *“Elegía a los portones”*, donde *“esa higuera que asoma sobre una parecita/ se lleva bien con mi alma”* (Cuaderno, 83). Es el espíritu y la vista puestos sobre las cosas sencillas —la higuera, la parecita— que escapan al transeúnte de las grandes urbes y se graban, en cambio, en el alma del poeta y tocan lo profundo de su sensibilidad.

La ciudad se nos va

La ciudad cambia, se va, para el viajero que retorna como para el parroquiano que se queda. Esos espacios abiertos que tanto alegraron el espíritu se irán poblando; la pampa entre la ciudad y el horizonte se llenará de barrios, fábricas, edificios. El pasado, lo que fue y lo que estuvo, se convierte en nostalgia. E incluso, donde la ciudad no cambia y permanece, cambiamos nosotros; la percepción y la mirada son otras. El tiempo, los años, nos harán ver pequeño lo que ayer nos parecía grande; descubriremos detalles otrora inadvertidos: es el contrapunto entre el hombre y la ciudad: física y espiritual.

La nostalgia estimula, compele al retorno. Pero ya éste no es posible, lo que justamente alimenta a la nostalgia y hace un círculo. No hay manera de reinstalarse en el pasado y vivirlo. Borges, que en esto y muchas cosas es escéptico (o realista), así lo asume: *“Nadie —fuera de cierto aventurero que soñó Wells— ha descubierto el arte de vivir en el futuro o en el pasado”* (Luna, 55). El retorno en el tiempo y el rescate del pasado sólo es posible en el arte o a través del arte. Los poemas de Borges nos permiten vivir su Buenos Aires, la ciudad que él conoció y donde vivió; la que hizo perdurable en el verso y la metáfora. Si escribir, en este caso, es crear o re-crear —crear de nuevo— la ciudad, entonces leer es habitar. La poesía hace el milagro. El poeta es testigo de

los cambios y también los registra su espíritu: *“Escrituras de luz embisten la sombra, más prodigiosas que meteoros”*. *“La alta ciudad inconocible arrecia sobre el campo”* (Luna, 62).

El ensayista y crítico venezolano Guillermo Sucre, con respecto a los versos citados líneas arriba, escribe:

*“Ya los dos versos iniciales insinúan, de manera un tanto elíptica esta vez, las sucesivas oposiciones que integran el poema. En efecto, tienden a sugerir el contraste entre el vértigo de la ciudad y la quietud del campo. El primer verso aparece como imagen visual sin inmediata referencia (escoger como imagen sugerida la palabra “escrituras” va a trascender lo visual), que luego es esclarecida en el segundo: esas luces “más prodigiosas que meteoros” son la ciudad cosmopolita (de “calles enérgicas/ molestadas de prisas y ajetreos”, como la llama Borges en el primer poema de **Fervor**), ajena al otro Buenos Aires que es el que Borges realmente ama: la ciudad de los arrabales, un tanto ya anacrónica. En estos dos versos, pues, se destaca el movimiento: las luces son “meteoros” y embisten a la sombra, la ciudad arrecia sobre el campo. Pero ese movimiento no es sólo externo; va a tomar una connotación espiritual a lo largo del poema: “de alguna manera es la profanación de un orden secreto (...) y también de un orden mitológico (el campo, la pampa) que Borges busca preservar”. (Sucre, 172 ,173).*

¿Pero cómo lograr esa preservación? El poeta sólo cuenta con un arma: la palabra. El adagio popular dice que a las palabras se las lleva el viento. Con una excepción, cuando éstas se hacen poesías y perduran en el arte. Ese “orden mitológico” de la ciudad y ese “orden secreto” del poeta, ambos profanados por una concepción urbanística que rinde pleitesía a los “meteoros de luces” y al concreto armado, serán defendidos con el escudo del verbo y se harán perdurables en el poema.

Por supuesto que la poesía de Borges va mucho más allá de la preservación de los recuerdos, de la añoranza de las calles de su juventud y de la nostalgia del Buenos Aires que permanece en

sus poemas. Con toda la ingenuidad que algunos críticos hallen en sus primeros versos, ya en ellos asoma el Borges obsesionado por el tiempo en su sentido filosófico; el humanista consciente de que todo pasa, como el río de Heráclito, pero también el pensador metafísico que cree (o desea) que alguna parte, algo de nosotros, *permanece inmóvil*. Digamos, perdurable. En el poema “*Final de año*”, escribe:

“La causa verdadera/ es la sospecha general y borrosa/ del enigma del Tiempo;/ es el asombro ante el milagro/ de que a despecho de infinitos azares,/ de que a despecho de que somos/ las gotas del río de Heráclito,/ perdure algo en nosotros:/ inmóvil. (Fervor, 30).

De manera que en su poesía inicial, en los versos dedicados a una tapia, a un portón, a un almacén y a todos los lugares que conforman esa mitología porteña, hay también, siempre, un sentimiento de trascendencia, de visión cosmogónica, de asombro o de espanto ante el enigma del Tiempo y otros enigmas: la eternidad, la inmortalidad, lo transitorio y lo perdurable. “*Así —apunta G. Sucre—, uno de los rasgos más singulares de la obra de Borges consiste en insertar la preocupación metafísica dentro de lo más cotidiano y en apariencia insignificante*” (Sucre, 174).

El mismo Borges dirá: “*el menor de los hechos presupone el inconcebible universo e, inversamente, el universo necesita del menor de los hechos*” (Sucre, *ibid*).

Esta visión trascendente de las cosas sencillas es la que permite salvaguardar aquel “orden secreto” —la ciudad íntima— y el “orden mitológico” —la ciudad externa— de los que habláramos. Y tal visión hecha poesía harán perdurables la ciudad familiar, los ponientes cotidianos, la pampa que se extiende más allá, el arrabal fiestero, la esquina del compadrito, la plaza “igualadora de almas”, la luna de enfrente y la penumbra del barrio donde trasnochan la música y la letra de la milonga y el tango.

Este Borges de **Fervor de Buenos Aires, Luna de enfrente y Cuaderno San Martín** que algunos señalaron de localista,

paradójicamente es quien le da universalidad a lo local. Y es también el poeta lírico e intelectual que expresa sus emociones en el poema y en el mismo corpus verbal se interroga sobre el Tiempo, la muerte, los dioses y el azar. Buenos Aires, repetimos, es espacio urbano y también espiritual. Las ciudades, además de sus plazas, sus calles y sus casas, son sus habitantes con sus mitos y sus sueños.

La Ciudad, el Poeta

Los tres libros antes citados fueron escritos entre 1923 y 1929. Borges nació en 1899. El mismo reconoce haber revisado o modificado muchas veces esas obras. Pero la ciudad expresada y cantada en ellas es la misma. Ha corregido la forma de algunos versos, más el contenido lo ha reafirmado. Refiriéndose a *Fervor de Buenos Aires*, anota en 1969:

“No he reescrito el libro. He mitigado sus excesos barrocos, he limado asperezas, he tachado sensiblerías y vaguedades y, en el decurso de esta labor a veces gratas y otras veces incómodas, he sentido que aquel muchacho que en 1923 lo escribió ya era esencialmente —¿qué significa esencialmente?— el señor que ahora se resigna y corrige” (Fervor, 13).

Traemos este importante detalle a colación para destacar que quien escribió aquellos poemas era un joven, no un anciano nostálgico por la ciudad del pasado, la que se fue. Borges escribió en sus días de juventud del Buenos Aires de sus días. Y esa ciudad se quedó en él. Por eso modificó los poemas en la forma, como se lo reveló a María Esther Vázquez, quien desde 1959 trabajó a su lado: “... *lo he modificado mucho* —se refiere a **Fervor**—, *pero no agregándole cosas, sino diciendo de un modo más o menos eficaz lo que mi incompetencia literaria me había impedido decir en la primera edición” (Vázquez, 46).*

Tampoco era Borges un provinciano. Fue criado en un hogar donde se hablaban dos idiomas: español e inglés. A

muy temprana edad entró en contacto con la literatura clásica y universal. Traspuesta apenas la adolescencia, sus padres lo llevaron a vivir en Europa: Suiza y España. Fue un políglota. Y sin embargo, al Buenos Aires cosmopolita —la urbe más europea de Hispanoamérica— oponía la ciudad un tanto anacrónica, para decirlo con Guillermo Sucre; la de las orillas, el barrio, la esquina, el almacén y los atardeceres. Quizás el destierro tuvo algo que ver en estos sentimientos, pero lo cierto es que Buenos Aires nunca estuvo desterrada de él. En el poema “Arrabal” lo ratifica:

*Esta ciudad que yo creí mi pasado
es mi provenir, mi presente;
los años que he vivido en Europa son ilusorios,
yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires. (Fervor, 32).*

Tenemos entonces que el Borges de la **Historia de la eternidad** y de los cuentos fantásticos, el que hablaba en latín o en alemán, el que dictaba conferencias en los centros más prestigiosos de América y Europa, el erudito y el metafísico, al que los escritores de la siguiente generación, la de Julio Cortázar, consideraban un “monstruos de la literatura”, es el mismo que se enorgullecía de decir “estoy hablando como porteño”; el que cantaba al zaguán, al jardín, al molino, al sótano, al aljibe, a la pampa y al campo. Y al hacerlo, al exaltar en versos y metáforas el Buenos Aires que amó, concluye que lo hace porque “*Así voy devolviéndole a Dios unos centavos/ del caudal infinito que me pone en las manos*” (Luna, 73).

El espacio urbano inspiró y signó la poesía del joven Borges, sus primeros versos y, según sus propias palabras, “*prefigura todo lo que haría después*” (Fervor, 13). En tres libros iniciales construyó la poética —su poética— de ese espacio. La ciudad de la que nunca se fue y la que seguiría palpitando en su obra posterior y en esa su vida del viajero que vuelve, del que tarde o temprano detiene su andar, como dice el tango, música porteña, de arrabal y del mundo a cuya historia dedicaría unas páginas memorables. Porque también el tango es Buenos Aires.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BORGES, Jorge Luis. Obras Completas. Emecé Editores. Buenos Aires.1974.

Nota: Esta edición de sus Obras Completas incluye los tres libros de Borges con que hemos trabajado en este análisis; a saber: Fervor de Buenos Aires (1923), Luna de enfrente (1925) y Cuaderno San Martín (1929).

TREJO, Oswaldo. También los hombres son ciudades. Monte Ávila Editores. Caracas, 1901.

SUCRE, Guillermo. Poesía Hispanoamericana Moderna (Antología).

SUCRE, Guillermo. La máscara, la transparencia. Monte Ávila Editores. Caracas 1975.

VÁZQUEZ, María Esther. Borges: imágenes, memorias, diálogos. Monte Ávila Editores. Caracas, 1977.

MIGUEL OTERO SILVA O EL SOCIALISMO

Barcelona lo vio nacer hace cien años. Los hijos de Anzoátegui celebramos con orgullo el centenario de Miguel Otero Silva. Quienes nacimos hacia el sur, Guanipa adentro, por los sabanales de El Tigre, El Tigrito y San Tomé, más allá de los farallones, escoltados de extensos morichales, nos sentimos personajes de su pluma creadora, gente de *Oficina Número 1*, cómodos trashumantes entre la realidad y la ficción que construyó su escritura..

Tuve el impensado honor de conocer al paisano mayor una fresca noche caraqueña. La víspera, sonó el teléfono de mi apartamento y del otro lado, una voz femenina me dijo: *“espere un momento, que don Miguel Otero Silva quiere hablarle”*. Emoción y extrañeza para un entonces joven escritor que pensaba con presunción o soñaba con ilusión que su destino era literario. En efecto, el propio autor de *Casas Muertas* me saludó como quien lo hace con un viejo conocido, me habló de un proyecto periodístico y me invitó al Ateneo de Caracas para darme más detalles.

A las 7:00 de la noche del día siguiente llegué puntual a la cita y ya el amigo personal de Pablo Neruda –lo leí en Canto General– estaba allí. Fue una charla amena sobre literatura, periodismo y bohemia. Y no se puede hablar de bohemia en seco, frente al desierto de una mesa, según sus acertadas palabras. Mucho menos con un humorista de primera línea que dejó páginas memorables en *El Morrocoy Azul*. El otro contertulio era el dramaturgo y guionista y libretista Ibsen Martínez.

A la semana, ya formaba parte de un *staff* de escritores que el propio Miguel Otero Silva conformó para abrir diariamente la página C-1 de El Nacional, matutino que fundara un 3 de agosto de 1943 con el novelista y poeta Antonio Arráiz. En la sección en cuestión tuve el honor de compartir con nombres mayores de nuestra intelectualidad: el poeta Juan Liscano, el filósofo Juan Nuño, el dramaturgo José Ignacio Cabrujas, el novelista Luís Britto García, el historiador Manuel Caballero, el ya mencionado Ibsen Martínez y el escritor, crítico de teatro, erotómano o erotólogo Rubén Monasterio. Allí estuvimos, en esa alineación de liga mayor, tratando de chocar la bola lo mejor posible, frente a un manager de excepción que ni hacía señas ni daba órdenes.

Antes, otro hecho literario y humorístico me vinculó con su persona, aunque entonces no llegué a conocerlo personalmente. La Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, a través de su Cátedra del Humor Aquiles Nazoa, creó el Premio de Literatura Humorística “Pedro León Zapata”, cuya primera edición gané a la ley, no de un par de dados, sino de un libro titulado *El país de las Monas Ricas y otras caricrituras*, editado años después con el título freudiano de *Hay libidos que matan*. En ese evento literario Miguel Otero Silva integró el jurado, junto con Francisco Kotepa Delgado y el mismo Pedro León Zapata., vale decir, puros cuartos bates del humor y el humorismo en cualquier posición o género que jugaran en el diamante de las letras y el arte: verso, prosa, dibujo o caricatura.

Por los días en que se cumplían los cien años del natalicio del ilustre barcelonés, se pretendió “limpiar” su nombre de la “contaminación socialista”. Ocurrió lo mismo que con otro gran poeta, Aquiles Nazoa, a quien se intentó homenajear en un banco privado, cuando Aquiles tiene un poema sobre los banqueros que lo libra de cualquier “homenaje” en semejante lugar.

Cuando Miguel Otero Silva recibió el Premio Lenin de la Paz, la más alta condecoración que otorgaba la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (la vieja URSS, para decirlo con

mi amigo Gustavo Pereira), escribió en su discurso:

“En lo que a mí concierne, la lectura de sus textos (los de Lenin) originó una completa transformación de mis juicios sobre la historia y el hombre, y este vuelco modificó consiguientemente mis esquemas de vida y mi manera de escribir. De ahí que el logro de este premio, establecido bajo el nombre de Lenin, adquiriera una resonancia excepcional sobre una sensibilidad como la mía que se forjó en la fragua de sus libros”.

Toda controversia sobre la condición socialista de Miguel Otero Silva queda zanjada por su propia pluma, cuando confiesa que su sensibilidad se forjó a la fragua de los libros de Vladimir Ilich Uliánov. No es cualquier cosa. Y si lo buscamos por sus amigos, basta con citar a dos comunistas declarados: Pablo Neruda y Rafael Alberti. Zanjada la discusión a dialéctica confesión de parte, celebramos los cien años del insigne hijo del estado Anzoátegui.

ORLANDO ARAUJO, MI COMPAÑERO DE VIAJE

Las palabras que siguen son un diálogo con Orlando Araujo. Una conversa con nuestro *compañero de viaje* y también, en primera línea, con los lectores que conmigo se sienten en torno a los relatos del gran escritor barinés. Nos convoca a ubicarnos frente al fuego, más acá de sus páramos, cerca de su piedemonte andino, entre la neblina y el verbo, un libro fundamental de la prolífica bibliografía de Orlando y, sin duda, de la narrativa venezolana: *Compañero de viaje* (1970). Vámonos, pues.

La aparición en el escenario de las letras venezolanas de *Compañero de viaje* captó de inmediato la atención de la crítica especializada y los lectores. El interés despertado por el libro de relatos de Orlando Araujo hay que buscarlo en el contexto histórico y en las corrientes literarias en boga. Venezuela, como otros países de América Latina, estaba saliendo de la que se denominó “década violenta”, aquellos turbulentos años 60 signados por la guerra de guerrillas contra los gobiernos de turno, lucha que marcó las letras de la época. Era la hora de la literatura comprometida, en correspondencia con el momento histórico que se vivía. En la acera de enfrente, se alzaba el experimentalismo formal y, ya regreso de la guerra y los sueños de utopía, una expresión del escepticismo en el campo de las letras que se refugió en las búsquedas formales. Hay otro factor que no se debe soslayar: en América Latina se imponía el tema urbano y lo rural se consideraba una etapa superada.

En este contexto político y artístico, aparece *Compañero de viaje*, a contracorriente de todas las tendencias literarias en boga y en pugna. Esta obra narrativa retoma el tema rural; no se

deja cautivar por el experimentalismo formal y se dedica a contar historias: la cuestionada anécdota reaparece en sus páginas. No rinde tributo, en forma alguna, a la entonces denominada literatura comprometida. Conocido por sus ensayos políticos y económicos, Orlando Araujo se nos revela como un contador de cuentos, un memorioso que trae los recuerdos al tiempo presente y, merced a su prosa poética y precisa, los hace relatos vivos y vivaces. El escritor nos descubre que el tema rural no estaba pasado de moda porque nunca fue una moda. Lo que sí estaba fuera de tiempo y lugar era el lenguaje con que el asunto era tratado y expresado. Un lenguaje, para decirlo con el autor, de bucares y cundeamores, de forastero que se pretende campesino y rebusca una forma de decir y escribir, mezcla de costumbrismo y criollismo, que resulta artificiosa, cuando no patéticamente ingenua.

Compañero de viaje es la crónica de un puñado de hombres y mujeres que aventados por las guerras civiles y penurias buscan un lugar de refugio y terminan fundando pueblo. Esta expresión, *“lugar de refugio”*, en la narrativa de Araujo no es sólo un espacio físico, sino también espiritual. La saga de esos fundadores, en una secuencia de relatos breves, como escenas cinematográficas que se entrelazan, la cuenta el autor en un sentido monólogo del hijo de uno de esos hacedores de pueblo, a quien el niño llama *“mi compañero de viaje”*. Desde esa perspectiva memoriosa de la infancia, el narrador va armando, reconstruyendo y contando sus asombros.

“Uno de estos solitarios me enseñó los ejercicios de una caballería perdida en la montaña y me llevó de viaje por los caminos con neblina”.

En verdad, la fundación es un azar; no es la empresa que un grupo de gente se propone para levantar una aldea aquí o un pueblo allá. Antes bien, este puñado de hombres y mujeres viene de distintos lugares y empujado por distintas circunstancias. El azar de los caminos los hace converger y encontrarse en un determinado lugar y cada quien marca terreno y hace casa, sin

hacer preguntas. Las normas de convivencia nacen sin que nadie las dicte, pero todos las aceptan y respetan.

“Nadie llegaba allí por el placer de viajar y nadie se quedaba si podía vivir en otra parte (...). No todos eran fugitivos de la justicia. Había también fugitivos del hambre, campesinos sin tierra de Boconó, parameros de las terroneras de Tuñame, Escorá y Las Mesitas, pobres diablos sin trigo de Pueblo Llano y Las Piedras. Llegaban a talar montaña y a sembrar café, sin pedir permiso a nadie, sin plan, sin jefe, uno comenzaba allí donde terminaba el esfuerzo de otro, sin estorbarse, sin hablar, en las vegas de los ríos y quebradas, monte adentro y cerro arriba. La extensión de las propiedades se medía por el esfuerzo de cada uno. Eran los excluidos del latifundio andino, los exilados del trigo merideño y del café trujillano”.

Estamos ubicados. El lugar de refugio era algún lugar en las vastedades de las montañas andinas. Empujados desde arriba, los fundadores terminaron haciendo pueblo en el piedemonte, con el llano enfrente. Hombres de las sierras, *“van a construir sus casas en las calderas que forman las montañas, y las harán con las puertas hacia el páramo, al revés de cómo llegaron y de espaldas al llano, como si el solo mirar les diera grima”*. Más allá empezaba otra geografía, la sabana abierta, siempre lejanía y horizonte, y los recién llegados se detuvieron allí porque era gente de montaña y neblina, de poco hablar porque la suya era una geografía del silencio.

Compañero de viaje muestra una galería de personajes toscos, rudos e ingenuos que parecen labrados por el paisaje que ellos mismos labran, sin cambiarlo. Esa geografía los moldea física y espiritualmente. La espiritualidad que el narrador insufla a las cosas y a la naturaleza, establece un juego de escena, suerte de contrapunteo entre el hombre y su entorno, que en varios pasajes esas cosas y esa naturaleza cobran vida y entonces los personajes son los ríos, las montañas, las lagunas, la neblina y los páramos. La imagen de los exilados del trigo merideño y el café trujillano, nos habla de los

excluidos del latifundio andino, pero también de la presencia con poder humano del café y el trigo, con sus beneficiados y con sus víctimas.

Entre aquellos personajes, algunos descritos con una mezcla de ternura y humor negro, con el paisaje no como telón de fondo sino como otro personaje, discurre uno que sirve de hilo conductor de todo el relato, de todos los relatos, sin que su presencia eclipse la de los demás, pero que se deja sentir sin estar allí y sin aparecer explícitamente: es la del compañero de viaje del narrador, hijo de un caudillo vencido que llegó a la cabeza de los fundadores e hizo pueblo. Hay algo que nos recuerda al Pedro Páramo de Juan Rulfo, y ese algo es la relación padre-hijo, porque Orlando Araujo regresa a su infancia del Piedemonte andino al reencuentro con su padre, su compañero de viaje, y en ese retorno, para decirlo con Mariano Picón Salas, viaja al amanecer, a los orígenes de los suyos, a la infancia de su propio padre a lomo de caballo con su abuelo, aquel caudillo vencido con barba de cascada que las guerra civiles y montoneras bautizaron como el *León de la Cordillera*. Este viejo Araujo era seguido por gente de “*ver, oír y callar*”.

Orlando Araujo, ensayista también y de primera línea, estaba consciente de que no podía rescatar y reconstruir ese pasado por la vía de la investigación sociohistórica. Desde este campo de estudio podía analizarlo, interpretarlo y explicarlo, pero no reconstruirlo. Sólo el arte, la ficción literaria en este caso, le permitiría no tanto el retorno, sino la creación de una realidad y un tiempo ya inexistentes. El pueblo ancestral del Piedemonte, desde su fundación, es plasmado en *Compañero de viaje*. El lector puede recorrer sus calles, percibir sus olores, sentir su atmósfera, vivir sus grandes y pequeños dramas. De la mano del narrador, el lector participa de otra fundación, ésta, a través del lenguaje.

En esta fundación literaria, la historia se abre y cierra con el compañero de viaje, se regresa al punto de partida, en un viaje circular, como son los viajes de la memoria.

“Hoy fui a buscarte, como siempre, en los caminos (...)

“Miré correr las aguas bajo la sombra del puente y vi pasar un pez inmenso y solitario.

“Fui al otro lado del puente, la luna dejaba ver la arena y se volcaba sobre rocas pálidas y mudas. Vi una vieja maleta de cuero en mitad de la corriente, estaba entreabierta y en su interior: botas, espuelas y papeles...

Era el equipaje de mi padre. Iba solo, aguas abajo. Sobre el mundo entero, la luna brillaba como un sol, pero en silencio”.

Después nos salimos de la ficción y nos encontramos un mediodía de domingo en algún lugar de Caracas. Yo preguntaba y Orlando respondía, o mejor, contaba, siempre con esa premura de querer regresar a su Piedemonte andino, su lugar de refugio. Con él anduve desde su relato para niños en *Los viajes de Miguel Vicente Para Caliente, hasta su Viaje a Sandino*, cuando se aventuró a buscar guerra y luchar al lado de los sandinistas. Un largo viaje literario y vital en el que fue –y sigue siendo– *mi compañero de viaje*, amigo mío.

VICTOR VALERA MORA EN LETRA ROJA

Valera es una encrucijada entre el sol y la neblina, lugar apto para nacer entre estaciones, pero abril no es mes para morir. A menos que se sea poeta de la contraria vía, siempre cuestionándolo todo, incluso desde el santuario de la modernidad muy siglo XX donde a nadie se le ocurriría cuestionar nada: la butaca de un **Masseratti 3 litros**. Nombre del indiciado: Víctor Valera Mora, el Chino. Lo de indiciado es un decir, pues desde su primer poemario, **Canción del soldado justo**, se declaró convicto y confeso. De antemano, sabía el poeta que en el tiempo y el espacio del reino de este mundo en que le tocó vivir, no habría juez justo para el soldado justo. Pero no se retractó ni una palabra —mucho menos un acto— y lanzó su poesía a la calle para facilitarle el trabajo a los magistrados de toga y martillo, a quienes les bastó el lugar común para dictar su fallo: **a confesión de parte...** La buena sociedad de entonces, oída la sentencia, sintió a buen resguardo sus usos y costumbres, su moral y su orden, y respiró tranquila.

No debió agotar todo el oxígeno. A partir del violento amanecer de la década de los años 60, la poesía de Víctor Valera Mora se erigiría en el **rayo que no cesa**, aun en los intervalos de silencio que muchos erróneamente confundieron con el descanso del guerrero. No habría tiempo en esa época para cerrar un ojo. Un juglar había asaltado las calles y su serenata era demasiado amorosa para no resultar incómoda. Amor a la rosa de Huidobro y también al rebelde que profanó la madrugada, a las piernas de la mujer que recién acaba de hacer el amor y al casco pisoteado del obrero, a los ojos de la muchacha de la Facultad de Farmacia y a los

desalojados de la medianoche, al desempleado que se le adelanta al sol en un portón de fábrica y al amigo para el que cultiva la rosa de Martí, le extiende o no su mano franca. Poesía entre la ternura y la explosión, el abrazo y la revuelta.

Era el alba de una guerra. Pocos años habían pasado, dos apenas, de un alzamiento popular. El último dictador puso distancia de por medio y los sublevados buscaron a la burguesía para que gobernara, la misma que hasta la víspera había gobernado con el déspota. No tardaron en darse cuenta de que la suya fue la «revolución de la fantasía» (Domingo Alberto Rangel dixit). Se instauró en el país lo que se presentó como la democracia representativa, con padre tutelar y todo. Nació con el fórceps de la tortura, la represión y la muerte, fórmula concebida para apagar la canción del soldado justo. La juventud miró hacia las montañas y llegaron los días de la santificación de los niples. Era apenas el Comienzo, título del primer poema del primer poemario de Víctor Valera Mora. Puso de una vez sus cartas sobre la mesa de la contienda:

***Hacer de la poesía un fusil airado, implacable
hasta la hermosura.
No hay otra alternativa,
La caída de un combatiente popular
es más dolorosa que el derrumbamiento
de todas las imágenes.***

Mis palabras sin un acto de complicidad, pero si la preceptiva arruga el entrecejo y me pide el contexto de los textos, le diré que cuando el joven Víctor Valera Mora se terció su morral de sueños y se viene de los Andes a Caracas con la idea disparatada de estudiar sociología, lo que de paso hizo sin que su forma de mirar y decir se sociologizara, América Latina temblaba en sus volcanes. Uno no escoge su tiempo de nacer, pero sí decide el compromiso con su tiempo. Cuba estaba allí, enfrente, en el Caribe. Desde esa pequeña isla se le planteaba el más atrevido desafío a la potencia más grande del planeta.

La utopía socialista era posible y se erigía entre bloqueo y huracanes. La figura del guerrillero heroico todavía no era mito, sino real encarnación en jóvenes barbudos que bajaron de la sierra. El verbo de Ernesto Che Guevara se hacía tricontinental y sus discursos se leían en voz alta, como poemas al viento. Cuando él sintió bajo sus talones el costillar de Rocinante, ya legiones de muchachos seguían sus pasos y sus sueños de Quijote latinoamericano. De este lado, estaban dadas lo que los libros de marxismo definían como condiciones objetivas: un país subdesarrollado, dependiente, neocolonial, saqueada su única riqueza por la explotación transnacional. No hablemos de indicadores sociales en términos de desigualdad, hambre, insalubridad, desnutrición y muerte. La revolución de la fantasía de 1958 fue eso, una fantasía, un relevo de máscara.

La juventud venezolana se marchó a las montañas y estalló la guerra de guerrillas. La poesía, la literatura en general, se convirtió en un fusil airado. La chispa incendió la pradera de las letras. A la par de la creación, el debate acerca del compromiso intelectual copaba todos los espacios. No comprometerse, se decía, era ya una forma de compromiso. Quizás era un tópico de la época, visto en la distancia. Para algunos, un chantaje heredado del realismo socialista. En tiempos de guerra, los extremos no hacen concesiones y no permiten los matices. Víctor Valera Mora no se dejó llevar por debates ni trampas. Cuando estallaron los primeros niples, los de pólvora y los de tinta y papel, ya él había lanzado su Canción del soldado justo. Su poesía y su ser, su cantar y su vida, eran una y la misma cosa, indivisible. Pocos escritores, en su vivir y hasta en su vestir, se parecen tanto a sus escritos.

«Ético es el paso del poeta en la tierra», escribió en *Oficio de poeta*, uno de sus *70 poemas stalinistas*, último libro que publicara en vida. El verso resume su concepción de la poesía y, en su caso, uno de los rasgos de su *ars* poética. La vieja e inagotada polémica entre ética y estética no era dicotomía que entrampara al escritor. Ya lo afirmaba y confirmaba cuando anteponía la muerte de un

combatiente al derrumbe de todas las imágenes. Eli Galindo, saltaplanetas como él, nos invita a volver a sus primeros poemas y allí encontraremos las líneas y la esencia de un camino vital y existencial —y, cómo no, también estético— del que no se desviará, ni siquiera en los tiempos de los repliegues tácticos con que el eufemismo justificó desviaciones o tragó la derrota.

«En esta primera etapa —escribe Galindo— (sin descartar el hecho de llevarlos como acompañantes durante toda su vida) sus autores favoritos eran Vladimir Maiakovsky, Jacques Prévert, Nazim Hikmet, Walt Whitman, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Dylan Thomas, entre otros. De ellos, sus obras y conductas, extrajo una visión ética de existir sobre la tierra y del arte de la poesía.

Visión ética de la vida y el arte plasmada en una obra que mantiene su unidad de tono y contenido desde su libro primero hasta los poemas dispersos que vieron la luz póstumamente. Una obra como un autorretrato en la que cada poema es un acto, como si la vida escribiera los versos o estos trazaran la ruta que aquella ha de seguir.

«Nunca conocí a un poeta —lo tributa Luís Alberto Crespo— que se pareciera tanto a un poeta: libre hasta en la pasión política, sin ataduras en la pasión sin nombre, con los bolsillos flacos de mucho derrochar su pobreza entre los amigos, a los que trasnochaba en la fiesta y la soledad con sabor a ron y a lágrimas”.

El poeta se parecía a un poeta, pero sobre todo, sus poemas se parecían a él o viceversa, en el desenfado del verbo y el andar, en la transgresión de los códigos lingüísticos y sociales, en la conjunción en pensamiento, palabras y obra de la agresión y la ternura, de la ira y el amor, de la inocencia y la conciencia, de su ética y su estética.

Ser una irrupción, una ruptura, en una década de irrupciones y rupturas, no es cualquier cosa. El decenio de la violencia apostó fuerte a la literatura y al arte, como a todo.

Empero, mucha escritura con buenas intenciones no trascendió la consigna, el mensaje político, el discurso ideológico, no pocas veces, el panfleto, en el mejor sentido del término. De allí que cuando se apagaron los últimos cartuchos de los incendiarios años 60, también languideció esa literatura. Todo lo contrario a lo que ocurrió con la poesía de Víctor Valera Mora. Si las ediciones de sus primeros libros, de circulación limitada y entre amigos, salieron de su propio y exiguo peculio, sus lectores aumentan con el tiempo, así como el entusiasmo que en las nuevas generaciones despierta su obra. No buscan en ella el eco de los disparos de una época pretérita, sino el pistoletazo mismo. Porque la poesía de Víctor Valera Mora, más allá de su decir y su mensaje, permanece, deslumbra y conserva su frescura e irreverencia por su forma, su apuesta renovadora en el plano del lenguaje, su transgresión ante los viejos códigos del hacer poético. Irrupción y ruptura que, en la lectura crítica de Eli Galindo, emerge como un volcán verbal en la literatura venezolana.

Cualidades aquellas a las que se agrega lo que es condición humana y esencial del poeta: la autenticidad. No hay artificio, no hay postura, no hay acomodo a una época o a una moda. El lector sabe y siente que lo que escribe el poeta, le sale de adentro, de lo más hondo. Si huracanados son sus versos es porque la vida del juglar es turbulenta; si en la palabra se instala el amor, es porque Víctor Valera Mora lo prodigó entre amigos, mujeres y causas, pérdidas o no; si los versos transpiran ira y rebeldía, es porque así al poeta, iracundo y rebelde, lo conocieron los caminos. Si exigente fue en el compromiso, exigente fue en la poesía, en cada uno de sus poemas. *«La razón gobierna en medio de ellos con un rigor clásico que no deja escapar una sola nota equivocada»*, donde *«la reflexión sigue al desorden, pero sin nunca perturbar la maestría del canto, canto de alondra mañanera salutorio y exultante»*, según lo pudo leer y escuchar Salvador Garmendia. ¡Cuánta armonía en el desorden poético, en el desenfado verbal de Víctor Valera Mora! Y cuando la palabra le fue esquiva, allá en sus inicios, fue autocrítico y tuvo conciencia del lenguaje desde la *Canción del soldado justo* porque sabía que la poesía crece y madura con la vida. Y con el poeta.

***Es todo por hoy, amigos míos,
mañana cuando mi verso se alargue el pantalón
regresaré con el viento en armas,
a reclamar algunas y otras cosas»***

Pasaron diez años, la década completa de los años 60 y, en 1971, apareció, irrumpió en el escenario de las letras venezolanas, ahora entre la guerra y la pacificación, *Amanecí de bala*, una fiesta del lenguaje y una provocación, cuando buena parte de la intelectualidad prefería y procuraba que nada perturbara la comodidad que ofrecía la paz democrática. Canto a la mujer, al sexo, a la vida, a la bohemia, a los amigos, a Víctor Valera Mora con Walt Whitman fuerte y nada ambiguo; poemas donde Eleazar León lograba entrever que «*la lisura de sus palabras contenía por entonces estrellas blancas de fulgor de espuma; también, a veces, estrellas negras de melancolía*». Sí, melancolía vestida con la ironía y el humor, cuando muchos estaban de regreso pero el Chino se negaba a dar treguas y a firmar armisticios. También en el fondo del júbilo y la bohemia se anida un canto triste, si no lo sabían los rectos bebedores. Y la vida y la política y los amores a veces golpean duro. Entonces la única religión que salva es la poesía. Y Víctor Valera Mora entró a esa década a la misma velocidad del *Masseratti* 3 litros, cuestionándolo todo. No haría concesión en la poesía ni en la política.

Luego de la explosión verbal, sensual y amorosa de *Amanecí de bala*, vimos al poeta *Con un pie en el estribo*, título de un volumen que nos remite a la imagen del que está por partir, del que se va de viaje. Y no era una metáfora. Cuenta Manuel Bermúdez que el poemario *Amanecí de bala* fue considerado por un general de la Dirección de Inteligencia Militar más subversivo que los focos guerrilleros que todavía quedaban en el país. «*Eso me lo dijo Víctor una tarde de invierno, cuando salíamos de la librería Feltrinelli y nos dirigíamos a un barcito vicino a Piazza del Popolo, acompañados de Carlos González Vega*». El poeta se fue a Roma y dejó al general la ardua comisión de perseguir poemas que se enconchaban en el

entusiasmo de una generación y así andaban de mano en mano, como decir, de concha en concha de la complicidad lectora.

De Italia trajo en las alforjas *70 poemas stalinistas*, en 1979. El Chino era incorregible. Ponerle ese título a un libro escrito en uno de los países donde el eurocomunismo echaba las últimas palas de tierra purificadora sobre el nombre de José Stalin y el viejo partido italiano cambiaba hasta sus símbolos, era un desafío. Hacerlo a las puertas de la década de los 80, cuando ya en la propia URSS se empezaban a escuchar los claros clarines de la *glasnost* y la *perestroika*, oscilaba entre la terquedad y el sarcasmo. Publicarlo en Venezuela donde sólo los viejos camaradas reverenciaban todavía la hoz y el martillo, y en una época en que la apatía y el escepticismo de la juventud sólo se reconocían en el paradigma de Laura Pérez, «*La sifrina de Caurimare*», eran muchas ganas de meter el dedo en el ojo.

Y otra vez Víctor Valera Mora dejaba constancia de la alta factura de su poesía, más allá de lo anecdótico. Poemas de amor, de viaje, de lugares y bebidas y comidas, de noches romanas y, como no se vive impunemente en Italia, también del fútbol, de la rivalidad entre el Lazio y el Roma. Pero no hay que llamarse a engaño, el viajero no descuida lo que ocurre en su país y advierte para su regreso.

***A estas alturas de la existencia
quien me quiera pasar
para la democracia representativa
le voy a meter un panfleto por las narices
para que sepa cómo se bate el cobre
en las pailas más luciferinas***

Pertenece el poeta a una generación que en la década violenta de los 60 intentó tomar el cielo por asalto, y en el intento, se jugó la vida y la palabra. El sistema al que tanto apostrofó proclamó su victoria. Para el escritor la lucha continuaba, con sus reveses, pues se mantenía firme en sus ideas, como se mantuvo toda la vida. Su poesía no cedía un palmo:

***La gente habla hasta por los codos
la gente habla que te habla con amargura
La gente se la pasa en eso de andar diciendo
que la guerrilla y la poesía perdimos una guerra
La pobre gente sin un solo sueño riguroso
Pero digo y que mi boca sea borrada
desde los últimos rincones del infierno
la poesía sacará las uñas y nos verán a todos
y no precisamente con manzanas en las manos***

Para el poeta, si la guerrilla perdió una guerra, también la perdió la poesía. Es lo que dice la gente a la que él advierte que la poesía sacará sus uñas. Mientras tanto, escribió *Del ridículo arte de componer poesía*, publicación póstuma donde se recoge su producción entre 1979 y 1984, año de su partida la víspera del primero de mayo, día internacional del trabajador, pero para él, sin desfile de hipócritas y demagogos. En sus páginas, como una recapitulación de su vida, vuelven las declaraciones de amor, a veces agresivas, a veces tiernas, siempre picaras; su tormenta espiritual y existencial; la descarga a los que se rajaron o vendieron y que le provocan no sabe si llorar o mentar madres; los amores perdidos y los despechos y descorazonamientos no superados ni a punta de rancheras; las noches solitarias en el rincón de una cantina exigiendo su tequila y exigiendo su canción; el habla coloquial consigo mismo o contigo que lo lees o con alguno de sus muertos; su modo de decir que inaugura su propia lógica para subvertir y romper el orden lógico de la oración (y todos los órdenes, empezando por el público). Y por supuesto, la reafirmación ética de su paso por la tierra, la exaltación de su vida huracanada, la verticalidad recia de su canto:

***y canto y siempre cantaré
hasta el día de los días
cuando anochezca y sea visto
un remolino de truenos y centellas***

Además de ético, intenso fue el tránsito de Víctor Valera Mora por el reino de este mundo. Vivió, como la imagen de uno

de sus poemas emblemáticos, a 600 kilómetros por hora, desde los días de la *Pandilla de Lauréamont* hasta sus últimos poemas dispersos y rescatados en las varias antologías que lo persiguen. Ni dio ni pidió tregua. Se detuvo antes de pisar la raya amarilla de los 50 años. 49 era una edad más de su ser y más indicada para poner un pie en el estribo sin riesgo de caídas. Los viejos pandilleros de los lanzados años 60, por boca de uno de los fundadores, el novelista Carlos Noguera, se preguntan:

«Me interrogo y vacilo. Cualquiera sea la pregunta, me digo, sin embargo, siempre habrá un eco de poema, de grito, de palabra que desde los días y las noches del pasado, desde la voz sin boca del boxeador más dulce de América Latina, como lo llamara alguna vez alguna muchacha enamorada, nos alcanzará y nos dejará nunca para no dejarnos siempre».

No dejó de sorprenderme que la muerte de Víctor Valera Mora fuese anunciada por canales comerciales de la televisión. Se refirieron al «conocido poeta venezolano». Me extrañó ese reconocimiento para quien, mediáticamente hablando, en vida no existió. Me pareció oír el estallido en la pata de la oreja de la risa del Chino. Pero el sistema tenía información de sus poemas. Ya un oficial de inteligencia militar los había calificado, no sin razón, de más subversivos que un foco guerrillero. El anuncio televisivo fue una argucia, una forma de matarlo de verdad. No les resultó, porque luego de irse por ahí, fue cuando empezaron a ser solicitados los libros del poeta. Ésta si fue una grata sorpresa: los más jóvenes lectores querían leer a ese señor. Supieron de un juglar auténtico que trascendió su tiempo con su canto. Hoy yo lo celebro y me celebro en su poesía.

ALÍ PRIMERA CON SUS PERSONAJES

Hablar de los personajes de Alí Primera es hacerlo de su mundo, su visión y su credo. Lo recuerdo con su guitarra a cuestas por los pasillos de la Universidad Central de Venezuela, en tiempos huracanados, década violenta, poesía en la calle, renovación en las aulas y sombras vencidas que vuelven al acecho. Recuerdo el afiche que nos convocaba: “*Alí le canta a la Revolución*”. Todos sus personajes acamparon bajo el cielo de Calder del Aula Magna, pero inquietos como el cantautor, salieron de allí con su morral y su canto y se dieron a recorrer mundos.

Para formar un cosmos no basta con aglomerar personas, algo debe unir las, algo han de compartir en común, real o ficticio, concreto o imaginario, vivo o soñado. El mundo de Alí convoca por el canto y el amor, la solidaridad y la lucha. Es ancho y ajeno, como diría Ciro Alegría, local y universal. Si transitamos por sus calles, podemos tropezarnos con Zobeyda La Muñequera y Ho Chi Minh, un niño Warao y Pablo Neruda, el Tío Juan y el comandante Fidel Castro Ruz.

La copiosa producción musical de Alí nos dice que su mundo es igual de numeroso y múltiple. Sus personajes se suceden y multiplican desde sus primeras canciones. Ir por ellos para conocerlos es como buscar a todos los Buendía en *Cien años de soledad*, con la diferencia de que el mundo de Alí (su Macondo infinito) está poblado de apellidos distintos, distantes y plurales. Gente como uno y gente como otros, Venezuela adentro y mundo afuera.

Después de su siembra, sobre Alí se ha escrito mucho, desde la nota efímera, la crónica solidaria, el reportaje de investigación, hasta ensayos y libros de contenido histórico, político y social. Las letras de sus canciones se hicieron letras biográficas, históricas y políticas. Vivió una época de intensos debates sobre el arte comprometido y el compromiso de intelectuales y artistas. Su vida y obra hablan por sí solas de su posición frente al tiempo que le tocó vivir. En Alí se conjugan la ética y la estética.

Zetty Muskus y Jorge Vásquez nos invitan a conocer los personajes que habitan las canciones y los mundos de Alí Primera. Ellos se fueron adelante para abrirnos el camino. Tuvieron que realizar un arduo trabajo de investigación para que los lectores disfrutemos el paisaje, mientras dialogamos con los personajes que nos salen por campos, pueblos y ciudades, desde una casa amiga o desde una barricada revolucionaria.

Trabajo minucioso este, en el que la rigurosidad investigativa se mezcla con la admiración hacia el cantautor. De cada canción de Alí Primera se aborda el personaje al que se le canta y nos los presentan con lujo de detalles: su biografía, sus luchas, sus sueños y el contexto en el que le tocó vivir. La mujer y el hombre, niño o viejo, héroe o personaje de nuestra cotidianidad, desfilan ante el lector desde las canciones de Alí. No nos vamos a perder por los caminos de su libro. Zetty y Jorge colocan en el trayecto de sus abundantes páginas muchas pistas y señales que nos guían: índices onomásticos, regionales, mundiales, así como glosarios de términos que nos reciben por los senderos y trochas de los pueblos de Venezuela y el mundo.

La lectura de *Los personajes en las canciones de Alí Primera* nos lleva de la música a la poesía, de la política a la historia, de las luchas sociales a la cultura popular. África, Asia, América Latina, los países del llamado tercer mundo vistos a través de las mujeres y hombres que lucharon y luchan por su liberación. Por ellos y para ellos compuso, escribió y cantó Alí.

Zetty Muskus y Jorge Vásquez hacen honor a la petición del cantor del pueblo cuando nos pide: “*que mi canto no se pierda*”. Ese canto perdura en la voz de los juglares de la cultura popular y en la letra de un libro excepcional para un hombre excepcional: *Alí Primera*, uno de nuestros imprescindibles.

Alí primera al filo de los sueños

Siempre anduviste, como Antonio Machado, ligero de equipaje: la guitarra, el morral de poemas y la mano de Sol sobre el sol tu mano.

Ligero de equipaje...Siempre, Alí, como el que siempre está llegando y partiendo. Está partiendo de un pueblo y está llegando a otro pueblo. A todos los pueblos que te oyeron cantar y te vieron soñar. Y soñaron contigo y soñaste con ellos.

Si el poeta Alberto Rojas Jiménez, en la dolida oda de Pablo Neruda, “*viene volando*”. Tú, Alí nuestro que está en el pueblo, vienes cantando.

Otro poeta del pueblo, Aníbal Nazon, citó a JuliusFusik, aquel que escribió sobre la alegría y la vida *Al pie del Patíbulo*. Lo citó para definirte en arte y corazón: “*No hay vida sin canción, como no hay vida sin sol*”.

Y tu pueblo dice: el sol que nos alumbra. Y la voz de Sol Mussett, tu compañera de vida y voz, que nos canta tus sueños, tus insomnios y tus días con sus soles y sus amaneceres.

Bien que dijiste: “*Yo amarre los recuerdos al árbol de la noche y fui en busca del sol.*”

En esa búsqueda, te oyeron los caminos, las montañas y los ríos. Viajaste en el viento. Te oyeron las muchachas de los pueblos indígenas, y nuestros campesinos de los llanos y los páramos.

Te oyeron los alzados, aquellos guerrilleros de Argimiro y el Chema. Y el obrero en la fábrica y la obrera en la huelga. Y te oyó el Aula Magna de tu Universidad. Y en las calles entre piedras y bombas lacrimógenas, te oyeron multitudes de alegres liceístas. Y también cerro arriba, te oyeron los techos de cartón. Y te oyeron las lluvias y los truenos y los rayos. Y en las noches de oprobio y de persecuciones, tu voz se hizo relámpago y alumbró los caminos.

Te oyeron, Alí nuestro, desde su rebeldía indomable, los heroicos presos del Cuartel San Carlos, de todas las prisiones y T.O. Y desde su agonía, escucharon tu *Canto en Dolor Mayor*, los caídos en Cantaura y Yumare y en todos los montes sorprendidos al filo de los sueños.

No hablemos de los vetos. De los grandes medios que quisieron apagar tu canción. No pudieron silenciar con sus largos silencios la Canción Bolivariana. Porque la canción se hizo pueblo y se hizo revolución.

Una tarde te preguntaste con admiración: “¿*Qué sería de la tonada/ si no existiera Simón?*”. Y nosotros nos preguntamos con la misma admiración: ¿*Qué sería de la Canción Bolivariana de no haber existido Alí Primera?*

Otro día nos pediste: “*Que mi canto no se pierda*”. Y no se perderá, Alí, porque en estos 70 años de tu luz, en el regazo de la Mama Pancha y el olor de los semerucos, nada ni nadie calla ni callará al cantor.

En tu 70 cumpleaños, nos robamos tu verso para decirle al mundo: “*Su sangre era un poema y abrazó su corazón*”.

Un abrazo de canto, poesía y liberación en la voz inmortal de Alí Primera, el camarada, el panita.

DOMINGO ALBERTO RANGEL

Un buen trecho de mi andar político lo hice al lado de Domingo Alberto Rangel, ese insigne revolucionario que acaba de emprender su viaje postrero “con su adarga al hombro”. Lo conocí por los días del Mayo Francés y el movimiento de renovación académica que sacudió las universidades del país. El encuentro con el maestro lo propició mi paisano de San José de Guanipa y compañero ucevista, profesor Carlos Rafael Urrieta.

De un grupo de estudio y discusión llamado “Joven Venezuela”, dimos el paso hacia una organización de izquierda que denominamos Grupos de Acción Revolucionaria (GAR), de cuya coordinación nacional formé parte en esa etapa fundacional. Levantamos la tesis de la abstención frente a la vía electoral y, para los comicios de 1973, la del voto nulo. En esta política coincidimos y unimos fuerza con los camaradas de la Liga Socialista.

Corrían años de profundas discusiones en el seno de la izquierda nacional e internacional. La sola militancia era una escuela de excepción. Domingo Alberto y Pedro Duno decidieron sacar una publicación para opinar y debatir en aquel contexto. La bautizaron “*La 15NA*” y me designaron jefe de redacción, un cargo grandote para un estudiante de comunicación social que andaba por los 20 años. Le echamos pichón. Liceos y universidades eran un hervidero de confrontación política, renovación académica y estudiantes caídos casi semanalmente.

Después de “La 15NA”, Domingo Alberto Rangel fundó el semanario “*El Nuevo Venezolano*”, otro sueño periodístico en el que también lo acompañé como redactor. Mi afición por las letras me llevaron a leer y analizar cada escrito de DAR, esas iniciales con las que firmaba sus textos. Su lenguaje rico en metáforas, giros inesperados, amenidad y humor lo hacían dueño de la prosa política y periodística más brillante del siglo XX. A esto se agregaba su amplísima cultura y profundidad en los temas que abordaba, bagaje que usaba con elegante ironía para no apabullar a los lectores con la pedantería propia de tantos intelectuales.

Podía tratar una materia con la erudición de un sabio o con la prosa incisiva de los grandes panfletistas del siglo XIX. No fue precisamente un gran organizador de estructuras partidistas, de hecho, al final de su vida, se reveló abiertamente un hombre anti-partido. Ante un grupo de estudiantes universitarios, una tarde nos dijo: “no seguiré siendo mascarón de proa de la izquierda”. Nunca olvidé esa frase. De cierto, muchos se acercaron a él para aprovecharse de su prestigio intelectual y verticalidad revolucionaria. Estudioso de Lenin, sabía de la necesidad de la organización política. Estudioso de Trotsky, conocía la aberración que entrañaban la burocratización y el stalinismo.

Entre sus más de 60 libros publicados, los tres que integran la serie “*Capital y Desarrollo*” son imprescindibles para el estudio y conocimiento de la Venezuela contemporánea. En ellos analiza la *Venezuela agraria*, le sigue *El Rey Petróleo* y cierra con el titulado *La oligarquía del dinero*, una acuciosa investigación sobre la concentración de capital en el país y la formación de los grandes grupos económicos.

Domingo Alberto se fue por estos días. Me enorgullece haber tenido la amistad y las enseñanzas de este gran venezolano. Fue el mejor ensayista político de su tiempo y, siendo uno

de los más destacados periodistas de nuestra historia, el Colegio Nacional de Periodista le negó la colegiación. Peor para el colegio. Gloria eterna al grande, honesto y vertical revolucionario.

Domingo Alberto y la revolución de la fantasía

Ayer, como decir hace un rato, se cumplieron 51 años de la gesta popular que derrocó la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez. Una década de represión, persecución y exilio, iniciada con el golpe militar de 1948 contra el novelista Rómulo Gallegos, tocaba a su fin y se iniciaba lo que se conocería como democracia representativa.

Uno de los protagonistas de aquel movimiento insurreccional, Domingo Alberto Rangel, escribiría al poco tiempo un libro titulado ***La Revolución de la Fantasía***. La obra expresa desde su título una mezcla de lucidez y decepción. Fue un texto escrito en la cárcel, pues su autor, como tantos otros venezolanos, se había convertido en prisionero político de quienes fueron sus compañeros de lucha contra la dictadura perezjimenista.

Relata Domingo, así lo llamamos quienes fuimos sus camaradas y amigos en otras jornadas de la larga lucha revolucionaria, que la dirigencia política que encabezó la resistencia contra Pérez Jiménez, una vez derrocado éste, salió a buscar, para entregarle el poder, a la burguesía que había sostenido al dictador. Los revolucionarios, pues, le piden al magnate Eugenio Mendoza que forme parte del nuevo gobierno. La suerte, desde ese momento, estaba echada y una vez más, como en tantos momentos de la historia, se escamoteaba la victoria popular.

Lo demás es historia contemporánea. El nuevo decenio que inauguraba la democracia representativa sería conocido como la década violenta. Domingo Alberto Rangel calificaría la rebelión de 1958 como “la revolución de la fantasía”. A la cabeza

de la juventud de Acción Democrática fundaría el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, organización que tiempos después, junto con el Partido Comunista de Venezuela, iniciaría en Venezuela la lucha armada. Surgiría un poderoso movimiento estudiantil que conocería la cárcel, la represión y la muerte, sin manos blancas, despliegue mediático ni premios del imperio. Todo lo contrario.

Durante 40 años el país sería gobernado por el llamado Pacto de Punto Fijo, que se acordó en Nueva York (no podía ser de otra manera) y se firmó en Caracas. Lo refrendaron los jefes de los grandes partidos políticos (AD, COPEI y URD), quienes decidirían los destinos del país con la anuencia y venia del imperio durante cuatro décadas. Ese pacto firmado por Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Jóvito Villalba, volaría en pedazo el 27 de febrero de 1989, con el estallido popular conocido como “El Caracazo” y que sería algo más que la mecha de las insurrecciones militares del 4 de febrero y el 27 de noviembre de 1992.

2009 recibe el aniversario 51 del 23 de Enero de 1958 con un atípico “movimiento” estudiantil en las calles. Lo conforman en su gran mayoría jóvenes provenientes de las clases altas, quienes estudian en las universidades privadas del país, instituciones éstas que durante medio siglo estuvieron hundidas en su propia apatía y en un pasmoso escepticismo.

De súbito, el gobierno revolucionario de Hugo Chávez les despertó el odio de clase. De los adjetivos despectivos hacia los sectores populares –chusma, hordas, desdentados, zambos, tierrúos, marginales-, pasaron, en 2007, a una protesta radical, guarimbera, incendiaria y de altísima cobertura mediática.

Hay, empero, una diferencia abismal con el 23 de enero de 1958. La bolivariana no es una revolución de la fantasía, como definiera Domingo Alberto Rangel la gesta de la que fue actor y testigo. Y que no lo sea solo lo garantiza el pueblo que reivindica hoy la victoria que le fue escamoteada hace medio siglo.

ALIRIO DÍAZ: UNA PASIÓN, UNA GUITARRA

Imaginen a un pueblo donde desde siempre, todo el día y la noche toda, se oye una guitarra. Nadie sabe quién la toca ni de dónde sale la música. Imaginen que se alejan y desde la distancia, descubren que el pueblo es un curioso pentagrama. Imaginen el desconcierto de los forasteros ante ese concierto perenne que los recibe y los sigue por todas partes. Creerá el viajero que la dirección del viento, tenida en cuenta por los moradores para sus faenas, provoca la melodía con sus altos y sus bajos. Pensará que la guitarra de fondo imaginaria, cuya garganta pudiera ser el aljibe y no lo es, ha de ser fruto de la remota memoria musical de cada quien. Sin esa música, se dirá el forastero, la vida en estos parajes no tendría sentido y resultaría insoportable, pero sentirse habitante de un mundo musical justifica la esperanza.

Este era un pueblo ficticio. Hace unos años escribí un relato, un cuento, en el que el personaje central, incorpóreo, es el sonar de una guitarra que nadie sabe quién la toca. Pero la realidad siempre termina por alcanzar a los fabuladores. Tiempo después, no hace mucho, leí una entrevista que le hizo Milagros Socorro al maestro Alirio Díaz para la *Revista Nacional de Cultura* y di con aquel pueblo que creía que sólo existía en la geografía de mi imaginación. Allí decía el maestro con respecto al eterno dilema, no sé si falso, de si el artista nace o se hace:

“Es una mezcla. Uno nace con talento, pero en mi caso contribuyó el hecho de que nací en La Candelaria, donde la música era el pan espiritual de cada día. En cada casa había un instrumento,

un cuatro, un violín, una guitarra, un bandolín, unas maracas, un tambor. Era un pueblito de 400 habitantes, lleno de música, y frecuentemente las noches nos reuníamos a tocar, cantar, bailar...”.

El pueblo musical de mis ficciones ya existía antes de que yo lo imaginara. Se llama La Candelaria y allí nació, no podía ser en otro lugar, uno de nuestros más insignes guitarristas. Y cuando digo “nuestros”, incluyo en el plural a la América Latina y al planeta todo porque las interpretaciones, armonizaciones y el virtuoso repertorio del maestro Alirio Díaz, alcanzaron dimensión universal para orgullo de todos los venezolanos. El arte del maestro nos demuestra lo artificial que son las cosas concretas, los lugares específicos, la geografía con sus límites y coordenadas. Sí, La Candelaria era una aldea perdida en las tierras desérticas del estado Lara, donde el verano se dilata para decirlo con la imagen del poeta Luís Alberto Crespo, pero esa aldea escogida por el polvo y la canícula, extendió sus fronteras por los cinco continentes gracias a la guitarra de Alirio Díaz. La Candelaria, La Canducha, como la llaman sus habitantes, extendió sus límites de la mano, o mejor, de los dedos del maestro. Y los dedos de Alirio Díaz hacen y cabalgan en la música, que es ilímite.

Allí en La Candelaria, un 12 de noviembre de 1923, saquen la cuenta, o mejor, no pierdan el tiempo echando número porque los artistas son intemporales, ese día y ese año nació Alirio Díaz Leal, hijo de Pompilio Díaz González y Josefa Leal Álvarez. Por ambas ramas, la paterna y la materna, le vino la música, al igual que a sus once hermanos. Y si además nació en La Candelaria, su destino musical estaba escrito. Pero el hecho de que un destino esté escrito no quiere decir que se cumpla. Hay un trazo en las líneas de las manos que lo escribe cada quien. Hay un rescoldo de los astros que nos guían donde los senderos se bifurcan, como diría Borges, y es uno quien debe decidir por cuál seguir. Hay una parte de la herencia genética que es sólo potencialidad y que se puede dejar allí sin molestarla, dormida, o desarrollar a voluntad. Y una férrea

voluntad unida al deseo de aprender y conocer es una de las cualidades de aquel niño campesino que un buen día decidió y se arriesgó a volar. A volar alto. Y lejos, muy lejos.

No siguió el camino de sus hermanos y el de los muchachos de su pueblo cuando empezaban a dejar la adolescencia. A estos los atraía un olor muy ligado a la historia contemporánea de Venezuela, el del petróleo. Era el olor, en un sentido material, del progreso. Entonces, desde aquel desierto, se lanzaban a la conquista del nuevo Dorado, ese que brotaba de las entrañas del Lago de Maracaibo. El joven Alirio tenía otros sueños. Había leído en los periódicos y sabía de un pueblo donde había libros, bibliotecas y se hablaba de cultura y poesía. Tenía 16 años y apenas el tercer grado. De su abuelo había heredado, entre otros, dos libros que todavía conserva: el *Método de guitarra* de Fernando Carulli y la *Divina Comedia*, de Dante Alighieri.

“Siendo, pues, un niño –le confiesa a Milagros Socorro– yo recitaba tercetos de la Divina Comedia y del Marqués de Santillana, eso me sostenía, calmaba mi inmensa necesidad de formación y cultura, ahogada en aquel lugar carente de estímulos... hasta que tuve 16 años y salí huyendo del hogar paterno y de la dureza del trabajo en el campo”.

Quien en plena niñez recite tercetos de la Divina Comedia, nada tiene que buscar en un pozo petrolero. Por eso aquel jovencito, al oír el canto de los gallos una madrugada, tomó sus aperos y en lugar de coger el camino que conducía al Zulia, enfiló sus pasos hacia Carora, ciudad de libros, de poetas y soñadores. Caminó 30 duros kilómetros que sus alpargatas resintieron con una mochila llena de sueños y vacía de dinero, sin un centavo. Allí encontró a un maestro de excepción, un forjador de juventudes, a ese caroreño universal, como lo define nuestro amigo Juan Páez Ávila, llamado Chío Zubillaga. De Carora a Trujillo, de Trujillo a Caracas y de Caracas al mundo y a los cinco continentes.

Lo he dicho rápido para no fatigarlos con una biografía que es un libro abierto de tesón, privaciones, decisión, penurias, estudio, curiosidad, paciencia, estrecheces y empleos que van desde portero de cine, hasta trabajos de tipografías. Claro que el destino musical estaba escrito en los genes, en los astros si quieren, y en el lar nativo, pero cuán difícil y arduo fue alcanzarlo, hacerlo propio, elevarlo hasta la excelstitud para luego, generosamente, entregarlo en arte al mundo y a su país, y en enseñanzas a los más jóvenes.

Cuando Alirio Díaz habla de sí mismo en las múltiples entrevistas que le han hecho, lo hace siempre con una agradecida devoción de sus maestros, del hermano que le regaló la guitarra, de los amigos y de los libros que heredó del abuelo. Siempre están en sus declaraciones don Chío Zubillaga, Rodrigo Riera, Laudelino Mejías, Raúl Borges, Vicente Emilio Sojo, Antonio Lauro, Regino Sainz, Andrés Segovia y tantos otros que tuvieron que ver con su maravillosa aventura desde aquel pueblo musical que parece ficticio, hasta sus interpretaciones magistrales por todo el mundo.

La fama no nos lo robó. La Candelaria, su Canducha, donde siempre vuelve en busca de sus huellas familiares e infantiles, ese origen campesino, no ha dejado que la vanidad lo sobrepase. El magisterio de don Chío Zubillaga, que fue entrega generosa, lo marcó y él lo ejerce también en entrega y enseñanza a los más jóvenes. No sólo es un intérprete y armonizador, sino un investigador de nuestra historia y nuestra música. Ya desde la infancia, su afán por investigar y conocer lo llevó a escribir una suerte de historia de su pueblo. Luego publicaría: *Al divisar el humo de la aldea nativa*, así como otros trabajos de investigación y opinión.

Es pues, Alirio Díaz, un hombre de la música y de las letras, por eso me atreví a pergeñar estas líneas. Por la vecindad con las letras y la palabra de quien fue tipógrafo y corrector de pruebas, nobles oficios que la tecnología borró, pero que acendrarón y se quedaron en el espíritu. Frente a un virtuoso de la música uno se

cohibe. Mas como todo arte es poesía y toda palabra música si se sabe escuchar, siempre para superar el trance uno encuentra auxilios en los maestros de la palabra.

Y hasta se atreve a hablar de la guitarra. Vaya por caso Jorge Luis Borges, quien se declaraba sordo musical y no sólo le dedicó versos a las guitarras de los arrabales y las esquinas, sino que también nos dejó estas impresiones:

“En un diálogo de Oscar Wilde, se lee que la música nos revela un pasado personal que hasta ese momento ignorábamos y nos mueve a lamentar desventuras que no nos ocurrieron y culpas que no cometimos.”

Quizás por eso, si se es escritor, inventamos un cuento de un pueblo musical y resulta que ese pueblo ya existe. Entonces, en lugar de imaginar y crear lo que hemos hecho, lo que hacemos es recordar algo que nunca conocimos. La guitarra que nos hace entristecer o celebrar nos toca las cuerdas de una memoria remota, anterior a nosotros, a nuestra propia existencia. Si esa guitarra está en manos del maestro Alirio Díaz, nos introduce en un mundo que nos libra de las penurias de este mundo. Debe ser bueno tener el don de hacer felices o algo más felices a sus semejantes.

El nombre de La Candelaria debe adquirir un extraño sonido cuando lo pronuncian los críticos en un concierto en París o en Australia, esa última frontera a donde también han llegado las notas e interpretaciones del maestro Alirio Díaz. De sus manos y su guitarra, esa guitarra que según sus palabras forma parte de su cuerpo, sólo nos es dado hablar si nos ampara la voz de un poeta. Sólo entonces, podremos decir o mejor recitar con la voz y la poesía de Vicente Aleixandre:

*Manos que por los cielos buscas la misma vida
Busca los pulsos de un cielo desangrándose
Busca en las entrañas entre los viejos planetas
Que extrañan la guitarra que se alumbra en la noche.*

Para el poeta, los planetas extrañan la guitarra. Es ella la que alumbra la noche. Y en Alirio Díaz es un periplo que alumbra desde las noches de serenata en su aldea, el acompañamiento a músicos populares en la radio de Trujillo, hasta los conciertos, desde el primero en Europa, en el Ateneo de Madrid en el año 1952, y los que ya no cesarían en los escenarios más prestigiosos del mundo. Esa guitarra que lo hace merecedor de premios internacionales y condecoraciones, del Premio Nacional de Música, del Premio Internacional de Cultura Gabriela Mistral otorgado por la Organización de Estados Americanos, del doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Carabobo, de ser nombrado “Comendador de la República Italiana” y recibir la “Cittadinanza Onoraria”, de Alessandria.

Una modesta carta, una esquila de manos de don Chío Zubillaga, dirigida al entonces Secretario privado del gobernador del estado Trujillo, Luís Beltrán Guerrero, dibuja el periplo, el largo y arduo recorrido del niño campesino que dejó atrás el conuco y el arado sin tan siquiera imaginar, que con su guitarra cautivaría al mundo. Escribe don Chío, por el año 1942:

“Tengo mucho gusto en presentarle al portador, el joven Alirio Díaz. Este muchacho es del pueblo nuestro, nieto de un prócer liberal, don Manuel María Díaz, en quien la democracia tuvo un campeón de lucha doblado en venerable figura de patriarca. Díaz ama la música con pasión viva y a ella se inclina vocativamente, pero no sabe ni siquiera una nota. Pretende ir a aprender allá, en donde creo que existe una escuela, pero de todos modos lo recomiendo al Maestro Laudelino, para que le proporcione alguna enseñanza. Díaz promete mucho, aunque como les digo no sabe del arte, técnicamente, ejecuta por fantasía la guitarra y hace en este instrumento unos solos que creo se podrían presentar en cualquier concierto.”

“Como este joven que es sumamente pobre, aspira conseguir trabajo en la Radio. se lo recomiendo a Don Pedro para el efecto. Ayúdelo usted también con él, y si logra estarse en ese medio, cuyo ambiente fue siempre tan propicio a la cultura musical, puede ser

que estemos en vísperas de presenciar en un paisano, una exaltada valorización de nuestra tierra, contenida en el plano de la más noble y pura de las artes.”

La postdata es también reveladora y conmovedora. Leamos a don Chío:

“P. D.- Díaz es amigo de las letras y escribe a veces en periódicos. Iba a hacer el primer año de bachillerato, pero no pudo porque aquí no se abre el curso, aunque ciertamente, yo no lo animo mucho por ese camino porque de doctores sin doctoría estamos hasta la coronilla, y en cambio estamos escasos de elementos que en el pentagrama pongan a vibrar el nervio selecto de nuestro espíritu, la esencia de nuestra raza.”

En una carta, casi una biografía. La visión de don Chío Zubillaga para descubrir valores y más que eso para ayudarlos y estimularlos. No es casual que tiempo después Alirio Díaz dedicara un ensayo a quien llamara su padre espiritual, bajo un título que es el mejor homenaje que puede recibir un maestro: *Don Cecilio Zubillaga y mi guitarra*. Porque escribir desde niño, fue otra pasión de Alirio Díaz. Nos faltarían páginas para reseñar toda su discografía, arreglos, transcripciones, digitaciones y revisiones para guitarra. Pero es esa la parte más conocida de su quehacer intelectual creador. Al fin y al cabo es músico, guitarrista de reconocimiento universal. Pero también escritor. A los muchos artículos publicados, de su pluma salieron obras como: *Al divisar el humo de la aldea nativa; Alirio Díaz y su Guitarra en el Tiempo; Don Cecilio Zubillaga y mi Guitarra; Música en la Vida y Lucha del pueblo venezolano; Vestigios artísticos de los siglos XVI y XVII, vivos en nuestra música Folklórica*, premiado por La Universidad del Zulia en la mención Ensayo, de su concurso literario. Músico, investigador, escritor, así se multiplicó aquel niño campesino que no quiso para gloria de Venezuela, y fortuna de todos nosotros, atar su destino a un pozo petrolero,

Hemos leído de su amorosa relación espiritual y corporal

con la guitarra, de sus diálogos con ella, de sus confidencias. Lo hemos leído en su copiosa hemerografía, en el ensayo biográfico que acaba de publicar Alejandro Bruzual, en el libro que con el bello título *Dos Guitarras*, escribiera su paisano Juan Páez Ávila, en el que esas *Dos Guitarras*, son Alirio Díaz y el excelso maestro Rodrigo Riera, en un diálogo que nos brinda el privilegio de escuchar la conversación de dos virtuosos y de dos venezolanos de excepción. Y si el maestro, aquel niño de la aldea lejana, no puede apartarse de su guitarra, parece que la guitarra también se desespera si el guitarrista tarda. Ya lo escribió el poeta cubano Nicolás Guillén:

*Tendida en la madrugada
La firme guitarra espera:
Voz de profunda madera
Desesperada.*

Esa es una desesperación amorosa, como diría Neruda, pero un mal orador, por razones menos sublimes, pudiera desesperar a un auditorio. Esto hay que evitarlo a todo trance y el método es sencillo. Digamos con Alejandro Bruzual:

“La presencia de Alirio Díaz ha determinado en buena medida, el devenir del medio guitarrístico venezolano. Junto a las composiciones de Antonio Lauro, sus interpretaciones han sido la motivación fundamental de los guitarristas posteriores. Su forma de asumir el ser artista, culto y sencillo, su manera natural de congeniar lo popular con lo académico, su humor; su apego a lo nuestro, han plasmado una huella profunda en la escuela venezolana que se universalizó con su nombre.”

El genio de Alirio Díaz, sus manos y su arte, han llevado el nombre de Venezuela a los más exigentes escenarios del planeta. Ello nos emociona y enorgullece y por eso le expresamos nuestra más honda gratitud, no sabemos si en *Do*, en *Re*, o en *Mi*, pero sí sabemos que se la expresamos en *Gracia Mayor*. Maestro

CONVERSANDO CON ALEXIS MARQUEZ RODRÍGUEZ

Alexis Márquez Rodríguez fue un gran conversador y eso es lo que voy hacer en estas líneas, conversar un rato con los lectores sobre este destacado ensayista y crítico literario venezolano.

Entré en contacto con Alexis Márquez Rodríguez antes de conocerlo personalmente, a través de sus columnas periodísticas, ya que con admiración de jóvenes leíamos a este maestro del buen decir y mejor escribir. Recuerdo que un día cuando llegaba del interior del país a la Universidad Central de Venezuela, pasé por Parque Carabobo –teníamos entre 18 y 19 años, han pasado unos días– y vi a un grupo de señores reunidos en una librería llamada El Gusano de Luz, y nos impresionó ver entre esos personajes de carne y hueso a Don Julio Garmendia. Allí se reunían ellos todas las tardes en una tertulia literaria, y nosotros como aspirantes a escribir algún día unas palabras y dejarlas en los caminos, veíamos con admiración a Julio Garmendia, Oscar Sambrano Urdaneta, Alexis Márquez Rodríguez, Denzil Romero, Manuel Bermúdez y a un grupo de escritores que se reunían allí, El Gusano de Luz.

Luego conocimos a Alexis Márquez en la Universidad Central de Venezuela, donde compartimos durante un cuarto de siglo, primero como alumno y luego como profesor, con el maestro. Discutimos, tuvimos coincidencias, diferencias, porque fue aquel año en que la UCV fue allanada bajo el gobierno de un profesor universitario, Rafael Caldera: metió las tropas militares en la UCV con el fin de truncar del proceso de renovación académica. Tuvimos entonces diferencias con Alexis Márquez y con otros profesores, como Héctor Mujica, con respecto a lo que

era y debía ser el co-gobierno universitario.

Héctor Mujica, por cierto, escribió un libro titulado *Cogobernalia*, pero aun así, Alexis Márquez iba todas las tardes a donde los estudiantes teníamos tomada la universidad, la Escuela de Comunicación Social, y todas las tardes nos daba una clase de literatura, de castellano y de política, estando o no de acuerdo con el proceso que llevábamos adelante o con los métodos con que lo hacíamos. Igual Héctor Mujica.

A raíz de ese proceso de renovación universitaria, varios profesores de la Facultad de Humanidades y Educación fueron despedidos, expulsados por muchos de los que hoy reivindican sus nombres. Entre los expulsados “sin debido proceso” por la Cuarta República estuvo el profesor Alexis Márquez Rodríguez, quien como abogado fue su propio defensor. Una vez despedidos y cambiada por esa vía la correlación de fuerzas entre la izquierda y la derecha, las autoridades impuestas de la Facultad montaron unas elecciones y, sin la presencia de estos docentes, por supuesto que las “ganaron”.

Alexis Márquez Rodríguez egresó del Instituto Pedagógico de Caracas, el viejo Instituto Pedagógico (hoy Universidad Pedagógica Experimental Libertador, UPEL) Fue un estudioso profundo y celoso de la lengua, al punto de que estudiantes y profesores bromeábamos en el sentido de que daba miedo hablar frente a él porque siempre le estaba agarrando a uno los gazapos, sin ser un policía del lenguaje. Decimos lo de “policía del lenguaje” para utilizar la expresión del maestro Ángel Rosenblat, quien así calificaba a las personas que están como en las esquinas, con una especie de rolo policial, esperando que usted cometa un error para caerle a rolazos lingüísticos.

Alexis Márquez tenía otra concepción de la pedagogía y la enseñanza. Nos aconsejó algo que hemos querido aplicar tanto en la escritura como en los medios de comunicación social, y ello es dejar –siendo él un maestro– la pose maestril, de maestro, del que

está enseñando siempre con un rostro mal encarado. Consideraba, a pesar de que en su apariencia personal algunos creían que siempre andaba bravo, que el humor era un buen instrumento de la comunicación oral y escrita.

De su pluma salieron muchos artículos en defensa de la autonomía universitaria, cuando esta recibió el zarpazo del allanamiento. Esa Universidad que fue su casa, la Universidad Central de Venezuela, casi durante los 30 años en que él dio clases, lo hizo rodeado por la policía o el ejército. Escribió unos 30 libros para las generaciones de su tiempo y las futuras. En bibliografía imprescindible se convirtió *La comunicación impresa: Teoría y práctica del lenguaje periodístico*, una obra muy buscada en las Escuelas de Comunicación Social de Venezuela y de América Latina.

Fue uno de los primeros, quizás por su terruño, por su condición de barinés, que escribió acerca del autor de *Florentino y el Diablo*, del poeta Alberto Arvelo Torrealba. En su ensayo titulado *Aquellos mundos tersos*, estudia la obra de ese gran poeta venezolano, en muchos casos incomprendido, a veces por la poesía cultista, a veces por la poesía popular, porque Alberto Arvelo Torrealba supo conjugar esa doble condición de ser un poeta del llano y un poeta culto, y eso es lo que nos revela en *Aquellos mundos tersos* su paisano, Alexis Márquez Rodríguez.

Se dedicó también al estudio afanoso y minucioso de la obra de Alejo Carpentier, el autor de *Los pasos perdidos* y de todo un monumento narrativo latinoamericano. Quizás no haya un trabajo de investigación sobre Carpentier como el de Alexis Márquez Rodríguez, con todo lo que aportó el gran narrador cubano a la literatura hispanoamericana y a lo que él llamó lo real maravilloso americano. Eran otros tiempos.

Tuvimos la suerte de vivir un tiempo privilegiado, cuando la Universidad Central de Venezuela estaba abierta a las grandes plumas del continente y de Europa. Siendo estudiante, me enteré

de que el profesor Alexis Márquez Rodríguez iba a dictar un seminario sobre Alejo Carpentier. Lo bueno del seminario es que el autor estudiado iba a estar allí y, por lo tanto, uno no podía perder la oportunidad de estar al lado del escritor de *El reino de este mundo*, de *Los pasos perdidos* y de toda una magnífica obra literaria.

Durante varias semanas Alexis Márquez nos llevó a Alejo Carpentier para que nosotros conversáramos con el monstruo de la literatura latinoamericana, con ese grande e inmenso escritor y, al mismo tiempo, teníamos al lado a quien lo había estudiado en profundidad, a quien nos había enseñado, más allá de corrientes que nos venían de Europa y de cualquier otra parte del mundo, que aquí en América había un señor llamado Alejo Carpentier que había descubierto y cultivado con excelsitud lo real maravilloso americano.

De manera que Alexis Márquez Rodríguez no solamente es el político revolucionario, el crítico literario y el lingüista, sino también alguien que hurgó en el ser americano, en lo profundo de nuestra esencia, para enseñarnos a vernos con los ojos maravillados de las maravillas de América.

Fue un hombre sencillo, de hablar pausado, de escritura precisa, maestro, luchador contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. También fue director de la Escuela de Comunicación Social de la UCV, elegido en las primeras elecciones que se hicieron en una escuela universitaria en Venezuela. Estas se realizaron a raíz de la renovación académica y los alumnos, profesores, bedeles, empleados y los obreros, porque todos votaron, eligieron a Alexis Márquez Rodríguez su Director, así con mayúscula.

Yo no voté por él porque nosotros, en ese proceso, teníamos otro candidato, el profesor y filósofo Pedro Duno. Fue una elección muy pareja entre dos grandes pedagogos venezolanos y dos revolucionarios, Pedro Duno y Alexis

Márquez Rodríguez, para sustituir a otro gran venezolano, el narrador, ensayista y periodista Héctor Mujica.

En aquel proceso de renovación, y en buena lid apoyado por el Partido Comunista, Alexis Márquez Rodríguez resultó electo Director de la Escuela de Comunicación Social, pero no duró mucho en el cargo. El entonces presidente de la República, Rafael Caldera, ordenó allanar la universidad y las autoridades impuestas destituyeron al maestro. Lo que habían hecho las bases universitarias, lo logrado por una expresión de la democracia popular, fue borrado de un zarpazo por los que hablaban en nombre de la democracia representativa.

Alexis Márquez Rodríguez se fue tranquilo y luego ganó su juicio en los tribunales y fue restituido como profesor de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV. Luego Ingresó como Individuo de Número a la Academia Venezolana de la Lengua. Para la juventud de su tiempo no solamente fue el maestro que te enseñaba en un aula de clases, sino que, si te gustaba escribir poesía, cuentos o una crónica, tenía la paciencia de leerte, darte sus consejos y hacerte las observaciones.

Fue un promotor de la literatura venezolana, un maestro en el aula de clases y en las calles de este país. Algunas veces incomprendido, cierta vez consideró que los reconocimientos se los hicieron en forma tardía, pero lo comentaba siempre con una sonrisa, con el chiste del llanero, como el contador de cuentos de los caminos.

En la Asamblea Nacional Constituyente de 1999, de alguna manera nos asesoró. El historiador Vinicio Romero presidió la Comisión de Estilo de la ANC y convocó a los maestros del lenguaje para estudiar el texto constitucional, entre ellos a Alexis Márquez Rodríguez y a Mario Torrealba Lossi, ambos miembros de la corporación académica. En ese escenario de grandes debates escuchamos al maestro y lo hizo una vez más en forma generosa y desinteresada. Asistía a todas

las reuniones de la Comisión de Estilo para aportar sus ideas o expresar sus desacuerdos en la materia.

El domingo Alexis Márquez Rodríguez se fue por los caminos, como los llaneros. Partió el escritor y crítico excepcional que penetró en el mundo terso de Alberto Arvelo Torrealba y en el universo real maravilloso de Alejo Carpentier. Con la gratitud de sus alumnos y de quienes tuvimos el privilegio de su amistad, le rendimos estas letras y este adiós.

POR LOS CAMINOS DE WILLIAN LARA

Me llegó el golpe del río de tu penúltima batalla con un rumor de noticia que hiere. Me alcanzó en la Mesa de Guanipa, donde los llanos del Guárico empalman con la sabanas de Anzoátegui. Llegó esa noticia, Willian, flotando en las alas del Anima de Taguapire, tremoló como bandera en el atardecer de Pariaguán y me paralizó en la nohecita de El Tigre, donde todavía se desangra algún mechurrio.

En esta tierra de horizontes circuidos de horizontes, me vino todo dolido Jorge Manrique: *“Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar a la mar/ que es el morir”*. No siempre es así, Willian. Morir en el río es una forma de vivir si fue fecunda la vida, de regar existencias, fertilizar esperanzas. Si en un momento sucumbiste a la fuerza del río, fue para emerger como ejemplo y nadar para siempre, transmutado en remero de sueños, navegante de amores, veguero de amaneceres.

Ya percibía algo extraño en las tenues estrellas de la noche sabanera. La noticia me lanzó a la Tierra de Nadie, allá en la UCV, donde bajo el reloj se recortó tu figura. Te vi rebuscar libros por los pasillos de Ingeniería y Humanidades. Entonces eras un muchacho delgado, reservado como buen llanero, sediento de saberes. El viejo Marx que llevabas ese mediodía bajo el brazo callaba su dialéctica.

No sé si Dios comete inconsecuencias, pero Orlado Araujo le atribuyó una, cuando murió su amigo Alberto Arvelo Torrealba, el poeta barinés que nos legó la canta de “Florentino y

el Diablo”; tal el dolor y el golpe vallejeano que sufriera Orlando con la partida de su compañero de viaje. No llegaré a tanto, pero la jugada del destino fue artera. Sin embargo, tú entre ellos, hay hombres que trascienden su destino. La vida, la obra, la lucha, perduran más allá de toda ausencia. A cada rato tus camaradas te citan, invocan tu ejemplo. A cada rato, tu presencia está allí, en el combate de tus compatriotas y en su cotidianidad, en la batalla nuestra de cada día. A cada rato, alguien acota: “*Como decía Willian Lara...*”.

El llano, por las tardes, se viste de nostalgia. El invierno esparce puro campo en sus olores. La escuelita de El Sombrero queda lejos, como lejos está tu infancia, cuando recogías guayabitas sabaneras por el día y perseguías cocuyos por la noche. Cuán lejos estaba entonces la República Bolivariana que fundaste con otros hacedores de sueños. Y cuán cerca está ahora, pueblo adentro, como diría el poeta Ramón Palomares, lo más del corazón.

Esa obra te hace perdurable. Tu gallarda posición el día de la canalla, ese 11 de abril de 2002, con su noche de oprobio y su lúgubre amanecer con un sátrapa en Miraflores. Fue otra batalla que libraste y ganaste con tu pueblo. El mundo escuchó de tu voz cuando ninguna voz se oía: “*Les habla Willian Lara, Presidente de la Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela*”. Subrayar “*bolivariana*”, poner énfasis en su pronunciación, fue todo un mensaje que el pueblo venezolano entendió perfectamente y actuó en consecuencia.

Las circunstancias de un abril aciago te colocaron allí y actuaste a la altura de las circunstancias. Como buen llanero y como solías repetirlo, fuiste del tamaño del compromiso que se te presentó. Lo demás fue un río crecido, Willian, y la noche. Pero los ríos son “*camino que andan*”. Y así, caballero andante, tú regresas en cada combate para el que tu pueblo te reclama. Regresas en mis versos, en la amistad, en esta crónica, digo, y no hay lágrimas porque se lo prometí al llano.

Carta a Willian Lara más allá de Willian

“*Buenas noches, les habla Willian Lara...*”

Compatriota y amigo Willian

Tu cara fue la cara del país, tu voz la voz del pueblo herido,

tu imagen la imagen de la revolución bolivariana aquellos días aciagos, del 11, 12 y 13 de abril de 2002, cuando la canalla nacional e internacional mantuvo por breves horas secuestrada la patria y disueltas sus instituciones.

Consumado el golpe artero y secuestrado el Presidente Constitucional Hugo Chávez, fuiste el líder que desde esta Asamblea Nacional, entonces bajo tu gallarda Presidencia, supo arengar a su pueblo para que mantuviera la rodilla en tierra y la moral en alto.

Luego, desde el Palacio de Miraflores, ya rescatado por el bravo pueblo de Venezuela y su Fuerza Armada Bolivariana, cuando la canalla mediática impuso su silencio informativo para cortarle la voz al pueblo, fuiste su voz y garganta al dirigirte al mundo, a través de un canal internacional, en frase con acento llanero y perfecta dicción que toda Venezuela recuerda:

“Buenas Noches, les habla Willian Lara, Presidente de la Asamblea Nacional...”

Camarada Willian

Las aulas de tu escuela primaria, allá en El Socorro, en tu querido Guárico, recuerdan tus elocuentes silencios de alumno aplicado; el liceo guarda los recuerdos de tus primeras luchas estudiantiles y tus inicios revolucionarios; y años después te recuerdan, Willian, las aulas de la Universidad Central de Venezuela, donde te recibiste de Licenciado en Comunicación Social, y también las de la Universidad Simón Bolívar, allá en el Valle de Sarteneja, donde obtuviste tu Maestría en Ciencias Políticas.

Fundador de sueños

Fuiste, compatriota Willian, el soñador que se unió a otros soñadores para fundar el Movimiento V República. Organizador tenaz y armador de victorias, impulsaste el Polo Patriótico para

el triunfo del pueblo erigido en Poder Constituyente. Y sobre todo, camarada Willian, como bien lo recordó el Comandante Presidente ante tu cuerpo rescatado del río, **fuiste fundador de la República Bolivariana**. Esta república que ya no se resigna a ser el pueblo que “*sufre reza y espera*”, como en la imagen de Gallegos, sino que ama, trabaja y lucha por la construcción de su propio destino y la edificación de la patria socialista.

Willian Gobernador

Tu pueblo natal, el pueblo del Guárico, no imaginaba que el niño que recogía guayabitas sabaneras entre las tonadas del viento llanero, un día regresaría para recoger su apoyo y convertirse en su Gobernador. Volviste por la reivindicación de tu gente, de su tierra, de su esfuerzo. Volviste para superar un pasado de penurias, explotación y, como tú solías decirlo, de *Casas Muertas*. Iniciaste por primera vez en la historia del estado llanero un gobierno popular, revolucionario, bolivariano, con tu Guárico en el corazón. El pueblo guariqueño empezó a soñar entonces con su liberación, Willian, y soñaba en grande cuando el sueño pareció truncarse... Pero la semilla, Gobernador amigo, tuviste tiempo de sembrarla y abonarla y los hombres y mujeres de tu pueblo se encargarán de regarla y sus hijos y los hijos de sus hijos la verán germinar. No sembraste, gran gobernador y líder llanero, en tierra yerma.

Que no se equivoquen, Willian

La lucha sigue porque tú vives; vives en esas mareas entusiastas de mujeres y hombres, de jóvenes y adultos mayores que organizaste -como el gran organizador que siempre fuiste-, que organizaste para la lucha y para la patria buena, para la revolución y el socialismo.

Que no se equivoquen, camarada Willian; que no se equivoquen las oligarquías explotadoras que combatiste en pensamiento y acción. Tu pueblo no le dará tiempo a la canalla de celebrar tu viaje eterno, de bailar sobre tus cenizas heroicas,

como tú no se lo diste, aquel 13 de abril de 2002, cuando en tu condición de presidente de la Asamblea Nacional, juramentaste al Comandante Hugo Chávez como Presidente rescatado y restituido en su cargo por el pueblo revolucionario y su Fuerza Armada Bolivariana.

La República Bolivariana de Venezuela de la que fuiste fundador, como lo expresó tu amigo, compañero de estudios y camarada de luchas, el Comandante Hugo Chávez Frías, te rinde honores hoy, mañana y siempre cuando tu pueblo hace suyos los versos de Andrés Bello: *No hay llorar la muerte de un viajero... Hay que llorar la muerte de un camino...*

Willian, el periodista en lugar de los hechos

Para mi puntual desorden poético, Willian Lara era un exceso de disciplina, algo no muy común en el periodismo. Lo recuerdo por los pasillos de la Escuela de Comunicación Social de la UCV, en su biblioteca, en sus aulas de clase, bajo el reloj, sobre la Tierra de Nadie, con sus libros, sus sueños y banderas. Me tocó tenerlo de estudiante en las cátedras de periodismo interpretativo y en la de opinión. Estaba dotado para sobresalir en ambas disciplinas. En la interpretación periodística, por su formación política y visión contextualizada de la realidad y los acontecimientos. En el periodismo de opinión, por su capacidad para el análisis, la reflexión y la exposición conceptual en el breve espacio que imponen los géneros argumentativos.

Me lo volví a encontrar en la Asamblea Constituyente y como coordinador del Movimiento V República. Era un trabajador insigne. Luego le correspondió presidir la Asamblea Nacional, turbulento período legislativo en el que yo no era diputado. Recuerdo dos hechos con su persona: el 10 de abril de 2002, víspera de la Carmonada, el parlamento le rendiría un homenaje al maestro Alirio Díaz por sus 80 años. Fui escogido como orador de orden. La derecha había

convocado a su marcha para PDVSA Chuao. Había un golpe en marcha, por lo que le sugerí a Willian suspender el acto.

“Precisamente por eso no lo vamos a suspender –me respondió-; los golpista quieren provocar y vender la sensación de que el país se está cayendo”.

El homenaje se llevó a cabo. Presenté al virtuoso guitarrista, como solista y acompañado por la Orquesta Sinfónica Municipal. Se me acercaron las diputadas Iris Varela y Desirée Santos. Me dijeron: *“Esto parece el Titanic”*. La orquesta seguía sonando en medio de la tormenta y una atmósfera cargada de rumores y presagios, pero el barco de la revolución bolivariana no zozobró. Su intrépido y joven capitán, el Comandante Hugo Chávez, lo sacó de la tempestad. Willian Lara me dijo: *“¿Qué le parecer ser periodista y ser protagonista de la noticia?”*

Al día siguiente, 11 de abril, dieron el golpe. Willian, como presidente del parlamento, permanecía en el Palacio Legislativo el 12. Chávez estaba secuestrado. Me llama la profesora Olga Dragnic y me dice:

“Earle, a mí no me va a hacer caso; llama tú a Willian y dile que salga de la Asamblea Nacional, que no se inmole allí”.

No lo llamé, seguro de que tampoco a mí me haría caso. Tiempo después le comenté esta anécdota a Willian y me dijo:

“Un revolucionario no evade su responsabilidad y un periodista no abandona el lugar de los acontecimientos. Si no mal recuerdo, eso me lo enseñaron usted y la profesora Olga Dragnic”.

Lo demás es nuestro Willian Lara escapando de una noticia de sucesos para entrar en la historia. En palabras del Comandante Chávez, como fundador de la Quinta República, de nuestra República Bolivariana de Venezuela.

CHAVEZ Y JOSE VICENTE RANGEL EN OLOR DE TEMPESTAD

Cuando uno andaba por esos caminos de Dios se conseguía con mucha gente que quería hablar con el presidente Hugo Chávez Frías. A lo mejor siempre fue así con respecto a todos los jefes de Estado, sólo que con líder de la revolución bolivariana veían más factible y cercana esa posibilidad. Los aspirantes a una conversación presidencial, más allá de los millones de ciudadanos que querían pedir o solicitar algo, eran personas de todas las clases sociales y nivel de educación, desde el hombre o mujer beneficiario de la misión alfabetizadora, hasta el académico con postgrado y libros publicados. Advertían que no iban a pedir, sino a suministrarle alguna información de vital importancia o a plantearle soluciones para los problemas más urgentes del país. Conscientes de las múltiples ocupaciones del primer mandatario, garantizaban que necesitaban muy poco tiempo; algunos llegaban hasta fijarle duración a la hipotética y anhelada entrevista: sólo diez minutos, cinco nada más, con tres me basta para decirle lo que le tengo que decir.

Hace mucho tiempo una disciplina, profesión u oficio –el periodismo– apareció para satisfacer esa necesidad de comunicación de los ciudadanos con sus gobernantes, entre otros propósitos igualmente importantes. La entrevista fue el género periodístico ideal para alcanzar ese objetivo. Desde la época romántica del periodismo decimonónico, o muchísimo antes, desde la galaxia de Gutenberg hasta la aldea global de Mc Luhan, con cada medio imponiendo sus exigencias, lenguaje y métodos, el entrevistador permitió a la mujer y al hombre de a pie, al ciudadano

común, ver y oír de cerca a quienes detentan el poder; leerlos, mirarlos, preguntarles a través de su intermediario, el periodista; experimentar la sensación de participar en la conversación entre éste y quien lleva las riendas del gobierno. En este sentido, el buen entrevistador se convierte en corresponsal de todos en ese cercano y lejano reino del poder.

En Venezuela, América y el mundo, pocos Presidentes y jefes de Estado han tenido una comunicación más directa, cercana y permanente con su pueblo como la que estableció el comandante Hugo Rafael Chávez Frías. Su programa “*Aló, Presidente*”, transmitido todos los domingos por el Sistema Nacional de Medios Públicos, se convirtió en un verdadero fenómeno comunicacional, objeto de estudio de tesis, investigadores y cursantes de pre y postgrados de universidades del país y el exterior. Sus cadenas de radio y televisión, aplaudidas por unos y criticadas por otros, formaban parte de su “*artillería del pensamiento*” frente a la guerra mediática desatada en su contra desde que asumió el poder en 1999. Posteriormente, la creación de su cuenta en twitter, @chavezcandanga, provocó verdadero furor en las redes sociales, con millones de seguidores que deseaban interactuar directamente con el jefe del Estado.

Sin embargo, el viejo y noble género de la entrevista periodística no ha sido desplazado, mucho menos sepultado, por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Desde que se realizó el primer interrogatorio –si se quiere diálogo– con fines divulgativos, hace unos 3.500 años antes de Cristo, en la primera civilización de la que se tenga noticia –la sumeria–, hasta el programa “*José Vicente hoy*” de este último domingo, pasando por las célebres y celebradas *Entrevistas con la Historia* de Oriana Falacci, el tiempo lo que ha hecho es enriquecer –como el buen vino con los años– a esta forma de comunicación que se inventó el periodismo para que los hombres y mujeres, como nuestros fabuladores antepasados, nos sigamos sentando en torno al fuego –hoy, la TV o la computadora– a escuchar historias y a recibir información de los tiempos idos y de los días por venir.

No importa qué aparatos, adminículos o gadgets inventen la tecnología, el comercio y la industria para comunicarnos más rápido y mejor (o incomunicarnos). La conversación es insustituible, el cara a cara, el persona a persona. Hay en ella algo encantatorio y algo mágico en el lenguaje –en el principio fue el verbo- que nos lleva y motiva a leer, oír y ver entrevistas con el mismo impulso y la misma curiosidad con que nuestro antepasados escuchaban la historia oral, las fabulas de los cuentos o salían a los caminos para oír a los juglares que andaban de pueblo en pueblo cantando y contando las cosas mundanas y sagradas de los hombres y los dioses.

Dice el maestro Humberto Cuenca que el periodismo es una ficción en el tiempo. Lo es en el sentido que nos permite plasmar el pasado, hacerlo presente y vivirlo, como si hubiéramos estado allí. Es lo que sentimos cuando leemos las antiguas crónicas de Indias y nos sumergimos en el espanto y el encanto que sacudió al conquistador en su primer contacto o choque con América. El periodismo entonces nos permite la ficción de vivir el pasado, pero también de conocerlo, hurgarlo y estudiarlo, luego, ya no es ficción, sino historia. La entrevista, la buena entrevista, nos permite ese viaje de la emoción y la razón. Conocer lo que ha dicho y dice un personaje y, al mismo tiempo, sentir que somos parte de su conversación con el periodista. Mañana, el lector, radioescucha o televidente, podrá vivir la ficción de participar en ese diálogo. Y podrá conocer los datos reales de lo que allí se dijo. Estará en un tiempo y un espacio en el que no estuvo. Vivirá lo que ya fue; conocerá lo que pasó. Magia del periodismo, recurso de la entrevista, arte del entrevistador.

20 años de dialogo

Cuando a mis manos llegaron los originales de las entrevistas que José Vicente Rangel le hizo al presidente Hugo Chávez, experimenté ese cruce de sensaciones arriba descritas. Podía formar parte y disfrutar de una conversación excepcional

y, a la vez, conocer en su fuente primaria parte fundamental de la historia contemporánea de las últimas décadas de Venezuela. Es justamente la invitación que hace José Vicente a todas las personas que tengan el privilegio de leer sus conversaciones con el Comandante del 4F de 1992. Usted, lector o lectora, va a formar parte de un diálogo, de una plática, con el hombre que la historia colocó al frente de la Revolución Bolivariana. “Pase adelante”, dicen las hospitalarias amas de casa venezolanas a los visitantes. “Póngase cómodo”, invitan. Y es bueno estarlo porque la conversación de la que usted participará cubre un lapso de 20 años. Por eso el maestro Humberto Cuenca nos dice que el periodismo es una ficción en el tiempo. Porque nos permite, como a usted ahora, protagonizar a través de la lectura una plática de dos décadas. Y hacerlo en una dos o tres horas. O en varios días, si usted lo prefiere. En todo caso, ese diálogo de dos décadas, una vez editado en libro, usted lo ajusta a su disposición temporal. El comandante Hugo Chávez no se va a ir de esas páginas. Su entrevistador tampoco.

Para emplear el léxico televisivo, las 16 entrevistas entre Chávez y José Vicente se realizan en distintas locaciones. Las dos primeras no vieron la luz en su momento. Tuvieron como escenario dos cárceles con muy distintas historias y leyendas en el país: el viejo Cuartel San Carlos, famoso por ser prisión de los presos políticos de los años 60 y décadas siguientes. Y la cárcel de Yare, lugar de reclusión de la delincuencia común. El periodista que es José Vicente Rangel se trasladó hasta esos lugares para conversar con el líder del movimiento cívico militar que rompió (e irrumpió) la madrugada venezolana el 4 de febrero de 1992. Ambas entrevistas fueron censuradas y, todavía, no se había hecho tristemente famosa la frase o imprecación golpista de *¡Va fuera del aire!*

Otras entrevistas se realizaron en la sede del canal que transmite el programa dominical “*José Vicente hoy*” –Televen-; en el Palacio de Miraflores, frente al Cuartel de la Montaña, o en la Academia Militar, cuando se cumplieron 40 años del ingreso del bachiller Chávez Frías Hugo Rafael a la casa de los sueños azules.

Por todas esas locaciones usted se va a desplazar. Contará en su itinerario con dos guías de lujo que le irán contando detalles de cada sitio: el entrevistador, José Vicente Rangel, y el entrevistado, el comandante Hugo Chávez. Esos lugares tienen historias, anécdotas y leyendas y sus anfitriones le irán contando partes y aspectos de las mismas.

Tiene usted la oportunidad de asistir al diálogo de un personaje histórico desde que tenía 38 años hasta que rebasó los 50. El periodista no le dirá los cambios que en su entrevistado se han generado a lo largo de esas dos décadas. Usted los percibirá. Tendrá acceso al joven oficial que encabezó una rebelión antes de cumplir los 40, leerá lo que dice o piensa el teniente coronel prisionero y, también, asistirá a las entrevistas con el ya Presidente de la República Bolivariana de Venezuela. En ese lapso, humanamente largo e históricamente breve, el huracán político y social que se desató el 27 de febrero de 1989 con el alzamiento popular conocido como el Caracazo, no se extinguió. Por el contrario, se quedó marcando profundos cambios en el país como “*el rayo que no cesa*” de Miguel Hernández. Con toda razón y precisa imagen literaria, José Vicente Rangel describe que su entrevistado -Hugo Chávez- siempre está en *olor de tempestad*.

El periodista recurre a esta figura retórica en la entrevista que le hace a Hugo Chávez el 18 de junio de 1995, en la sede de Televen: “*Chávez está otra vez en el ojo del huracán –expresa JVR-, y cada vez que lo he entrevistado está en olor de tempestad*”.

Cada entrevista se realizó frente a una determinada encrucijada histórica, de allí su valor altamente periodístico en su momento y documental a la hora de estudiar e investigar la historia de estos tiempos. Las rebeliones militares de 1992, el juicio al ex presidente Carlos Andrés Pérez, el gobierno de transición de Ramón J. Velásquez, la inesperada un año antes victoria electoral de Rafael Caldera y su chiripero, la crisis bancaria y los auxilios financieros, la salida de la cárcel del entrevistado y sus compañeros del 4F, la campaña electoral de 1998, el triunfo chavista el 6 de

diciembre de ese año, la asunción al poder y la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente, la aprobación de la Constitución Nacional de la República Bolivariana de Venezuela en el referendo popular del 15 de diciembre de 1999, el deslave que asoló al Estado Vargas, el golpe de Estado del 11 de abril de 2002, el sabotaje petrolero de ese mismo año, que se extendió hasta febrero de 2003; el referendo revocatorio contra el Presidente en 2004, el fortalecimiento de la OPEP, las conflictivas relaciones con Estados Unidos, la integración latinoamericana y caribeña, la creación de la ALBA, Petrocaribe y Unasur; la fallida reforma constitucional, la victoria de la enmienda de la Constitución, la reelección del Presidente Chávez en 2006, con más de 7 millones 300 mil votos; la emboscada de la vida con un cáncer en la salud del comandante Chávez y, en fin, tantas cosas, vicisitudes e imponderables en la existencia huracanada de aquel joven que un día salió de su pueblo, en los llanos barineses, e ingresó a la Academia Militar de Venezuela con el sueño de convertirse en beisbolista profesional.

El periodista, el entrevistador

Editadas esas conversaciones, asistiremos a los citados acontecimientos sentados en primera fila. Escucharemos la historia de boca de su protagonista principal. El hombre y la mujer de hoy tendrán el privilegio de leer unos hechos de los que, por añadidura, han sido partícipes, actores y testigos. Lo harán de la mano de quien lleva el hilo conductor de las entrevistas, un periodista de larga trayectoria en la prensa y la televisión, luchador político y social desde muy joven y quien, además, formó parte del gobierno de Hugo Chávez durante varios años. José Vicente Rangel fue Canciller, Ministro de la Defensa y Vicepresidente Ejecutivo de la República. Ha vivido también en el ojo del huracán. Pero, impenitente comunicador, tan pronto salió del poder regresó al periodismo, tanto escrito con su columna semanal en *Ultimas Noticias*, como radioléctrico con su prestigioso programa en Televen, “José Vicente hoy”.

Sobre el presidente Chávez se han realizado excelentes libros de entrevistas, además de reportajes, biografías, tesis de pregrado,

maestría y doctorado. El historiador y hombre de librerías, Rafael Ramón Castellanos, realizó una acuciosa e interesante investigación acerca de la extensa bibliografía que en Venezuela y el mundo se ha escrito sobre el comandante Hugo Rafael Chávez Frías. Ningún jefe de gobierno o presidente vivo supera –ni siquiera se acerca– la cantidad de libros escritos sobre el líder de la Revolución Bolivariana. Sin embargo, las largas conversaciones con José Vicente Rangel se distinguen de las demás obras en que no es una gran entrevista realizada en un momento determinado de la vida del autor., sino en muchos momentos. Podemos leerla como varias entrevistas realizadas a los largo de dos décadas. O también, como un solo diálogo sostenido por estos dos personajes de nuestra historia contemporánea durante los últimos 20 años. Se dice y escribe fácil y rápido.

La primera entrevista lleva fecha 30 de agosto de 1992, siete meses después de la rebelión militar de 4F. La última, realizada en la Academia Militar, “*donde comenzó todo*”, está fechada el 22 de enero de 2012, veinte años después de la insurgencia de aquellos jóvenes oficiales contra la Cuarta República y todo lo que la misma significó. José Vicente Rangel destaca la coherencia en el pensamiento político y en la visión del mundo de su entrevistado a lo largo de esas dos décadas. En la entrevista realizada el 04 de diciembre de 1998, a 48 horas de las elecciones que convertirían a Hugo Chávez en Presidente de la República, el autor reseña un breve diálogo del comandante bolivariano con un periodista. Este le pregunta: “*Y usted, ¿qué va a hacer ahora?*”. La respuesta, como aquel “*Por ahora*” de seis años atrás, fue lacónica: “*Vamos al poder*”.

José Vicente Rangel domina con destreza el arte de la entrevista. Y empleo a conciencia plena la palabra *arte*. El género ha alcanzado ese estadio gracias a cultivadores de excepción que lo han enaltecido en la prensa, radio y televisión. El buen entrevistador no sólo sabe preguntar con pertinencia, precisión y conocimiento –de su entrevistado y del tema que tratan–, sino que también sabe escuchar. Sabe cuándo interrumpir, casi por oído, como los buenos músicos. Es por eso que frente al televisor, cuando vemos su programa, nos sentimos partícipes de la conversación. Amenidad en el

diálogo, profundidad y sencillez en las preguntas (eficaz fórmula martiana), respeto al entrevistado y al televidente, acotaciones precisas y pertinentes. El entrevistador no hace preguntas con respuestas inducidas, no se dispara un mitin en cada interrogante, ni pretende robarse el show.

Desde mi condición de lector, me apuesto en la puerta de una obra adonde se le invita a usted a participar en un diálogo de 20 años, esto es, en las 16 conversaciones sostenidas entre José Vicente Rangel y Hugo Chávez Frías, desde aquellos tensos días de la rebelión militar de 1992, hasta los tiempos presidenciales de un no menos intenso 2012, con todos los acontecimientos ocurridos en ese largo itinerario de dos décadas. Las entrevistas están recogidas en un volumen titulado, por sugerencia del mismo Comandante Chávez, *De Yare a Miraflores: el mismo subversivo*. Obra excepcional por su contenido y valor histórico, meterse en sus páginas es recorrer y estudiar el agitado acontecer de la Venezuela de los últimos dos decenios (1992-2012), con su principal protagonista como anfitrión; un protagonista a quien su entrevistador lo percibe siempre –y seguramente, también la Historia- *en olor de tempestad*.

LA HISTORIA NECESARIA SEGÚN ISAÍAS RODRÍGUEZ

A partir del 6 de diciembre de 1998, pareciera que todo se hubiera acelerado. Ese día, el comandante Hugo Rafael Chávez Frías resultó electo Presidente de la República, para euforia de sus seguidores y estupor de sus adversarios. El modelo político instaurado en el país desde 1958 saltaba en pedazos. Las élites políticas, mediáticas, religiosas y empresariales que usufructuaron del llamado puntofijismo durante 40 años, no se lo podían creer, a pesar de que el punto de quiebre del sistema se había dado nueve años atrás, el 27 de febrero de 1989, con el estallido popular lacónicamente bautizado como “El Caracazo”. La complejidad de la situación quedaba resumida en la simplicidad del refranero popular: “El que va a morir no ve el hoyo”.

Los amos no sólo del valle sino de todo el país, salieron de su estado catatónico tres años después, sacudidos por el paquete de leyes habilitantes aprobado por la Asamblea Nacional. Incluyendo el revés que acusaron el 6 de diciembre de 1998, venían de cinco derrotas electorales consecutivas. Se opusieron al referendo para convocar a la Asamblea Nacional Constituyente y perdieron; fueron arrasados en las elecciones de los constituyentes; no pudieron impedir que el pueblo con sus votos aprobara la nueva Constitución Nacional de la República Bolivariana de Venezuela, y, en las elecciones para relegitimar todos los poderes públicos, incluyendo la Presidencia de la República, de nuevo morderían el polvo ante la voluntad popular.

A partir de diciembre de 2001, cambian la agenda, o le agregan a la pública, una agenda oculta. El país entra en la etapa de las conspiraciones y Estados Unidos comienza a jugar fuerte en contra del proceso bolivariano. Los grandes medios de comunicación dejan el medio y se colocan en un extremo, asumiendo el rol de los partidos políticos. Desahuciados por los votos del pueblo, optan por la que creían la vía rápida para salir del presidente Chávez. A saber: paro patronal en diciembre de 2001; golpe militar en abril de 2002; paro y sabotaje petrolero en diciembre 2002 – febrero 2003. No logran su objetivo y ensayan acciones terroristas, guarimba e infiltración de paramilitares, con el único resultado de enajenarse el apoyo de las propias masas opositoras.

Todo esto ha ocurrido en forma vertiginosa, sin paz ni descanso, tregua ni cuartel. De la parte de guerra psicológica y propagandística se encargaron los grandes medios de comunicación privados. El bombardeo a las conciencias ha sido incesante. Se ha recurrido a la información dirigida, la desinformación, manipulación, distorsión, tergiversación y propaganda abierta. Los acontecimientos se construían mediáticamente y la mentira se revestía de “veracidad”. Siquiatras y sicólogos comenzaron a hablar de dos patologías colectivas e individuales: infofrenia y disociación sicótica. No lograron derrocar a Chávez, pero sí enajenar y fanatizar a buena parte de la sociedad venezolana, con lamentables consecuencias de rupturas de lazos afectivos, amistosos y familiares. Dejaron herida el alma del país.

Tantas cosas han pasado en tan poco tiempo. Sobre la marcha, cada quien ha querido contar su historia. Los estudiosos del futuro ya no confiarán en los medios como fuentes documentales de estos días. Se hicieron parte del conflicto y habrá que verlos y leerlos al revés, con lupa y entre líneas. Con un sector poderoso intentando detener y revertir los nuevos tiempos y un pueblo en busca valerosa de su propio destino, Venezuela entró al siglo XXI con el ímpetu de un proceso revolucionario por la vía pacífica y democrática y, por esto mismo, plagado de acosos, agresiones y

conspiraciones para abortarlo.

El huracán según Isaías

En medio de este torbellino, al lado de tantos otros, un hombre: Isaías Rodríguez, actor y testigo de excepción de estos tiempos turbulentos. Le ha tocado ocupar posiciones que lo colocaron y colocan en el ojo del huracán. Fue vicepresidente de la Asamblea Nacional Constituyente, vicepresidente ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela y, cuando escribo estas líneas, es Fiscal General de la Nación. Si Dios somete a sus hijos a prueba, el proceso revolucionario bolivariano ha sometido a Isaías a todas las pruebas. Ese personaje sereno que vemos de cuando en cuando por televisión, de voz baja, hablar pausado y preciso, aparentemente inmutable ante el insulto y la agresión, ha vivido estos años no sólo bajo y sobre el volcán, sino con el volcán adentro, in pectore.

Suya es la frase: *“La exigencia de cambio está siendo apurada por un futuro que llega demasiado pronto”*. Por eso decía al principio que se viven tiempos acelerados, a fondo. Los mensajes de los medios se vuelven pasado en cuestión de horas, a veces de minutos. Las noticias no mueren al día siguiente, en el “periódico de ayer”, sino al atardecer, o al anochecer, si salen en los vespertinos. Ante una historia que parece escaparse, Isaías Rodríguez decidió escribirla. Su condición de poeta, de escritor, se vio acicateada o punzada por razones muy personales, muy hondas, y por motivos políticos y sociales que reclamaban a quien desde muy joven se comprometió con las luchas de su pueblo. Necesitaba escribir y le reclamaban escribir.

Así se va construyendo y armando un libro que no me atrevo a clasificar en ningún género. Tiene de ensayo, de novela realista, de diario personal, de crónica, de reportaje, de autobiografía, de testimonio, de poesía y es historia. El autor, al final, intenta darnos una pista para salir de la confusión entre géneros posibles: *“Hoy, que estoy terminando estos apuntes –escribe Isaías Rodríguez-, esta historia necesaria de estos días. Hoy, que estoy concluyendo este*

pequeño viaje por mi vida, necesito invocarte”.

En la frase anterior está la clave del libro que tenemos en nuestras manos: es la historia necesaria de la Venezuela de estos tiempos y es, también y a la vez, la historia personal de su autor, lo que él llama “*este pequeño viaje por mi vida*”. Es “*un viaje al amanecer*”, para decirlo con don Mario Briceño Iragorry, porque Isaías Rodríguez nos remonta a sus orígenes, a su infancia y a los tiempos de sus padres y abuelos; pero también es un viaje hacia la noche, hacia los días oscuros, los momentos duros, de soledades e insomnios, cuando el fanatismo y la disociación le hicieron conocer la agresión y el insulto, y vio cómo se quebraban nexos familiares y de amistad, cual una “victoria” cuyo trofeo de odio los medios y las élites desplazadas del poder reclamaban para sí. Con toda razón.

Los secretos del verbo

Isaías Rodríguez se propuso un proyecto intelectual lleno de riesgos: escribir los recientes acontecimientos históricos del país y, en forma paralela y simultánea, su historia personal. Digo se propuso como el lector que tiene un texto ante sus ojos. Pudiera ser también que la escritura se fue dando de esa manera sin que el autor lo hubiese preconcebido. El arte de escribir tiene zonas que resultan insospechadas hasta para los mismos autores, que salen o aparecen como si las palabras cobraran autonomía. En todo caso, lo admirable es que las dos historias, la personal y la del país, fluyen como dos ríos que no se estorban, antes bien, se complementan. El escritor que es Isaías logra un equilibrio para contar una historia hacia fuera y otra hacia adentro, que se cruzan, yuxtaponen e interconectan. Para decirlo con Ortega y Gasset, es el hombre y su circunstancia contados por el hombre. Pero esta historia trasciende la expresión ortegueana porque no se trata de la circunstancia de un hombre, sino de todo un país, de todo un pueblo.

Escribir de los abuelos paternos y maternos es remontarnos a

los tiempos de Crespo y Cipriano Castro y echar un vistazo a los albores del siglo XX y a la larga dictadura de Juan Vicente Gómez. Es también hacer la crónica de la Venezuela pre-petrolera y de aquella gente que Rómulo Gallegos inmortalizó en Doña Bárbara. Escribir de los padres y de los estudios primarios es asomarnos a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y, en plena adolescencia, de la incorporación desde entonces a la lucha política. ¿Cómo lo hace?

Isaías Rodríguez tuvo una larga militancia política. Esta es una escuela que enseña y marca para toda la vida. Es abogado y le tocó ejercer en tiempo de mafias judiciales y del lado de los débiles jurídicos, los obreros. Es profesor universitario y aquí se aprende a lidiar, conocer y comprender a los jóvenes y es una profesión de estudio permanente. Y es poeta y, por tanto, dueño de una sensibilidad especial y de un don que le permite entenderse, pelearse, angustiarse y amarse con las palabras, con la Palabra. Luego, está dotado con lo necesario para desplazarse en dos historias en forma armónica en un ir y venir del país a su vida y viceversa, sin ruidos en el estilo y el lenguaje. En este libro las historias confluyen, como dos ríos por el mismo cauce. No son los senderos que se bifurcan en el jardín imaginario de Jorge Luis Borges.

Aquí, desde la pluma como ya lo dije de un actor y testigo de excepción, está la historia de los acontecimientos del proceso bolivariano, con todos sus altibajos. El autor contextualiza los hechos y, en este sentido, se detiene en el punto de quiebre del modelo político conocido como puntofijismo, esto es, en el estallido popular del 27 de febrero de 1989, reprimido y sofocado en forma cruenta, con sus miles de muertos y desaparecidos. El análisis enfoca el proceso de transición, la caída de Carlos Andrés Pérez, el gobierno de Caldera con su inmensa crisis financiera y el triunfo electoral de Hugo Chávez Frías. Repasa el proceso constituyente y luego entramos a los días en que se soltaron todos los demonios de la conspiración.

Poesía y compromiso

Quien escribe esta historia y su propia historia, siempre estuvo y sigue estando en el centro de los acontecimientos, como vicepresidente de la Asamblea Nacional Constituyente de 1999, vicepresidente de República y Fiscal General. En este último cargo le ha tocado enfrentar los momentos más duros de la vida republicana reciente: el golpe de abril y el sabotaje petrolero. Fue precisamente Isaías Rodríguez, quien logró atraer a los medios con la estratagema de su supuesta renuncia y denunciar ante el mundo el golpe de Estado y la verdad de que el presidente Chávez no había renunciado. Así logró romper el silencio informativo en cadena que al país impusieron los medios.

No voy a contar aquí la historia que nos cuenta Isaías. Leerla de su propia pluma es algo que Venezuela estaba esperando. El golpe de abril, el sabotaje petrolero, la violencia desatada, el odio como bandera de un sector, las especulaciones sobre su affaire con monseñor Baltasar Porras, la situación del ministerio público. Y paralelo al acontecer nacional, su papel y su vida en ese contexto: las agresiones gratuitas, los amigos que se apartan, los traumas familiares, las mudanzas obligadas, la soledad, el insomnio, la paciencia, el coraje, los sueños, la revolución, los alfabetos mágicos del pueblos, el amor más allá de la ausencia y la invocación a la compañera de toda la vida para seguir soñando con un país mejor.

Me había preguntado líneas arriba ¿cómo lo hace? Isaías Rodríguez, de acuerdo con el tema que aborde, le da paso a alguno de sus oficios o profesiones. Y cuando lo cree necesario, abre las puertas a su condición de poeta. El profesor universitario reconstruye los hechos históricos, los ubica en su contexto, con sus antecedentes y consecuencias. Al hablar de la justicia, el ministerio público y los derechos humanos, lo hace con la experticia del abogado. Las pasiones humanas, los egoísmos, las zancadillas, las traiciones y las ambiciones de poder las conoce y las ha vivido el político desde la juventud. Pero no crean, la cosa tampoco es así, tan mecánica. A lo largo de toda la escritura de este libro está el

escritor, el poeta, incluso, cuando toca los temas más ásperos y esto les insufla fluidez y amenidad expositiva, sin que las imágenes y recursos estéticos interfieran la argumentación y al análisis.

En el viaje hacia sí mismo, prevalece el poeta. El desandar caminos a través de la memoria, retornar a la infancia y a la adolescencia, recordar a los padres y a los abuelos, siempre lo cubre un halo de nostalgia. En los momentos de la amistad rota por el fanatismo político, de las mudanzas obligadas por la intolerancia vecinal, del amigo y subalterno fiscal asesinado en un acto terrorista, de la soledad y el insomnio, en esos momentos, la frágil e inasible poesía es balsa de naufragio, fortaleza, compañía, milagro y salvación. La poesía que alcanza su más alto grado de lirismo y hondura en el capítulo final, dedicado a Priscila López, compañera, camarada, amiga y amor de esta vida y de la otra. Lo titula "*Falta Priscila López*" y la invoca y la palabra, el verbo, se la trae. Y en la militancia común, o mejor dicho, en la comunión que anula toda ausencia, el revolucionario vuelve al camino y retoma su compromiso y, para decirlo con sus palabras, se reafirma en su credo "*allí, donde todo se vuelve pueblo y la revolución salta para construir las nuevas maneras de vivir*". Y de soñar.

Es este, de Isaías Rodríguez, uno de los libros sobre este proceso revolucionario que vive el pueblo venezolano, más hondos, auténticos y reveladores que leído. Es el viaje hacia sí mismo de un protagonista de primera línea y es, sin lugar a duda, la historia necesaria de estos días.

AMANECER DE BALA CON GUSTAVO PEREIRA

Nuestro querido Gustavo ahora puede, con Antonio Machado, volver la vista atrás y ver la senda que nunca ha de volver a pisar. No importa, allí está el camino de un intenso transitar, hecho en una vida que no quiso ni quiere ser modelo de nada ni de nadie. Por eso me cuido –Dios me libre- de calificarla de “una vida ejemplar”. Nada de eso. Una vida sencilla en la concepción martiana, esto es, profunda y sincera como la mano franca del amigo y la rosa blanca del amor.

Ese camino de Gustavo está hecho de su andar en la poesía, la política, la lucha social, la curiosidad, la investigación de nuestra historia profunda, la amistad y la familia, como decir, sus sendas y amores. El poeta es hombre de mar, desde que abrió sus ojos en Punta de Piedra, allá en su isla, o mucho antes, hasta que se aventuró por la mesa de Guanipa y conoció el decir de las estrellas en el cielo de los *k'ariñas*, para volver a su contrapunto nocturnal y marino con el azul, frente a las costas de Anzoátegui, por donde vio pasar una tarde la figura martirizada y gallarda de Alberto Lovera.

La otra tarde no sé de qué año me entré, así de refilón, que Gustavo Pereira fue merecedor del Premio Internacional de Poesía “Víctor Valera Mora”. Con el poeta, ganamos todos sus amigos. La copa América se quedará pequeña para celebrar, ahora que el vino tinto es un sentimiento que cubre toda la geografía patria. No será la primera vez que la poesía y el deporte se mezclen, en un cáliz o en un libro. Ha sido así desde el gimnasio griego, donde se

cultivaba el cuerpo y el espíritu, y desde la epopeya homérica y los pies ligeros del pálido Aquiles. De aquellos tiempos viene la poesía épica; de aquellas edades las primeras olimpiadas. Que los dioses sirvan entonces un vino tinto a Gustavo Pereira.

El galardón es un reconocimiento al quehacer poético y así pone a la par el crear de los poetas con el de los narradores, hace rato reconocido con el prestigioso premio de novela “Rómulo Gallegos”. El epónimo de la distinción es también de los nuestros: el Chino Víctor Valera Mora, el viejo lobo de las banderas y letras rojas, de la nocturnidad luminosa, del coloquio en los callejones, de la ranchera en su ley, del amor huracanado, del amanecer de bala.

Para apelar a la imagen de un amigo común que se llamó Orlando Araujo y era poeta, he sido compañero de viaje de Gustavo Pereira en algunos tramos de su camino vital. Antes, me incluyó en una antología de su autoría de “*Jóvenes poetas de Anzoátegui, Sucre y Nueva Esparta*”. Años después compartiríamos sueños y luchas en la Asamblea Nacional Constituyente de 1999. Tuve el privilegio de tener en mis manos el borrador que redactó de lo que sería el *Preámbulo* de nuestra Constitución Bolivariana. Nunca se dijo tanto, en forma tan poética y brillante, en tan pocas líneas.

En la poesía de Gustavo nos ilumina la belleza del decir con la reflexión honda y auténtica. La estética no lo sustrae del compromiso existencial, militante como es de la vida en todas sus expresiones. Extrañamos todavía la profunda sencillez –otra vez Martí- de sus añejos artículos periodísticos. Admiramos al investigador y al ensayista, el que se sumergió en las *Historias del Paraíso* y emergió con los papeles reveladores de nuestro *Costado indio*. El poeta de “*Oficio de partir*”, de “*Los cuatro horizontes del cielo*” y de todos los *somaris*.

Sus letras vienen de lejos, de las edades tempranas. Era un adolescente cuando tuvo la temeridad de publicar su poemario *El rumor de la luz*. Aquel libro iniciático mereció la atención de un

escritor mayor, Adriano González León, nuestro célebre novelista de País portátil. Y lo hizo en esa catedral de las letras venezolanas que es la Revista Nacional de Cultura. Muchos años después, como diría García Márquez, aquel joven Gustavo Pereira llegaría a ser director de la prestigiosa Revista. La opinión de Adriano González León sobre sus versos de adolescencia, en palabras de José Balza, resultaría profética

Desde El Rumor de la luz las letras no se apagaron jamás y el rumor nunca languideció, ni siquiera en los más difíciles momentos de la década violenta, cuando andaba trotando mundos con Argenis Daza Guevara y Víctor Salazar y lo acusaban de ser enlace del entonces comandante guerrillero Alfredo Maneiro, su amigo entrañable, por lo demás. Si profesión de abogado egresado de la Universidad Central de Venezuela pudo servirle para subvencionar su letras, pero como dice Balza con un dejo de ironía, sus clientes eran tan pobres como su defensor: eran obreros despedidos o presos políticos a quienes, más bien, el abogado Pereira tenía que ayudar en no pocas oportunidades.

Por el oriente del país mucha gente te habla con cariño y admiración del profesor Gustavo Pereira. En efecto, fue catedrático de la Universidad de Oriente, casa de estudios que hizo su casa y donde fundó el Instituto de Investigaciones Humanísticas. Y es que Gustavo es incansable e intranquilo, muy lejos del bardo contemplativo que nos vende el estereotipo y cierta leyenda romántica o cursis, vaya usted a saber. Ejercía simultáneamente su profesión de abogado, dictaba clases en la universidad, se hundía en las investigaciones históricas y lingüísticas, hacía (hace) el mercado con Maureen o solo, militaba en la causa revolucionaria y escribía poesía. Esto, que es lo primero, lo puse de último. Y todo, escrito en pasado por razones de estilo, póngalo en presente.

Entre su magnífica obra poética, destaca su creación de los *Somaris*, una forma de decir, una forma de escribir, de pensar y cantar. Va de anécdota: por los días de la Asamblea Nacional Constituyente de 1999, comía con Gustavo en un restaurant

ubicado en la Cuadra de Bolívar, frente a la Plaza El Venezolano, por donde alguna vez estuvo el viejo mercado de San Jacinto. Llegó un dirigente político, se acercó y le comentó: “*Saludos poeta, he leído todo los poemas que le ha dedicado a esa mujer llamada Somaris, debió usted quererla mucho*”. No reímos porque Gustavo no lo hizo, sino que dio las gracias a su “imaginativo” lector. De esta creación del poeta, en el prólogo que escribe para la antología que le dedica a su obra la Biblioteca Ayacucho, escribe el narrador y ensayista José Balza:

Somaris, “versificación concisa y cortante, dulce y temible, sabia e ingenua”.

Otro gran escritor venezolano, filósofo y poeta, Ludovico Silva, también dio su visión sobre los somaris de Gustavo Pereira:

Con cierto ingenio etimológico podríamos asociarla con la raíz griega soma, que significa “cuerpo”

Tiene un sonido y una apariencia persa (a semejanza de los rubaí es de Omar Khayyan) Son fulgurantes diamantes verbales.

Gustavo Pereira viene de la poesía y el ensayo, del verbo y de la prosa, o mejor, no viene, va, transita la palabra, que es su vida y apuesta, su voluntario destino. El suyo es un viaje ético y estético. Si alguien lo ubicara en la literatura comprometida que incendió toda la pradera creativa durante la década de los 60 -la década violenta- del siglo XX latinoamericano, habrá que precisar dialécticamente esa ubicación: Pereira es un comprometido de y con la literatura. Compromiso con la historia y la palabra, pueblo y verbo. Más acá de la poesía y también, poesía mediante, hurgó en los orígenes y raíces de nuestra identidad, en nuestro Costado indio, para decirlo con uno de sus títulos. Y en el otro costado también, o en ambos, en sus tres tomos de *Historias del Paraíso*.

Un poema suyo llegó a mi mesa cuando escribía el libro *La espada sobre el fuego*, un texto donde me dedico a leer y entender a varios de los poetas que le escribieron al Libertador Simón Bolívar.

El poema de Gustavo, titulado *El Desterrado*, es un monólogo del héroe, fechado en *Aguas del Magdalena, mayo de 1830*. La figura e historia del Padre de la Patria tocó la sensibilidad poética y la curiosidad intelectual de Gustavo desde siempre. En un foro que realizamos en Barcelona, al escucharlo disertar sobre la vida del prócer, una señora le preguntó si él era historiador. Gustavo respondió: “*No lo soy, pero se siento obligado a conocer la historia de mi país y la de nuestro Libertador en particular*”. Es autor del libro *El joven Bolívar, del ensayo* breve sobre el *Juramento en el Monte Sacro*, así como de la antología *Simón Bolívar, escritos anticolonialistas. Es un bolivariano en pensamiento, palabras y obras*. Pero ya estamos demasiado académicos.

Hoy vuelvo a cruzar la madrugada con Víctor Valera Mora, El Chino, y amanecemos de bala, como decir felices, con Gustavo Pereira.

LUIS BRITTO PROHIBIDO

El grito en el cielo habría puesto la “intelectualidad” opositora si Chávez tan siquiera insinuara al gobierno colombiano la prohibición de algún autor del vecino país. Esto ciertamente ha ocurrido, pero al revés. El canciller neogranadino ha expresado su disgusto por algunos textos escritos en Venezuela. El autor que desde Bogotá se desea ver silenciado es Luis Britto García, dos veces premio Casa de Las Américas y Premio Nacional de Literatura.

Ante la censura que se quiere imponer desde el otro lado del Arauca al autor de *Rajatabla y Abrapalabra*, los celosos intelectuales de la derecha y de la ex-izquierda se han hundido en “un vasto silencio de leones”. La doble moral de la libertad de expresión y pensamiento ha aflorado como esas plantas que apestan para atraer moscas que las polinicen. Ni por disimulo han abierto la boca para darle algún matiz de sinceridad a sus publicitados, falsos y frecuentes discursos por el inalienable derecho de los creadores a escribir y expresar sus opiniones.

No pocos de esos pensadores del antichavismo ejercieron de censores durante la cuarta república. No pocos de los censurados de entonces, hoy están a su lado, en una aberrante convivencia entre perseguidos y perseguidores, algo de ninguna manera nuevo en la historia universal de la infamia. El odio, la impotencia y la envidia hacia Hugo Chávez conforman la saliva de loro que une al que escribió el poema, pintó el cuadro o dirigió la película y al que prohibió la obra y enjuició al poeta, pintor o cineasta. Al artista, pues.

La llamada democracia representativa, bajo los “principios” del Pacto de Punto Fijo, cerró periódicos y encarceló periodistas desde el gobierno de Rómulo Betancourt hasta la segunda administración de Rafael Caldera, cuando incluso un astrólogo, filósofo y profesor de la UCV fue encerrado en la Disip. Desde *La Pava Macha*, bajo la dirección de Kotepa Delgado, hasta la revista *Reventón*, supieron de prohibición y cárceles. Pedro Duno, director de *Punto Negro* y Miguel Capriles, propietario de la cadena que lleva su nombre, vieron confiscados sus medios y tuvieron que salir al exilio para zafarse de la prisión.

El crítico de arte y periodista José Ratto Ciarlo, entonces director del *Suplemento Cultural de Últimas Noticias*, fue enjuiciado por ilustrar un cuento de Argenis Rodríguez con unos dibujos que la censura puntofijista consideró pornográficos. (El pornógrafo autor de los dibujos se llamó en vida Pablo Picasso). Por un cuento titulado “*El inquieto anacobero*”, la justicia de la cuarta república sentó en los tribunales a ese gran novelista venezolano que fue Salvador Garmendia. La película “*El último tango en París*” fue prohibida porque la moral puntofijista consideró que el pueblo venezolano no estaba preparado para ver las imágenes de un desatado Marlon Brando y su chica. Luego de ganar el Premio Municipal de Cine por la cinta “*El Caso Mamera*”, los censores de la cuarta desconocieron la decisión del jurado, prohibieron el largometraje y acusaron al cineasta y poeta Luis Correa de “instigación a delinquir”.

Es apenas un botón de una muestra demasiado larga y vergonzosa para la cultura venezolana. Que un alto funcionario de Colombia pida la censura para un escritor venezolano de la talla de Luís Britto García y que la derecha y oposición intelectual guarde penoso silencio, es perfectamente comprensible en este contexto y no resulta ninguna sorpresa. Por el contrario, los perseguidos y perseguidores de ayer, maridados luego por el antichavismo visceral, siempre encuentran su “Portero de Noche”. Esta vez, en la figura de un censor y canceller.

El destino, con sus jugarretas, le deparó a Luís Britto García el papel de abogado defensor de Venezuela en materia de libertad

de expresión en instancias internacionales, particularmente ante la Organización de Estados Americanos y su inefable Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). De esas defensas han salido artículos, ensayos y libros porque Luís Britto tiene la mala costumbre de escribirlo todo, para bien de los estudiosos y estudiantes del tema de que se trate. Sobre censura y dictadura mediática –la llamada mediocracia- tiene la obra titulada, precisamente, *Dictadura Mediática en Venezuela; Investigación de unos medios por encima de toda sospecha*, entre otros ensayos sobre un tema que ha copado buena parte de su preocupación intelectual. Censurarlo, prohibirlo, es la respuesta de los que son blanco de sus pesquisas y seguimiento casi implacable, de este o de aquel lado de la frontera. Tanto más si recordamos su libro, escrito en llave con el filósofo y comunicador Miguel Ángel Pérez Pirela, bajo el confeso título de *La invasión paramilitar (Operación Daktari)*, conspiración magnicida que vino de Colombia contra el presidente Hugo Chávez Frías. La gota que rebasó el vaso de la prohibición neogranadina fue su libro *La paz en Colombia*, editado en 2010.

Solicitar desde el alto gobierno del vecino país la prohibición de un libro de Luis Britto García debió resultar un escándalo entre la intelectualidad venezolana. No ocurrió asó. Ya el *apartheid* político contra la revolución bolivariana y todo aquel que la apoyase, había llegado al mundo literario y artístico, donde los fanatismo son peores que en otros ámbitos. Una reconocida locutora había propuesto que cuando pasara el chavismo, el Teatro Teresa Carreño fuese lavado y desinfectado con cloro. Un sociólogo adicto a los materos y a otros objetos contundentes escribió que a los intelectuales bolivarianos había que exterminarlos con insecticida. No son hipérboles, lo perifonearon y escribieron. En ese orden de cosas, la prohibición contra Luis Britto García es coherente. Poco faltó que al silencio frente a la medida lo sucediera el aplauso.

Luis Britto García siguió su camino de lucha y creación, sin parar en los ladridos a su caravana. Más de 60 libros son las huellas de su andar, casi todos premiados dentro o fuera del país. Novelista,

cuentista, ensayista, dramaturgo, dibujante, columnista, humorista y dibujante, sin incluir otros oficios como el de submarinista, conferencista, abogado y profesor universitario, perfilan su figura cada vez más parecida a la de Don Quijote, aunque nunca triste. Después de escribir *La paz en Colombia*, en momentos cruentos en el país hermano, Luís Britto quedó en paz con el pueblo colombiano. Al prohibirlo, más visionaria que nuestra intelectualidad de ateneo y medios, la oligarquía colombiana le reconocía todos sus méritos.

UNA FLOR PARA LEONARDO FAVIO

Andaba mi generación en una de Mayo Francés y Renovación Académica, cuando Leonardo Favio disipaba el humo de las lacrimógenas y el estallido de las molotov en las noches largas de la Tierra de Nadie. Allí, en la Ciudad Universitaria, donde un camarada de Ingeniería cayó la otra tarde y una muchacha de Antropología clavó una bandera roja. Desde un Masseratti 3.0 litros, un tipo arrebatado lo cuestionaba todo a seiscientos kilómetros por hora y Víctor Valera Mora, el Chino, tomaba nota en una libretica ñángara, donde una mañana escribió: *Amanecí de bala*.

De bala amanecíamos todos, a veces literariamente, y otras, literalmente, frente al cuerpo inerte del compañero herido. Pero había tiempo para las serenatas, para verla pasar y cortar una flor. Podíamos estar, allá en la nohecita, con Alí Primera y Gloria Martín bajo los cielos de Calder y, ya en la madrugada, tararear por las calles “*ella ya me olvidó*”, con un Leonardo Favio solidario y cómplice. Porque detrás del poeta del amor y el verano, había un militante que fraguaba sus sueños.

Porque Leonardo no era sólo balada y serenata. Escribía, componía y cantaba. También actuaba. Pero sobre todo, hacía cine. Ese cine latinoamericano que los latinoamericanos desconocemos, exiliados como estuvimos (¿estamos?) de nosotros mismos. Hacia el destierro salió cuando la dictadura militar –ay, de los hablan de dictadura en Venezuela- puso su bota en la Argentina que palpita en los mitos de Gardel y Evita, pero también del Che.

La industria cultural que se lucraba con los disco del cantante, le cerró las puertas al cineasta, uno de los mejores de su país y de la América mestiza que, en el decir de Darío, aun cree en Jesucristo y aun habla en español. Pero esa esencia profunda de Leonardo Favio no descendió con su muerte al sepulcro. Por el contrario, brotó como las lilas de Eliot de la tierra muerta, no importa ahora si abril es el mes más cruel o si lo es este noviembre que nos quiso arrebatar –y no pudo- la poesía de Leonardo Favio.

Militante del peronismo, los milicos fachos lo ficharon como uno más de los montoneros. Salió al exilio, cuando el Cono Sur de nuestra América estaba sembrado de espadas. Los circuitos empresariales de cine que monopolizan todas las salas de todos nuestros países vetaron sus películas. Hoy, al leer la nota biográfica que acompaña la noticia de su muerte, muchos exclaman: “no le conocía esa faceta de cineasta”. No, no era una faceta, era su esencia de artista y comunicador, como lo fue en su canto y en su poesía.

Cuando Leonardo Favio cortó una flor, llovía. Y bajo un aguacero, un día jueves, tuvo el recuerdo de su muerte César Vallejo. Y llovía este noviembre, cuando nos llegó la noticia de esta otra estación del cantautor argentino. Justo por estos días, en los que la presidenta Cristina Fernández enfrenta de nuevo la arremetida de la derecha fascista, la misma que dejó una estela de 30 mil desaparecidos. Pero las lilas, como la primavera que cantó Leonardo Favio para Cristina, brotan siempre de la tierra muerta, que es la tierra viva que los poetas abonan.

KOTEPA ANDA POR AHÍ

Quiero escribir una crónica alegre para Kotepa Delgado y estoy triste. Pero no puedo pergeñar unas cuartillas tristes para quien durante 91 años militó en la alegría. Y desde la tercera década de este siglo hasta la última que ya dobló la esquina, inscribió su nombre y sus sobrenombres (llámenlos seudónimos) en lo más alto del periodismo moderno venezolano, tanto en el humorístico como en el llamado serio, que con demasiada frecuencia resulta tan cómico.

Cuando faltaban 72 horas para el arranque oficial de la campaña electoral de 1998, Francisco José Delgado, el gran Kotepa, dijo a sus amigos y relacionados: “Si ustedes quieren se quedan, pero yo me voy”. Ya había escuchado bastante sin que la cosa se oficializara: uno de los candidatos comparados con Sócrates, otra prometiéndole traer la copa mundial de fútbol para Venezuela en el 2002; el CNE “pagando” 300 millones de bolívares por “equivocación” y desapareciendo más de 7 millardos en publicidad, el lingüista Donald Ramírez dándole altura al debate al acusar a sus rivales de “tener culillo”, un aspirante arribando en tractor al cuerpo electoral y los partidos pidiendo que les aumenten la cuota de 15 millardos que ya les arrimaron.

Kotepa se fue por allí, a cualquiera esquina, a cualquier lugar, para poner distancia frente a la chatura y el mal gusto. Pero no se fue. Los hombres con su prosa, su verso y su humor jamás de marchan de ninguna parte. Su nombre está en todos los periódicos que fundó y en todas las columnas que escribió, hasta hace pocas

semanas. Y su vida, que es una vida de lucha y luces, en la historia contemporánea de Venezuela. Al cerrar los ojos a los 91 años Kotepa seguía soñando con la patria buena y todavía no alcanzaba lo que soñaba aquel joven que por 1928 desafió a la dictadura. Y lo hacía cuando tantos jóvenes y no tan jóvenes de hoy han arriado sueños y banderas.

Kotepa para los seudodemócratas, era un mal ejemplo, y para los tráfugas, esos que racionalizan su plato de lentejas con la palabrita “modernización”, para estos, era una afrenta. El no pretendía ser lo uno ni lo otro, sino un luchador consecuente con sus ideales, como lo fue hasta el segundo final de su casi un siglo de existencia. El sugerente nombre de su columna “*Escribe que algo queda*”, que cito con orgullo en mi libro sobre el periodismo de opinión, siempre me pareció bellamente irónico para quien con su escritura nos dejó tanto y mucho.

Conocí a Kotepa una noche en la casa de Aníbal y María Lucía Nazon y para mí ese fue un día privilegiado. En mis clases de Periodismo Humorístico, en la UCV, siempre Kotepa estuvo presente. Y era inevitable porque desde “*Fantoches*” (con Leoncio Martínez) su nombre está ligado a casi todas las publicaciones que llenan la historia del periodismo de humor en Venezuela. Y eso era lo que yo quería, que mis alumnos aprendieran a ver el mundo por su noble Periscopio. Con amor, con humor, con inteligencia y con grandeza.

Puede Kotepa –y de seguro así fue- hacer suya letra a letra la frase del escritor antinazista Julius Fucik: “*Hemos vivido para la alegría; por la alegría hemos ido al combate y por la alegría morimos. Que la tristeza no sea unida nunca a nuestro nombre*”.

PS: No hay “PS”. Kotepa Delgado observa y no nos quiere tristes.

El Nacional, 11-08-1998

MAGISTERIO VIVO FEDERICO ÁLVAREZ

Abundante agua teórica -y por ello, nada bendita- ha corrido bajo los puentes del periodismo desde que, en 1978, apareciera la primera edición de *La información contemporánea*, de Federico Álvarez. Dos décadas son más que suficiente para hacer obsoletas muchas teorías y propuestas, sobre todo en un universo tan cambiante como el de la comunicación. La obsolescencia, sin embargo, anda más veloz en el campo de la tecnología que en el de las doctrinas, concepciones y formas periodísticas. Las recientes plataformas se desechan sólo para hacer más rápidas y fuertes las viejas ideas y procedimientos.

Las críticas y señalamientos que Federico Álvarez hacía al periodismo de finales del siglo XX, hoy tienen una vigencia que abruma. Los medios, incluso los de pueblos más apartados, han computarizado sus salas y espacios y los exhiben con un orgullo tecnológico no pocas veces ingenuo, de muchacho con juguete nuevo. Empero, las innovaciones, en la mayoría de los casos, no alcanzan a los contenidos. La sociedad de hoy es deslumbrada por el envoltorio y la rapidez con que este le llega, hasta que abre el paquete. Pocos son los que se percatan del contrabando. Ya se ha dicho: *el medio es el mensaje*. Y para algunos, *el masaje*.

Las vertiginosas renovaciones del medio, excepto en la velocidad y la forma, no afectan el fondo del mensaje. Al confundirse este con aquel, sin embargo, el contenido se reviste de una apariencia novedosa. Esto hace más difícil detectar los dogmas, las técnicas y perversiones que ya se señalaban y criticaban en *La información contemporánea*. Pero siguen allí como momias

egipcias encapsuladas en naves espaciales del siglo XXI. En coyunturas políticas excepcionales, todo el ropaje postmoderno salta en pedazos y aflora sin necesidad de mayor indagación académica y teórica. El proceso histórico que se vive en Venezuela desde 1998 es pródigo en ejemplos al respecto.

Cuando en la Asamblea Nacional Constituyente de 1999 se discutían los artículos constitucionales sobre materia de libertad de expresión, información veraz y derecho de réplica, con emoción y orgullo de viejo ex alumno de Federico Álvarez, pude ver y oír cómo varios asambleístas citaban el libro del maestro para respaldar sus exposiciones. También recurrí, en mis turnos, no sólo a las páginas del texto, sino al recuerdo de sus clases y su magisterio, vivo y vigente. La realidad mediática venezolana, sobre todo en lo que se refiere a la mitificada objetividad y a la información dirigida, parecían decirle: “*usted tiene razón, maestro*”.

Luego de escribir su libro, Federico Álvarez habría preferido que la realidad no le siguiera dando la razón. Justamente, además de los motivos académicos, profesionales y pedagógicos, se escribe en función de transformar la realidad y de que las cosas cambien. *La información contemporánea*, por estas razones, es un libro difícil de clasificar. Ya lo apuntaba Orlando Araujo en el prólogo a la primera edición. El estilo de su escritura es periodístico, ameno y literario, lejano de las formas manualescas. Sin embargo, no tardó en convertirse en obligado libro de texto; para algunos, en un manual de periodismo interpretativo. Al mismo tiempo, el propósito pedagógico no impedía el tono y hasta la intención del debate y la polémica. Araujo lo denominó entonces ensayo, género abierto que tiende un puente entre la poesía y la filosofía, en la concepción de Mariano Picón Salas, entre el arte y la ciencia, entre la reflexión libre y la exposición sistemática.

Qué bueno y qué suerte cuando nuestros libros nos sobreviven. Ello nos hace vivos y vigentes más allá de toda ausencia. La situación política venezolana a partir de 1998 ha producido una confrontación en la que los medios de comunicación social

decidieron asumir el papel de los partidos de oposición. En política siempre han estado metidos y, durante la época bipartidista, algunas veces con desavenencias y desencuentros con el Gobierno, pero por lo general, en estrecha relación de intereses con este. Los medios, al erigirse en partidos opositores o al ocupar el lugar de estos, han hecho de la información, la opinión, la propaganda y la información dirigida una y la misma cosa. Los acontecimientos se construyen mediáticamente, para decirlo con Eliseo Verón. Los clásicos atributos y factores de la noticia no están en los hechos y sus circunstancias, sino en la política editorial signada por un oposicionismo exacerbado. Los grandes perdedores de esta confrontación han sido el periodismo, su credibilidad y el público.

Si le buscamos a esta situación algún aspecto positivo, lo encontramos en el debate que sobre el papel de los medios, antes, durante y después del golpe de Estado del 11 de abril de 2002, se ha extendido por todo el país y más allá de nuestras fronteras. Nunca como ahora se ha discutido tanto acerca de una materia reducida antes a los espacios profesionales, gremiales y académicos. El ciudadano común se ha descubierto objeto y sujeto de la comunicación. Critica, selecciona y cuestiona lo que recibe de los medios. El mito de la objetividad, que ayer Federico Álvarez cuestionó y la academia criticó, hoy es puesto en duda por la calle. El fetichismo mediático se resquebrajó. Ya no es tan cierto ni algo tan pasivamente aceptado casi con carácter de axioma, aquello de que “*si la prensa lo dice, es porque es verdad*”.

En este amplio debate, el libro *La información contemporánea es referencia permanente*. Allí está el único estudio sistemático realizado en el país sobre información dirigida, con sus técnicas, fuentes y mecanismos. Y la pregunta de estudiantes y jóvenes profesionales: ¿qué hacer?, encuentra respuesta en todas las páginas que dedica el profesor Álvarez al periodismo interpretativo. Fundador de la cátedra del mismo nombre en la Escuela de Comunicación Social de la UCV, su vieja Escuela de Periodismo, esta concepción periodística cobra más urgencia en un mundo en el que lo socialmente significativo se banaliza,

mientras lo superficial y frívolo se magnifica con un envoltorio de trascendencia.

La información contemporánea generó polémicas en los días de su aparición. En tiempos de arduos debates ideológicos, escuché a un viejo periodista y profesor de Derecho decir que el periodismo interpretativo era un invento de los comunistas. Desde la Cuba de Fidel, un catedrático escribió que se trataba de una treta imperialista. Con serena sonrisa el profesor Álvarez recibía estos dardos de lado y lado. Su libro era el producto de años de reflexión, de su largo ejercicio en la docencia y de la relación y discusión académica y profesional con sus alumnos en el salón de clase y con sus colegas en los foros y conferencias que el gremio organizaba. Eran tiempos de apasionados y fecundos debates.

De allí la originalidad –y yo diría, el atractivo- de un libro en el que se enseña y dicta cátedra y, al mismo tiempo, no se elude la polémica. El docente está en cada página, pero también el combativo periodista y columnista reconocido por amigos y adversarios políticos como una de las más profundas e incisivas plumas del siglo XX. Cuando Federico Álvarez escribió *La información contemporánea*, todavía el llamado “escepticismo postmoderno” no le servía de excusa y cobijo a algunos espíritus para barnizar sus posiciones con una pretendida neutralidad, ni tampoco se había decretado, así como así, el “*fin de la historia y de las ideologías*”. Le tocó escribir en días de confrontaciones y no evadió el compromiso con su tiempo. El tono “crítico y hasta peleador” de su libro lo advirtió desde las primeras líneas.

Por el año 1976, el profesor Federico Álvarez me citó una mañana a su oficina. Había asumido él la Dirección de la Escuela de Comunicación Social de la UCV y los compromisos que le cayeron encima le impedían dictar los cursos de Periodismo Interpretativo, de Opinión y el seminario de Información Económica. Me dijo tranquilamente: “*He pensado, don Earle, que usted puede ayudarme y dictar este semestre Periodismo Interpretativo*”. ¿Ayudarlo yo a usted? Me pareció un chiste en quien la apariencia nada tenía

que ver con un fino y cultivado sentido del humor. Su serenidad contrastaba con el pánico que me embargó. Con todo, atiné a decir: “Bueno, sí”-

Cumplí veintiséis años al frente de la cátedra que mi profesor Federico Álvarez me asignó, de la que me entregó relevo un día para mí indeleble. La misma emoción de aquella mañana de 1976 en su oficina, la volví a experimentar cuando Olga Dragnic, su compañera de por vida, me llamó para pedirme escribir el prólogo de una nueva edición de *La información contemporánea*. Era un tremendo compromiso y un alto honor pergeñar estas líneas sobre una obra cuyas páginas, en el medio periodístico venezolano y en las aulas de las Escuelas de Comunicación Social del país y Latinoamérica, siguen abiertas. Compromiso que se me multiplicaba en reto al recordar que la primera edición fue prologada por ese humanista excepcional que fue Orlando Araujo, genio y figura, verbo y gracia.

Agradezco a Olga Dragnic, allá en el cielo de Gutenberg o en el infirmo de Mc Luhan, la oportunidad que me dio de volver a escribir y pronunciar una palabra; esa sola palabra que resume mis sentimientos hacia la figura y memoria de Federico Álvarez: ¡Maestro!

Federico Álvarez, maestro

Quizás una oración, tal vez una elegía, quisiéramos escribir en la hora de una ausencia. Pero los géneros profundos se hacen esquivos cuando la persona de nuestros afectos se marcha, como quería Antonio Machado, “*ligero de equipaje*”. El profesor Federico Alvarez no fue hombre de parafernalias y aspavientos en vida; mucho menos lo sería en la hora de la muerte. Ayer, antier, un día de éstos, partió de viaje como se van los sabios, como quien sabe que se queda un poco y mucho en cada uno de los que fueron sus discípulos, varias generaciones de periodistas.

Cuán fácil me sería acudir al arsenal de los lugares comunes de ocasiones como ésta –“el vacío que deja”, “pérdida irreparable”- pero no voy a reprobar este examen final con el maestro que tanto fustigó, en la cátedra y en las redacciones, el lugarcomunismo y la peste de las frases hechas. Ya me lo imagino deteniéndome: “Por favor, Earle”. Y me detengo. Ni oración ni elegía. Una crónica sencilla para el maestro que me enseñó los secretos de un género difícil y sencillo. Con él aprendí a conocer –y quise habitar- la transparencia.

Por supuesto que he recibido un golpe vallejeano. Federico Álvarez tiene mucho que ver con los últimos 23 años de mi vida, como decir la mitad del vital camino transitado. Durante dos años fue mi profesor en las cátedras de Periodismo Interpretativo y de Opinión. También lo fue de Asalia, mi esposa. A ambos nos abrió las puertas de la docencia universitaria, cuando asumió la dirección de la Escuela de Comunicación Social de la UCV. En verdad, yo era un joven reportero de la sección económica de *El Universal* que no me veía frente a un salón de clases. Él me dijo: “*hace varios años, yo tampoco me veía*”. Era el año 1976.

Puso en mis manos el tremendo compromiso de dictar la asignatura que él dictaba: Periodismo Interpretativo, cuyos estudios inaugurara en Venezuela. Esa demostración de confianza no se olvida nunca. Pero hay otras huellas de su saber y docencia que me marcan: fue el tutor de mi tesis de grado, la cual defendí ante los doctores Arturo Cardozo y José Herrera Oropeza. Aprobada ésta, a la semana el profesor Federico Álvarez me dio esta noticia: “*Lleve tu tesis a la División de Publicaciones de la Facultad y dentro de seis meses estará editada*”. Gracias a su generosidad y a sus diligencias salió a la luz mi primer libro.

El tutor que me guió en la tesis, el maestro que me entregó el relevo de su cátedra, me convertía ahora en autor de obra publicada. ¿Cómo creen que me puedo sentir en esta hora de su ausencia? Lo quise como profesor y lo admiré como periodista. Su huella indeleble está en mis libros y en mis letras; en mis crónicas

y mi humor. Porque Federico Álvarez Olivares –FAO–, amén del docente riguroso y exigente, era un prosista diestro en el manejo de la más fina ironía y del humor en su más elevado sentido.

Voy a quedarme aquí porque estoy a punto de torcer hacia la zona acuosa de los lugares comunes. Y Federico Álvarez, mi maestro, no me lo perdonaría. Prefiero saquear a otro amigo y profesor de la misma Escuela de Comunicación Social, Héctor Mujica, para decir con Héctor que Federico Álvarez, a quienes fuimos sus discípulos, nos enseñó el sol. Y nos aseguró, en el decir de Héctor que yo asumo, *“que lo mejor del mundo era saquear a la historia y robarse el cielo, todos los cielos del mundo”*.

Nos veremos todos los días en sus letras y su saber, Maestro.

El Nacional, 04-03-1997 Pág. A-5

ARGENIS EN ANTROLUZ

No sé dónde queda el lugar llamado Antroluz. Tampoco si es una cueva de luz, una caverna luminosa, algún remoto planeta o un mundo perdido. De lo que sí estoy seguro es de que el poeta Argenis Daza Guevara estuvo allí y lo conoció. Lamentablemente, no hubo tiempo para que nos hablara del lugar. De ese extraño viaje, él siguió de largo al mundo del silencio, donde las palabras existen sin necesidad de signos, ni orales ni escritos, ni fonéticos ni gráficos. Simplemente, son.

Yo me asomé a Antroluz pero, en ese momento, no lo supe. Fue la mañana del 27 de abril de 1994; la fecha precisa, lo único. Llegué al Hospital Universitario de Caracas y subí al piso donde, inconsciente, tenían al poeta en observación para someterlo a una riesgosa operación debido a un accidente cerebral, intervención que no llegaría a realizarse. Pude asomarme a su habitación y divisé dos camas. En una el poeta; en la otra, una paciente a la que apenas miré. La atmósfera de hospitales siempre es borrosa, extraña.

A la salida me estremecí cuando Eslaly, la Turca, la consecuente compañera de Argenis, me dijo que la otra persona, también en estado de gravedad, era la poetisa Ida Gramcko. Me parecía ficción, sueño, juego, mentira, todo aquello. Dos poetas, hombre y mujer que habitaban la palabra, ambos inconscientes, coincidían sin que ninguno supiera del otro en un cuarto del hospital. Un encuentro fortuito pero crudamente real que trascendía la consabida y tantas veces imitada fórmula surrealista.

Argenis murió en la madrugada. La poetisa no lo sobreviviría muchos días. Ignoro el grado de amistad entre ellos, pero en vida se conocieron y en mutuas lecturas se frecuentaron. Por algún tiempo la imagen de aquellas dos camas y de los dos poetas me acosó ¿Volvió brevemente en sí alguno de ellos y pudo mirar al otro? ¿Presintieron alguna compañía en ese momento límite? ¿Cuál era la jugarreta del destino con ese extraño encuentro y en esas condiciones? ¿O era otra jugada poética de Argenis, quien, con su vida misma, escribió poemas que sus libros no recogen?

Pasado varios meses, entre viejos recortes de periódicos, me encontré con una entrevista que le había hecho a Ida Gramcko (El Nacional, Papel Literario, 10-07-88). La autora de *Salmos y Sol y soledades*, entre otras obras, me reveló que había incursionado en un campo poco explorado por nuestra literatura: la ciencia-ficción. Su libro inédito llevaba el sugerente título Antroluz. No conocí su texto e ignoro si llegó a ser publicado. Esperar por un editor forma parte de la vida de nuestros escritores, de sus esperas.

La relectura de aquella vieja entrevista, titulada *Ida Gramcko entre los planetas*, me ayudó a borrar la imagen recurrente del penúltimo día del poeta y uno de los últimos de la poetisa, ambos en el umbral de la nada. O de todo, qué sé yo. La literatura me daba la respuesta que en vano busqué en la conciencia y la razón. Mi amigo Argenis e Ida Gramcko, sencillamente, visitaron y coincidieron en Antroluz, un lugar que no sé si es un remoto planeta, una cueva de luz o un mundo perdido. El que yo no lo sepa no niega su real y auténtica existencia. Una mañana de abril de 1994 pude asomarme a él.

Corriendo con Argenis Daza

Un doble error (material) es ser poeta y profesor universitario. Argenis Daza Guevara -no incurrió- los escogió a ambos. De volver a nacer haría lo mismo, se volvería a equivocar a conciencia.

En hombres como él, más que una profesión, la docencia es una vocación. Fue maestro de primaria, para lo cual en este país se necesita alma de apóstol, redentor y mártir. Los maestros son los últimos soñadores de una sociedad que ya no sueña y los últimos héroes de una patria tomada por villanos. Y Argenis fue maestro. Decidió también, cuando lo tocó la revelación del verbo, que su destino sería literario. En cuerpo y alma penetró en ese territorio del desamparo que es la poesía. La sociedad materialista de truhanes se lo cobraría ahora y siempre y hasta en la hora de su muerte. Así fue.

En otro espacio yo escribí mi dolor. Quiero ahora dejar en palabras el testimonio de mi rabia y mi impotencia. Desde que Argenis cayó en cama, derribado de sus pequeños pies por un derrame cerebral, empezamos a correr para superar precariedades y humillaciones. Ya para internarlo en una clínica, sus jóvenes hijos, ambos estudiantes, tuvieron que “inventar” 200 mil bolívares. No sé cómo, ni importa, pero lo hicieron. Su inseparable amiga Eslaly, sal de sus días y linterna de sus noches, tuvo que estrujar su dolor y multiplicarse. La madre de los muchachos, sufriendo la angustia de sus hijos y la propia. Y la burocracia golpeando.

la cobertura del seguro de los profesores universitarios. ¿Qué hacíamos ahora con Argenis? Cada día de hospitalización aumentaba el dolor espiritual y el drama material. Uno contaba los minutos para su recuperación y arrebatárselo a la muerte, pero la clínica llevaba otra contabilidad. Y lo sabíamos. Se logró pasarlo al Hospital Clínico Universitario. Atrás dejábamos una deuda pero de eso nos encargaríamos después.

¿Teníamos sus amigos que hacer unos bonos de 500 bolívares para andar vendiéndolos de mano en mano por mi amigo Argenis? Por ser él profesor universitario, con veinte años de docencia al servicio de la universidad y al país, no debería. Pero la realidad decía otra cosa. Un profesor universitario no tiene donde caerse muerto. Antes, tiene prohibido enfermarse. El o sus familiares. Un seguro de un millón doscientos mil bolívares, una clínica se lo

devora al traspasar su puerta. ¿Y los amigos de trago? Bueno, son sólo eso: amigos de tragos y esa amistad dura el tiempo que tarda uno en vaciar la copa ¿Y los bufetes donde trabajó el doctor Daza Guevara como uno de los más brillantes abogados penalistas de este país? Supongo que estaban en el foro, persiguiendo el caletre de artículos muertos. Me paré en medio del campus universitario, miré hacia todos lados y me dije: nadie, nadie, nadie.

El problema era darle un buen carajazo a la muerte y retener al poeta entre nosotros. Yo hice los bonos en compañía de la profesora Mireya Sosa, quien con Asalia Venegas, conteniendo corazón y lágrimas, los fueron colocando por allí, qué sé yo. Mi amigo Simón Rodríguez me hizo un diseño y por poco me muero cuando, en la Oficina de Información de la misma UCV, me dijeron que para autorizar la reproducción debía buscar dos resmas de papel. Salí disparado de allí, bajo una lluvia caprichosa y todo emparamado, me detuve bajo un árbol a borrar rabias. Llegué a la Asociación de Profesores y allí, otra vez Maryann Hanson y Marlene Salazar, tan diligentes y solidarias ellas, hicieron el resto. Una resma de papel, maldita sea.

¿Y todo para qué, para qué? El jueves 28 de este abril que me revienta el alma, a cinco días de mi cumpleaños, a las seis de la mañana me llama Ernesto, el hijo de Argenis, para decirme con llanto: “*papá murió*”. Me senté a mirar el teléfono a ver si decía otra cosa. Me sentía derrotado. ¿En qué fallamos? ¿En qué momento Argenis nos necesitó y no estuvimos allí?

Créanme, no quisiera hablar de esto, pero ahora había que enterrar al poeta. Fui a la APUCV y me enteré de que no se había inscrito en el seguro funerario. Quise reclamárselo, armarle un lío, pero me dije: ¿Puede un poeta auténtico, un ser de otras preocupaciones, resultar alguien tan planificado como para comprar urnas y prever incluso las erogaciones de su muerte? Por supuesto que no, hablé con mi amigo Alexis Navarro, presidente de la Asociación de Profesores, y solidario como siempre me dijo que resolvería el problema. Sólo tenía que tener la aprobación de la

directiva. Tuve temor. Algunos burócratas de esa directiva le sacan estatutos hasta al dolor. Temí que apelaran a los mismos frente al colega muerto y, para reforzar mi solicitud de que asumieran los gastos funerarios, me fui a la escuela, redacté una carta y recogí la firma de los profesores para respaldar la petición. La aprobaron. Ya los hijos de Argenis habían sacado sus ahorros para comprar el terreno en el cementerio.

En este corri-corri entre el dolor y la impotencia -se debía la clínica, los gastos de terapia intensiva en el Hospital Clínico y ahora la funeraria- me sugirieron que acudiera al Fondo de Jubilaciones. No llegué hasta allá. Sus directivos solamente creen en ellos mismos. Algunos son vitalicios. Otros no quieren salir de allí, cuando la rotación en dicho organismo debería ser estatutaria y obligatoria, para bien del instituto y de las mismas personas que llegan a su directiva. Pero no, se atornillan y el Consejo Universitario no les afloja las tuercas. Allí se manejan más de dos mil millones de bolívares. Y pensar que con una miseria de esa cantidad, se le resuelve el problema a un profesor enfermo y se le alivia la angustia a sus familiares.

Al poeta Argenis Daza Guevara lo quería mucha gente. Es la cara buena de la moneda. Allí estaban todos en la funeraria. Sus colegas, sus amigos, sus viejos compañeros de lucha y poesía. Llegó el Presidente de la República con su caravana y sus acompañantes. Vino gente de lejos. Allí estaba la presencia compungida y solidaria de sus alumnos, con toda la pureza de una juventud que despedía a su maestro, a un hombre bueno, a un amigo cabal, a un intelectual brillante y a un fino poeta que labró en palabras su soledad y su sensibilidad. Después lo metieron en una camioneta y se lo llevaron. Yo no fui al cementerio, no quise ir. Me vine a mi casa y me quedé vagando en mi vacío y mi confusión. Mi amigo Argenis Daza Guevara también andaba por allí, como flotando.

El Globo, 07-05-1994

EL SILENCIO DE PEDRO LUIS

“*Es tanto el silencio que lo toco*” escribió el poeta Pedro Luis Hernández y “*sin temer al dolor de verse caer sobre sí mismo*”, se acaba de marchar de la Vía Láctea, a los 39 años porque para los hombres que “respiramos con el corazón”, el mundo pesa un poco más. Nos unían coincidencias calendarias y vitales: la edad terrena, la poesía, el desprecio a las burocracias y los horarios, la sensibilidad humana hasta los tuétanos y alguna canción de medianoche para que tanta soledad no fuera tanta. La muerte era un juego de dados y una dama haciendo señas entre las brumas.

“*Peregrinamos solos –recordabas-, y oímos los lejanos tonos, las ideas frescas, siempre nuevas, pero no vemos nada, igual a la iglesia que se deshace en la neblina y las campanas suenan como el único aliento de que existe*”, Pero a veces, caro amigo, ni siquiera las campanas ni su eco. Son esas noches terribles, sin principio ni fin, que pueden sobrevenir a cualquier hora en cualquier parte. Y entonces no nos queda más que encogernos en nuestra ingrititud, en la soledad ética de que nos hablara Orlando Araujo desde su solidaria soledad.

Tres libros publicados y mil y un poemas inéditos quedan por allí. La crítica nada dijo porque nuestra crítica tiene demasiada prisa: el cocktail es a las 7 p.m. y lleva 10 minutos de retraso. ¡Qué catástrofe! Pero es bueno; la palabra auténtica es ajena a los relojes y los grandes poetas, por lo general, pertenecen a generaciones que no son la suya. 1988 es igual para un poeta, que el año 2050. El almanaque es un invento piadoso de los hombres que nada tiene

que ver con el tiempo. Con el Gran tiempo. Un invento de los hombres sin siempre ni jamás.

Teresa Coraspe, poetisa y directora de un suplemento cultural en Ciudad Bolívar, me contó que un desconocido lanzaba piedras al jardín de su caza y huía. En cada piedra iba atado un poema. Extrañada, con sus amigos y amigas decidió darle caza al anónimo oferente de poesía disparada con guijarros. Le cerraron la calle y, al verse cercado, con una bella carcajada se entregó. Llevaba un viejo cuaderno y un poemario titulado *Alector y Betilde*. Allí descubrieron el nombre del autor: Pedro Luis Hernández. Eran los tiempos en que se había internado en las selvas guayanesas, en un pueblito lejano, más allá de La Paragua, a fungir de maestro de todos los grados y a repartir su exiguo sueldo entre las madres de sus alumnos. Para cobrar viajaba hasta Ciudad Bolívar y aprovechaba, de regreso, para lanzarle sus poemas a otra poeta a la que no conocía: Teresa. Y Teresa, en el suplemento que dirigía, publicaba los poemas del desconocido.

Antonio Vale (y vate), amigo común, me releva de presentarlo, entre la rokola de Quebrada de Cuevas y el mostrador aparatoso de Manuel Materán, en la Valera de otros tiempos:

¿Quiénes sino nosotros para tejer amores atormentados o para oponerle al horario de los burócratas los mejores tiempos del ocio y la subversión? Poesía, política, amores y crónicas, cine y música elaborada o popular, Cantinflas o Rimbaud, todo eso y mucho más en un contexto donde había desprendimiento romántico, a finales de los 60, en los 70 y los 80, cuando además había que asaltar el cielo con un tesón a prueba de cabriolas y lamirada transparente de un poeta llamado Pedro Luis. Ahora lo comprendo todo: era demasiado sensible a la palabra. Se alimentaba de ella y fue por eso que no pudo seguir con nosotros, porque sufrió el mismo vértigo de uno de sus personajes más caros.

“Respiramos por el corazón”, me escribiste en un momento arduo de mi vida y me invitabas, en aquellos agrios días de hospital

que tan temprano oscurecían, a “seguir mojando bobinas de papel con la tinta sagrada del espíritu”. Porque era el único camino para “reconquistar la fuerza interior, el impulso vital, elan sublime de la creación”.

Y esto si me abate religiosamente porque cuando a ti te fallaron ese impulso vital y esa fuerza interior, yo no sé dónde me hallaba. Pero es pasajero. Recordé el poema de *El árbol de Milodas* que me hirió con hojas de seda una tarde de diciembre que se nos hizo madrugada: “*¡Te conozco pan tierno / porque alabé tu trigo!*”. Bien sé que cuando decididamente escogemos un camino –aun el camino irreversible a la eternidad de las estrellas- es muy poco lo que los amigos pueden hacer. No hay reproche. Ni siquiera vamos a pelearnos con Dios, pues el mismo Dios ve con respeto las apuestas de los únicos seres, muertos o vivos, que osan emularlo: los poetas.

Más, mentiría si niego el dolor de vacío que me golpea. Al fin, uno no es más que uno y uno que otro amigo. Y así, nos vamos fracturando en cada adiós hasta no saber si es uno el que se va o el que se queda, ni tampoco de qué lado de cada adiós vamos quedando.

También para mí, amigo mío, hoy es tanto el silencio que lo toco.

El Nacional, 22-06-1988

PEDRO NOS MIRA A TODA HORA

Y nunca es suficiente. A veces uno está escribiendo y Pedro Chacín se asoma entre las líneas y sugiere palabras. Caminamos por las calles, lo vemos acercarse y luego se escabulle entre la gente, así como así. Vas por la autopista y lo sientes arrellanado a tu lado, sonreído, pidiéndote que le aprietes la chola a esa pocilga, hombre de velocidad ¿y belicosidad?, para todas las cosas, hijo del viento de Orituco. Si estás alegre, viene y ríe contigo. Si te sofoca la tristeza, se aparece y te frota el corazón y te dice “Vamos, vamos, la vida nos espera”.

Con Pedro, para poder abarcarlo, son inevitables los poetas. El Vallejo de los “*golpes tan duros en la vida, yo no sé*”. El Neruda de los veinte poemas de amor y una canción desesperada, aunque en Pedro fueron mucho más de veinte los poemas de amor o los amores poéticos y no hubo desesperación en la canción. El Martí inmenso en la rosa blanca y la mano franca del amigo. El Machado que siempre andaba -y así era Pedro- ligero de equipaje. El Valera Mora, el Chino, que intrigado se preguntaba cómo camina una mujer que recién ha hecho el amor. Joda de Pedro que por algo escribió su *Manual de levante*. Y en fin, pero no por fin, el Miguel Hernández que nos hace ver en Pedro “*el rayo que no cesa*”. Pedro, incesante rayo en el amor, la solidaridad, la entrega y la amistad.

A mí me piden un prólogo para el libro de Pedro y me joden. Me joden y me honran. Soy hombre de palabras y me quedo sin palabras, Las letras, vitales en mi oxígeno y en mis poros, me

esquivan y me burlan. Me siento indefenso y uso la táctica del corazón: dejo que las cosas salgan por sí mismas, que las palabras hagan su propio río y las letras se acomoden como quieran. Acaso siempre ha sido así, quizás el lenguaje ha sido el que siempre nos ha conducido y no al revés. Si en el principio fue el verbo, ya uno jamás podrá arrancar primero.

Yo no creo que Pedro se sentara a escribir racionalmente, con un esquema calculado, un principio y un fin preconcebidos, un método en el bolsillo y una meta a la vista. Se me antoja que se emborrachaba de palabras e ideas y luego, con arrojo y placer, las iba respirando, respirando. Transpirando.

Por eso sus escritos son tan frescos y espontáneos y tienen ese aroma de las flores silvestres y la gracia suelta de los animales del campo. Quien pretenda analizarlos con la preceptiva de la crítica, puede parar en loco, sometido con camisa de fuerza o atado a un poste. Los textos de Pedro se incomodan en las bibliotecas e incomodan a sus pares. Nunca antes alguien se pareció tanto a sus palabras. Vida y letras, voz y existencia, fueron en Pedro la misma cosa. Los teóricos llaman a eso autenticidad. Pero igual sería de cierto si los teóricos no lo hubieran dicho, que nadie los está llamando, diría Pedro irreverente, incorregible.

A Manuel, a Roberto y a mí, nos sorprendió una tarde lanzándose a recitar "*La leyenda del horcón*" en pleno bulevar de Sabana Grande. Esa vaina no cuadraba. Luego se arrancó con una sarta de refranes que decían de culebras y bejucos. Cerró su puesta en escena declamando con soltura las coplas que por los caminos abiertos van dejando los arrieros. Era el llano que se le estaba saliendo en un lugar contraindicado, entonces el más cosmopolita de Caracas. Era el juvenil regreso, paterrolo, a su Altigracia de Orituco. Y para ello escogió un bulevar.

Hombre de humor permanente, alguna noche vi en sus ojos destellar la tristeza. Entonces, como él lo hizo conmigo alguna madrugada, le masajeaba el corazón. La vaina no es así, la vida nos

espera, vamos, vamos. Cierta vez me confesó que andaba en un barranco -¿y quién está exento de ello si está vivo, en una vida llena de agujeros?-, y me dijo que para hacer más llevadero el hueco vital, allá abajo había sembrado unas florecitas y las regaba cada día. Bueno, le dije, así es como se hace.

Yo veo a Pedro con su caminar de jinete recién bajado del caballo. Tutor de su tesis de grado, lo veo llegar a mi cubículo y entregarme un manajo de papeles en uno de los más descomunales desórdenes que jamás había visto. Lo veo peleándose en voz alta con una computadora en la dirección de *Feriado*. Lo veo acostado sobre varios bultos de periódicos *Letras* -su amorosa aventura en complicidad con Manuel Guzmán-, posando para la foto aniversario. Lo veo triste, raras veces. Lo veo alegre, siempre. Lo veo raudal al volante de un viejo Dodge Dart. Lo veo temerario, recogiendo heridos aquel febrero del golpe de Estado.

Lo veo sacando presos de los cuerpos de seguridad, siempre solidario. Lo veo alguna noche asumiendo el rol de ángel de mi guarda. Lo veo enamorado. Lo veo desenamorado. Lo veo en la tierra. Lo veo en el cielo. Y lo veo siempre. Pedro amigo.

Ya no puedo escribir más. Váyanse las palabras al carajo. Yo me voy con Pedro por allí. Es lo mejor que puedo hacer. Y mis ojos que no se metan en esto.

Tantas veces Pedro

El martes nos volvimos a reunir en la pequeña sala del periódico, a pocas horas de tu ausencia, los pasos de tus zapatos mojados sonando todavía en nuestros oídos ¿A dónde ibas? Menos puntuales que la muerte artera, estábamos allí para continuar lo que fue tu sueño y tu aventura vital: *Letras*, ese hermoso lugar de irreverencias y risas donde las lápidas se resquebrajan y los epitafios no tienen cabida. Nos acompañamos de un coraje que no nos asistía porque en algún momento íbamos a sentir tu no

presencia ¡Falso! Allí estuviese como siempre, interrumpiendo a cada rato, igual que en la reunión del último martes, protestando que la pauta estaba muy seria.

¡Ah! ¿Pensaban dejarme afuera a mí? No, amigo, pase y siéntese en el piso, como siempre lo hace, la espalda contra la pared y la risa a flor de labios, Pedro quería hacer el trabajo sobre el Mayo Francés, dice Roberto; Pedro proponía entrevistar a los candidatos, observa Manuel. Pedro recogería el anecdotario del movimiento estudiantil, digo yo. Tantas veces Pedro esa noche, como diría Bryce Echenique, un loco de talento al que le robo el título para honrar al luminoso loco que nos alumbró la vida, a pesar del dolor. Tantas veces Pedro Chacín.

Pedro se quitaba la camisa para arropar al amigo y protegerlo del frío. Sonreído se frotaba el torso desnudo con las manos para darse calor él. Y si no era amigo el desabrigado, también se quitaba la camisa. Pedro vivía en eso, quitándose su camisa para arropar a los demás. Si el amor humano tiene nombre, se llama Pedro. La solidaridad era la hostia de su religión sin dogmas: su sacramento y su eucaristía. En el altar de mi corazón habita Pedro.

Porque cuando tropezaba alguien de sus afectos, su mano se tendía en la noche íngreme. Con rabia apartaba los índices de acusadores mediocres y se daba a gritar virtudes que a lo mejor el otro no tenía. En largos días de hospitales de otro amigo se convertía en enfermero: aquí están las pastillas, te traje otros pijamas ¿ha bajado la fiebre? Y al despuntar el día, donde no cantan gallos ni ruiseñores, la primera llamada traía su preocupada voz ¿cómo pasaste la noche?, ya salgo para allá, te llevo los periódicos, ánimo campeón, que pronto estaremos inventando proyectos y construyendo sueños. No se me achicopale.

Los pequeños seres, esos cuya jerarquía vital concluyen abruptamente en un cargo burocrático, juran que cuando un hombre de talento muere, ellos ascenderán. Su propia medianía les impide entender que un mediocre es mediocre porque es

mediocre. Nadie les hace sombra. Son su propia sombra. Ajeno a la pequeñez, por eso Roberto Malaver, con mucho amor y tino, lo llamó Pedro el Grande. Un amor sembrado por Pedro en todos los que tuvimos el tesoro de su amistad.

Estaba concluyendo, junto con su hermana Mercedes, su tesis de graduación. Yo era el tutor. Soy su tutor porque donde él detuvo su escritura, Mecha la continuó. La muerte nunca ha podido detener a los espíritus creativamente tercos. Y Pedro lo era de sobra, y la trascendió. Entre sus borradores y notas, la tristeza me embarga, pero él me reclama: “Dijimos que esto lo vamos a terminar ¿no? No se me pare, pues”.

Es el duro momento cuando a mí, que hice de la palabra y el verbo una habitación, me abandonan el verbo y la palabra en pleno desamparo. Entonces debo acudir a la voz de otro amigo ausente, Orlando Araujo, para gritar desde el dolor y la rabia que la muerte de Pedro Chacín fue un innoble *carajazo de la vida, una inconsecuencia de Dios*. Y que Dios, si no perdona mi adolorida irreverencia, que al menos me la entienda y quedamos los tres en sana paz, viejo amigo.

ÍNDICE

BOLÍVAR CLÁSICO Y CAUCÁSICO	7
SIMÓN RODRÍGUEZ: AL MAESTRO CON HUMOR.....	10
ANTONIO JOSÉ DE SUCRE ATRAVIESA LOS SIGLOS	16
LA GLORIA FULGURANTE DE JOSÉ ANTONIO ANZOÁTEGUI.....	24
CHAVEZ: EL HURACÁN QUE VA ARDIENDO	31
NELSON MANDELA DESDE NOSOTROS.....	40
ANÍBAL NAZOA, TODO HUMOR.....	45
GRACIAS A MARIO BENEDETTI	59
PARA ODIARTE MEJOR, EDUARDO GALEANO.....	62
MARIPOSAS AMARILLAS PARA GABRIEL GARCIA MARQUEZ	65
POÉTICA DEL ESPACIO URBANO EN JORGE LUIS BORGES	68
MIGUEL OTERO SILVA O EL SOCIALISMO.....	77
ORLANDO ARAUJO, MI COMPAÑERO DE VIAJE.....	80
VICTOR VALERA MORA EN LETRA ROJA	85
ALÍ PRIMERA CON SUS PERSONAJES	94
DOMINGO ALBERTO RANGEL.....	98
ALIRIO DÍAZ: UNA PASIÓN, UNA GUITARRA	102
CONVERSANDO CON ALEXIS MARQUEZ RODRÍGUEZ	110
POR LOS CAMINOS DE WILLIAN LARA.....	116
CHAVEZ Y JOSE VICENTE RANGEL EN OLOR DE TEMPESTAD.....	122
LA HISTORIA NECESARIA SEGÚN ISAÍAS RODRÍGUEZ.....	130
POESÍA Y COMPROMISO	135
AMANECER DE BALA CON GUSTAVO PEREIRA.....	137

LUIS BRITTO PROHIBIDO 142
UNA FLOR PARA LEONARDO FAVIO..... 146
KOTEPA ANDA POR AHÍ 148
MAGISTERIO VIVO FEDERICO ÁLVAREZ 150
ARGENIS EN ANTROLUZ..... 157
EL SILENCIO DE PEDRO LUIS..... 162
PEDRO NOS MIRA A TODA HORA 165



Dirección Ejecutiva de Producción
Faja Petrolífera del Orinoco



Este libro se editó en digital
en septiembre de 2021
Caracas - Venezuela



A black and white portrait of Earle Herrera, a man with glasses and a mustache, speaking into a microphone. The background is a solid red color.

Earle Herrera

Destacado periodista, poeta, cuentista y cronista venezolano. Es doctor en Ciencias de la Información por la Universidad de La Laguna, España (2002), profesor de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela, diputado de la Asamblea Nacional Constituyente (1999 y 2017). Desde sus inicios en el periodismo se destaca como articulista en diferentes diarios donde demuestra un estilo mordaz, incisivo y no falta de humor. Escribe en la actualidad para el diario *Ciudad CCS* donde redacta su columna “El kiosco de Earle”, y conduce el programa *El kiosco veraz* por Venezolana de Televisión. Ha publicado, entre otras obras, *Penúltima tarde* (1978); *Los caminos borrados* (1979); *El reportaje y el ensayo* (1983, 1991, 2012); *La magia de la crónica* (1986, 1991, 2012); *¿Por qué se ha reducido el territorio venezolano?* (1978, 1990, 2016); *El humor constituido* (1999); *Periodismo de opinión* (1997, 2012); y *El que se robó el periodismo que lo devuelva* (2005). En tres oportunidades ha sido merecedor del Premio Nacional de Periodismo, entre otros importantes reconocimientos.